



Grandes conquistadores · Volumen I

NAPOLÉÓN



Colibrí Editorial EGA

Índice



0. INTRODUCCIÓN: El águila y el emperador	4
1. Córcega, 1769	8
2. El cadete que leía a Plutarco	17
3. Tolón: el primer rugido	25
4. El relámpago de los Alpes	34
5. La esfinge y la ambición	43
6. El 18 de Brumario	52
7. El constructor	60
8. La coronación	69

9. El sol de Austerlitz	78
10. El dueño de Europa	87
11. La úlcera española	95
12. La marcha blanca	103
13. La caída	112
14. Los Cien Días	120
15. El prisionero del Atlántico	128
16. CIERRE: El águila no muere	137
Línea de tiempo	142
Glosario	144

0. INTRODUCCIÓN: El águila y el emperador

Hay nombres que el tiempo no desgasta: los graba. Nombres que, pronunciados en cualquier idioma, dibujan de inmediato una imagen en la mente: un hombre bajo de estatura, alto de ambición, con la mano cruzada sobre el pecho y la mirada perdida en el horizonte de un mapa que aún no termina. Napoleón Bonaparte es uno de esos nombres. Doscientos años después de su muerte, sigue cabalgando entre la historia y la leyenda, entre el héroe y el tirano, entre el libertador y el conquistador. Este libro no pretende resolver ese debate. Pretende algo más emocionante: contar su historia como se merece, con la intensidad de la novela y el rigor de los hechos.

La serie "Grandes conquistadores" nace de una idea sencilla y poderosa: que los personajes que cambiaron el rumbo del mundo merecen ser contados con la fuerza con que vivieron. No como fechas muertas en un libro de texto, sino como hombres de carne y hueso que sintieron miedo antes de la batalla, que escribieron cartas de amor en tiendas de campaña, que tomaron decisiones terribles y brillantes en noches sin dormir. Alejandro Magno, Julio César, Gengis Kan... y ahora, Napoleón: el corso que se convirtió en emperador de medio continente.

¿Quién fue Napoleón, en realidad? Un niño nacido en una isla del Mediterráneo, en el seno de una familia de la pequeña nobleza corsa, que hablaba francés con acento y al que sus compañeros de escuela se burlaban por su origen. Un joven oficial de artillería que leía a

Plutarco y soñaba con ser como los héroes de la antigüedad. Un general de veintiséis años que cruzó los Alpes con un ejército de harapientos y humilló a los imperios más poderosos de Europa. Un estadista que escribió un código de leyes que todavía hoy rige a millones de personas. Y también: un conquistador que llevó la guerra a cada rincón del continente, un esposo que lloró por un amor perdido, un prisionero que murió solo en una roca del Atlántico, mirando un mar que ya no le pertenecía.

Su vida tiene la estructura de una tragedia clásica: el ascenso fulgurante, el apogeo deslumbrante y la caída vertiginosa. En apenas quince años pasó de ser un general desconocido a coronarse emperador con sus propias manos; en apenas tres, de dueño de Europa a desterrado en una isla del fin del mundo. Entre esos dos extremos cabe una de las aventuras humanas más extraordinarias que la historia haya registrado: sesenta batallas, un imperio que abarcó de España a Polonia, y un legado que sobrevive en las leyes, las escuelas, los ejércitos y hasta en la forma en que contamos el tiempo administrativo de las naciones modernas.

El águila fue su emblema. Napoleón la eligió como símbolo del Imperio porque el águila no camina: planea, domina el cielo, ve lejos y cae sobre su presa con una precisión terrible. Así fue él: un hombre que veía el campo de batalla entero cuando los demás solo veían su pequeño sector, que planeaba campañas enteras como partidas de ajedrez jugadas a velocidad de vértigo. Pero el águila también tiene su destino: volar tan alto que el sol la ciega. Y Napoleón voló hacia Rusia, hacia el invierno, hacia el abismo.

En las páginas que siguen vas a caminar con él por la polvorienta Ajaccio de su infancia, a estudiar con él en las frías aulas de Brienne, a oler la pólvora de Tolón, a cruzar el puente de Lodi bajo el fuego enemigo, a sentir el calor del desierto frente a las pirámides, a escuchar el rugido de los cañones en Austerlitz, a temblar en la nieve

de la retirada de Rusia y a contemplar con él, desde la cubierta de un barco inglés, cómo la costa de Francia se pierde para siempre en el horizonte. Es una historia de hechos reales —fechas, batallas y lugares que la historia registra— contada con la pasión que merece.

Antes de comenzar, conviene aclarar algo: Napoleón es el personaje histórico sobre el que más se ha escrito después de Jesucristo —decenas de miles de libros—, y sin embargo sigue siendo un enigma. Para unos fue el monstruo que ensangrentó Europa; para otros, el héroe que llevó la libertad en la punta de las bayonetas. La verdad, como siempre, habita en el claroscuro: fue las dos cosas, y ninguna por completo. Este libro no es un panegírico ni un alegato: es un relato. Hemos tomado los hechos que la historia documenta —las fechas, las batallas, los lugares— y los hemos contado con la intensidad que merecen, sin inventar lo esencial y sin aburrir con lo accesorio.

La serie "Grandes conquistadores" parte de una convicción sencilla: que la historia no es una lista de fechas, sino la aventura más grande jamás contada, y que sus protagonistas merecen ser narrados como lo que fueron, seres humanos extraordinarios, con grandezas y miserias, con genio y con miedo. Alejandro soñó con un imperio universal y murió a los treinta y tres años; César cruzó el Rubicón y cambió Roma para siempre; Gengis Kan unió las estepas e hizo temblar al mundo. Napoleón pertenece a esa estirpe: la de los hombres que no aceptaron el mundo como era y lo remodelaron a su imagen, a sangre y fuego.

¿Por qué contarle a él, por qué ahora? Porque Napoleón es el conquistador más cercano a nosotros: vivió hace apenas doscientos años, en la época de la prensa moderna y de los documentos que hoy podemos leer. Y porque su historia tiene una cualidad única: es la más completa. Ningún otro conquistador nos dejó un código de leyes vigente, un sistema educativo, una administración que seguimos usando. Sus batallas se estudian en las academias militares; sus leyes,

en las facultades de derecho. Es, literalmente, uno de los hombres que diseñaron parte del mundo en que vivimos.

En estas páginas lo verás en todas sus facetas: el niño corso que despreciaba a los franceses y terminó siendo su emperador; el joven general que escribía cartas de amor enloquecidas entre batalla y batalla; el estadista que trabajaba dieciocho horas al día; el esposo que lloró, el padre que apenas conoció a su hijo, el prisionero que dictó su propia leyenda. Verás la gloria y verás el costo, porque toda conquista se paga, y Napoleón pagó la suya con la moneda más cara: la de millones de vidas y, al final, la suya propia, en soledad.

Una nota antes de empezar el viaje: este libro cuenta hechos reales con pulso de novela. Las fechas, las batallas y los lugares son los que registra la historia; los diálogos famosos se citan cuando las fuentes los avalan, y cuando la leyenda adorna un episodio, se dice. No hace falta inventar nada: la vida de Napoleón supera a cualquier ficción.

El águila está a punto de alzar el vuelo. Acompáñala.

1. Córcega, 1769

El 15 de agosto de 1769, en una casa de piedra de la calle de Ajaccio que miraba al mar, nació un niño que lloró con una fuerza desproporcionada para su tamaño. Su madre, Letizia Ramolino, una mujer de diecinueve años de carácter de hierro y belleza serena, apenas tuvo tiempo de recuperarse del parto: la isla entera estaba en ebullición. Córcega acababa de cambiar de manos: Génova había vendido sus derechos sobre la isla a Francia, las tropas francesas habían aplastado la resistencia corsa en Ponte Novu en mayo de 1769, y el héroe de la independencia, Pasquale Paoli, había huido al exilio. Tres meses después nacía Napoleone Buonaparte —así, a la italiana, con la "u" que años más tarde afrancesaría— en una Córcega derrotada, ocupada y resentida.

Ese resentimiento sería la primera leche que mamaría el niño. Su padre, Carlo Buonaparte, era un abogado de la pequeña nobleza corsa que había luchado junto a Paoli por la independencia... y que, tras la derrota, hizo lo que hacen los pragmáticos: se reconcilió con los vencedores. Carlo consiguió que la nobleza de su familia fuera reconocida por la corona francesa, obtuvo cargos y prebendas, y educó a sus hijos en la lealtad a Francia. Para el pequeño Napoleone, aquello fue una herida temprana y una lección permanente: su padre había sido patriota corso y ahora servía a los franceses. El niño, de temperamento fiero y orgullo desmedido, adoraba en secreto la memoria de Paoli y despreciaba en silencio la acomodación de su padre. Esa tensión —entre el ideal y la conveniencia, entre la isla y el continente— lo acompañaría toda la vida.

La familia era numerosa y ruidosa: ocho hijos sobrevivieron —José, Napoleón, Luciano, Elisa, Luis, Paulina, Carolina y Jerónimo—, criados en una casa donde el dinero escaseaba pero la ambición sobraba. Letizia gobernaba aquel pequeño ejército doméstico con mano dura y corazón inmenso; Napoleón la veneró siempre y la llamó, años después, cuando ya era dueño de Europa, "la única mujer que nunca me ha decepcionado del todo". Carlo, en cambio, murió joven, en 1785, de un cáncer de estómago —el mismo mal que, según la historia oficial, mataría a su hijo—, dejando a la familia en una situación económica precaria y a Napoleón, con apenas quince años, convertido de golpe en el sostén moral de los suyos.

¿Cómo era el niño? Los testimonios coinciden: pequeño, flaco, de ojos grises penetrantes y genio explosivo. Peleaba con sus hermanos y con los niños del pueblo; era solitario, lector voraz y de una memoria prodigiosa. Leía todo lo que caía en sus manos, pero sobre todo leía historia: Plutarco, las vidas de los grandes hombres de Grecia y Roma, le encendían la imaginación como una antorcha. Mientras otros niños jugaban a la guerra con palos, él la estudiaba en los libros y la soñaba despierto. Un compañero de la infancia recordaría años después que el pequeño Napoleone ya hablaba de "hacer grandes cosas", con una seriedad que asustaba.

Córcega lo marcó para siempre de tres maneras. Primero, le dio su identidad de forastero: en Francia siempre sería "el corso", el isleño de acento extraño, el advenedizo. Ese estigma lo convirtió en un obsesionado por demostrar su valía: cada batalla que ganó fue también una respuesta a quienes se burlaron de su origen. Segundo, le dio su sentido de la familia como clan: los Bonaparte funcionarían siempre como una tribu corsa, con lealtades absolutas y traiciones imperdonables; Napoleón colocaría a sus hermanos en los tronos de Europa como quien reparte tierras entre parientes. Y tercero, le dio su relación con el poder: había visto a su isla perder la libertad ante un

ejército extranjero, y aprendió temprano que el mundo pertenece a quien tiene la fuerza para tomarlo.

Para entender a Napoleón hay que entender primero a Córcega, porque la isla no fue solo su cuna: fue su herida original y su escuela de dureza. Córcega es una montaña plantada en el mar, de belleza salvaje y gentes de carácter indomable. Durante siglos perteneció nominalmente a la república de Génova, que la explotaba y la despreciaba a partes iguales. En 1755, un abogado idealista llamado Pasquale Paoli proclamó la independencia y fundó una república corsa con constitución propia —una de las primeras democracias modernas de Europa—, y durante catorce años los corsos vivieron libres, gobernándose a sí mismos entre sus montañas. El pequeño Napoleone creció escuchando aquellas historias como otros niños escuchan cuentos de hadas: Paoli era su héroe, la república perdida su paraíso.

Pero Génova, incapaz de reconquistar la isla, hizo algo cínico: en 1768 vendió a Francia sus "derechos" sobre Córcega, como quien vende una finca con inquilinos revoltosos. Luis XV envió un ejército de más de veinte mil hombres al mando del conde de Vaux. Los corsos resistieron con fiereza, pero el 8 de mayo de 1769, en Ponte Novu, fueron aplastados. Paoli huyó a Inglaterra. Cuando Napoleone nació, tres meses después, Córcega era una tierra ocupada, y en cada casa se respiraba el rencor contra el francés. Ese rencor fue el aire de su infancia.

Su padre, Carlo Maria Buonaparte, encarnaba las contradicciones de la isla. Abogado formado en la universidad de Pisa, había sido secretario de Paoli y combatiente por la independencia. Tras la derrota, hizo lo que su pragmatismo le dictó: juró lealtad a Luis XV, consiguió que se reconociera la nobleza de su linaje —los Buonaparte eran de origen toscano, instalados en Córcega desde el siglo XVI— y se convirtió en diputado de la nobleza corsa ante la corte de Versalles. Era un hombre culto, elegante, jugador y endeudado, que vivía por encima de sus

posibilidades y soñaba con medrar a la sombra del poder francés. Su hijo lo quiso y lo juzgó a la vez: años después, Napoleón diría que su padre había sido "demasiado pronto francés". Aquella frase encerraba un programa de vida: él no repetiría el error de la sumisión, él dominaría a Francia en lugar de servirla.



La madre, Maria Letizia Ramolino, era de otra madera. Huérfana de padre, casada a los catorce años con Carlo —que tenía dieciocho—, parió trece veces y vio morir a cinco de sus hijos en la infancia. Los ocho que sobrevivieron —José, Napoleón, Luciano, Elisa, Luis, Paulina, Carolina y Jerónimo— fueron criados por una mujer de disciplina espartana y ternura feroz, que gobernaba la casa como una fortaleza sitiada: horarios estrictos, castigos ejemplares, amor sin blandenguerías. "Dejad que se rompan la cabeza —decía de sus hijos—, con tal de que aprendan a valerse". Napoleón la adoró toda su vida y, ya emperador, la colmó de honores con el título de "Madame Mère", aunque ella —mujer práctica hasta el final— guardaba su

dinero "para cuando esto se acabe", como si presintiera el derrumbe.

La Córcega de 1769 era un mundo de clanes, honor y memoria. La sociedad isleña se organizaba en familias extensas que funcionaban como pequeñas repúblicas armadas: la vendetta —la venganza de sangre— era ley no escrita, y un insulto al clan se pagaba con generaciones de odio. Los Buonaparte, toscanos de origen instalados en Ajaccio desde el siglo XVI, pertenecían a la pequeña nobleza de toga —abogados, notarios—, respetados pero sin fortuna. En aquel mundo, la palabra dada valía más que un contrato y la lealtad a la familia estaba por encima de todo: el pequeño Napoleone absorbió ese código tribal hasta la médula, y de adulto gobernaría a sus hermanos, a sus mariscales y a sus enemigos con la lógica del clan corso —protección absoluta a los leales, guerra sin cuartel a los traidores—.

El paisaje también educaba. Córcega es una montaña en el mar: picos de dos mil metros a pocos kilómetros de la costa, maquis impenetrable de arbustos aromáticos, torres genovesas de vigilancia en cada cala —construidas siglos atrás contra los piratas berberiscos—. El niño las conocía todas: jugaba entre sus piedras, escuchaba a los pescadores contar historias de corsarios y miraba pasar los barcos preguntándose adónde iban. La economía isleña era de subsistencia —castañas, cabras, aceite—, y Ajaccio, con sus pocos miles de habitantes, era un puerto somnoliento donde las noticias del mundo llegaban con semanas de retraso. Para un niño de imaginación desbordada, aquel aislamiento era una cárcel y un estímulo: el mundo exterior se volvía legendario precisamente porque era lejano.

Y estaba la memoria de la república perdida. Paoli había gobernado Córcega desde Corte —la capital del interior—, había fundado una universidad, había dado a la isla una constitución escrita que los ilustrados de toda Europa admiraron como una de las más avanzadas de su tiempo. Los veteranos de aquella época —hombres con cicatrices de Ponte Novu— contaban sus historias en las plazas, y el

pequeño Napoleone las devoraba con los ojos brillantes. "Los corsos —escribiría de adulto— son el pueblo más valiente de Europa, porque nunca han sido esclavos sino por la fuerza". Aquella idea —la libertad como bien supremo, perdido por la violencia— fue su primera filosofía política, antes de Rousseau y antes de la Revolución.

La casa familiar de Ajaccio, la Casa Buonaparte, era una construcción sólida de tres plantas en una calle empinada que bajaba al puerto. Allí, entre el olor del mar y el rumor de las conspiraciones, creció un niño singular. Los testimonios de la época lo pintan flaco, pálido, de mirada intensa, más interesado en los libros que en los juegos. Era pendenciero y solitario a la vez: se peleaba con sus hermanos con una furia desproporcionada y luego se encerraba horas a leer historia. Su memoria era prodigiosa —retenía cifras, fechas, mapas con una facilidad pasmosa— y su carácter, volcánico: cuando algo le parecía injusto, estallaba. Un día, castigado injustamente por un maestro, se encerró en su cuarto y, según contó él mismo años después, se golpeó la cabeza contra la pared hasta sangrar, gritando que prefería morir antes que soportar la injusticia. Exageración infantil o no, la anécdota revela un temperamento que no admitía la humillación.

La familia era un pequeño ejército: José, el mayor, dócil y destinado al sacerdocio; Lucien, el brillante y rebelde; Elisa, la inteligente; Luis, el melancólico; Paulina, la bella; Carolina, la ambiciosa; Jerónimo, el benjamín. Ocho hermanos que —bajo el mando férreo de Letizia— funcionarían toda la vida como un clan: Napoleón los colocaría en tronos, los casaría por razón de Estado, los castigaría por desobediencia, y ellos —a su vez— lo traicionarían, lo adularían y lo llorarían. Aquella tribu corsa —unida por la sangre y dividida por la ambición— sería el gobierno más íntimo del Imperio: la familia como Estado, el Estado como familia.

Hay otro rasgo de su infancia que los biógrafos destacan: la imaginación desbordada. El niño que leía a Plutarco no se conformaba

con leer sobre Alejandro o César: se veía a sí mismo en sus historias. Paseaba solo por las calas de Ajaccio inventando batallas, trazaba planos en la arena, interrogaba a los marineros sobre vientos y corrientes. Córcega, con su mar por todas partes, le enseñó a pensar en grande: el horizonte era su patio de juegos. Y la derrota de su isla le enseñó la lección más importante de su vida: que los pueblos libres pueden perderlo todo en una tarde, y que solo la fuerza organizada —un ejército, un Estado— protege los sueños.

La oportunidad llegó por la vía del padre. Carlo —diputado de la nobleza corsa— viajaba con frecuencia a Versalles, y en 1778 consiguió lo que parecía imposible: becas del rey para sus dos hijos mayores. José —el primogénito, dócil y piadoso— iría al seminario de Autun; Napoleón —el segundo, fiero e indomable— a la escuela militar de Brienne. Pero había un obstáculo: el niño apenas hablaba francés. La solución fue el colegio de Autun, donde los dos hermanos pasaron unos meses aprendiendo la lengua del continente: José progresó con facilidad; Napoleón —terco hasta en esto— aprendió lo justo, con un acento que jamás perdería del todo y una ortografía que sería legendaria por sus faltas. Aquel acento —"la paille au nez", la paja en la nariz, como lo imitaban burlonamente— lo marcaría como extranjero durante años, y él lo convertiría en una insignia: el forastero que conquistaría a los que se burlaban.

La despedida en Ajaccio fue desgarradora. Letizia —embarazada de nuevo, como casi siempre— abrazó a sus hijos en el puerto, entre lágrimas contenidas: aquella mujer de hierro lloraba por dentro. Carlo los acompañó hasta el barco con el corazón dividido: los alejaba de todo lo conocido por una ambición que ni él mismo entendía del todo. El viaje —Ajaccio, el mar abierto, la costa francesa— duró días que al niño se le hicieron eternos. Miraba el horizonte y pensaba en las historias de Paoli, en los libros de Plutarco, en las batallas imaginadas en las calas. No sabía —nadie lo sabía— que aquel barco lo llevaba

hacia la Revolución, hacia el Imperio, hacia la historia universal. Tenía nueve años, un hatillo con su ropa, unos cuantos libros... y un destino que ni su imaginación más febril podía abarcar.

Y estaba la rivalidad que marcaría su vida: los Pozzo di Borgo. Carlo Pozzo di Borgo —primo lejano de los Buonaparte— había sido aliado de Carlo y luego su enemigo mortal: la política corsa era un tablero de odios familiares donde las alianzas cambiaban con los matrimonios y las traiciones se heredaban. Pozzo di Borgo —brillante, ambicioso, rencoroso— se convertiría con los años en el enemigo más persistente de Napoleón: diplomático al servicio del zar, sería uno de los artífices de su caída en 1814. El niño que jugaba en las calles de Ajaccio no podía saber que aquel primo lejano, aquel rival de clan, lo perseguiría hasta el fin del mundo. Pero la lección estaba servida: en Córcega, un enemigo de la familia lo era para siempre.

Y estaba la lengua: el pequeño Napoleone hablaba corso —un dialecto italiano— en casa, italiano en la escuela y apenas chapurreaba el francés. Aquella triple identidad lingüística —que lo marcaría de por vida— era el retrato de su alma: corso de corazón, italiano de cultura, francés de destino. En Brienne —años después— sus compañeros se burlarían de su acento; él —en lugar de avergonzarse— lo convertiría en una marca de distinción: el extranjero que conquistaría a los nativos. Y de adulto —emperador— seguiría contando en italiano cuando estaba nervioso, y sus cartas íntimas mezclarían las tres lenguas sin darse cuenta. Napoleón —el francés más famoso de la historia— nunca dejó de ser, en el fondo, un italiano de Córcega: la isla lo marcó con un hierro que ni el Imperio pudo borrar.

Y estaba el linaje: los Buonaparte —aunque vivían con estrecheces— eran de la pequeña nobleza corsa, con títulos reconocidos que Carlo hizo valer en Francia para conseguir que sus hijos estudiaran gratis en las escuelas militares del rey. Aquella nobleza —de papel más que de fortuna— fue el trampolín del pequeño Napoleone: sin ella, jamás

habría entrado en Brienne; con ella, el hijo de un abogado arruinado accedió a la educación de los reyes. La ironía —que Napoleón saborearía toda su vida— es perfecta: la Revolución —que aboliría los privilegios— fue servida por un beneficiario de los privilegios del Antiguo Régimen. Sin la nobleza corsa de los Buonaparte, no habría habido cadete de Brienne; sin el cadete, no habría habido emperador.

El águila había salido del nido: no volvería a vivir en Córcega. La isla quedaba atrás como un recuerdo salado de mar y montañas; adelante estaban las aulas frías de Brienne, las burlas de los cadetes franceses... y una Revolución que cambiaría el mundo.

2. El cadete que leía a Plutarco

Brienne era un lugar frío, gris y disciplinado: un colegio militar regentado por monjes mínimos donde los hijos de la nobleza pobre de Francia aprendían matemáticas, latín, historia y el arte de la guerra. Para Napoleón, que llegó en 1779 con nueve años, fue un exilio dentro del exilio. Sus compañeros —muchachos franceses de buena familia— se burlaron de su acento corso, de su apellido italiano, de su pobreza. Lo llamaban "la paille au nez", el de la paja en la nariz, por su forma de pronunciar. Él respondía con los puños y con el silencio: se encerraba en la biblioteca, devoraba libros de historia y matemáticas, y cultivaba un rencor metódico que lo haría estudiar el doble que los demás.

Pero Brienne también le dio sus primeras armas verdaderas. Destacó en matemáticas y en geografía; sus profesores notaron una capacidad poco común para el cálculo y para la representación del terreno. Y tuvo su primera "batalla": durante un invierno de nieve extraordinaria, organizó a sus compañeros en dos ejércitos, construyó fortificaciones de nieve con fosos y parapetos, y dirigió asedios y asaltos que duraron semanas. Los monjes miraban asombrados cómo aquel muchacho taciturno se transformaba en general en cuanto había un plano que trazar y una posición que tomar. La anécdota es famosa porque parece inventada a posteriori; pero encaja demasiado bien con lo que vendría como para desecharla.

En 1784, con quince años, fue admitido en la prestigiosa Escuela Militar de París. Allí completó en un solo año el curso que normalmente duraba dos: la muerte de su padre lo había dejado como sostén de la familia y necesitaba el sueldo de oficial cuanto antes. En septiembre

de 1785, con dieciséis años recién cumplidos, recibió su despacho de subteniente de artillería. Era el arma de los matemáticos, la más técnica y la menos aristocrática: perfecta para un corso pobre sin influencias. Napoleón había elegido —o la necesidad había elegido por él— el arma que lo haría inmortal.

Los años siguientes fueron de guarnición aburrida, sueldo miserable y lectura frenética. Destinado en Valence, Auxonne y otros cuarteles de provincia, el joven teniente vivía con lo mínimo y enviaba dinero a su madre. Pero su verdadera vida ocurría de noche, a la luz de una vela: leía a Rousseau, a Voltaire, a los filósofos de la Ilustración; tomaba notas interminables sobre historia, geografía, táctica y política; escribía ensayos, una historia de Córcega, incluso una novela romántica de juventud. Sus cuadernos de esos años —conservados hasta hoy— revelan una mente que no descansaba: copiaba mapas, calculaba alcances de artillería, resumía campañas de Federico el Grande y de César. Y no solo leía: escribía. Los cuadernos de Valence y Auxonne están llenos de ensayos, proyectos y arrebatos literarios: una "Historia de Córcega" —nunca terminada— donde volcaba su pasión por la isla; un "Discurso sobre la felicidad" —con el que obtuvo una mención honorífica de la academia de Lyon—; cartas encendidas a Paoli —su héroe de entonces— ofreciéndole su espada; incluso una novela corta de amores desgraciados, el "Clisson et Eugénie", escrita años después pero gestada en aquella fiebre juvenil. Su estilo —apasionado, desordenado, lleno de exclamaciones— era el de un romántico antes del romanticismo: Rousseau era su dios literario, y se veía a sí mismo como uno de esos héroes sensibles y desdichados de las novelas de la época. Años después —emperador ya— se reiría de aquellos desvaríos juveniles; pero algo quedó: la convicción de que las palabras mueven a los hombres tanto como los cañones, y que un gran hombre debe saber escribir proclamas, no solo planes de batalla.

Mientras sus compañeros oficiales jugaban a las cartas y perseguían

muchachas, Napoleón se estaba construyendo, en secreto, como el militar más culto de su generación.

La vida en Brienne era una forja. Los cadetes se levantaban al amanecer, asistían a misa, estudiaban latín, matemáticas, historia, geografía, alemán y esgrima, y se acostaban agotados en dormitorios helados. La disciplina era férrea y la comida escasa; los hijos de familias ricas recibían paquetes de casa, y Napoleón —cuya familia apenas podía enviarle nada— aprendió a arreglárselas con lo mínimo, una austeridad que conservaría toda su vida: ya emperador, comería con frugalidad de soldado y dormiría en catre de campaña incluso en palacio. Entre sus profesores destacó uno que la historia recordaría: Pichegru, instructor de matemáticas, que años después sería general de la República y luego conspirador realista contra Napoleón —el destino tiene estas ironías—.

El joven corso compensaba su aislamiento con una voracidad intelectual poco común. Leía a una velocidad asombrosa y tomaba notas en cuadernos que se conservan hasta hoy: resúmenes de historia antigua, extractos de geografía, cálculos de artillería, reflexiones sobre el gobierno de los pueblos. Sus materias favoritas eran las matemáticas y la historia; el latín lo detestaba y lo descuidó toda su vida —ya adulto, su latín sería motivo de burlas discretas en la corte—. Pero lo que de verdad lo distinguía era su capacidad para pensar en términos de espacio y movimiento: dibujaba mapas de memoria, calculaba distancias, imaginaba ejércitos maniobrando sobre el terreno. Un inspector que visitó la escuela dejó escrito sobre él un informe que la posteridad convertiría en profecía: un muchacho de salud delicada, taciturno, interesado solo en las ciencias abstractas, lector infatigable... que "llegará lejos si las circunstancias lo favorecen".

Los últimos años de Brienne templaron definitivamente su carácter. En el invierno de 1783-1784, una nevada excepcional cubrió la Champaña

y el joven Napoleón —ya con catorce años— organizó su famosa "campana de nieve": dividió a los cadetes en dos ejércitos, trazó fortificaciones con fosos y parapetos de nieve compactada, fabricó proyectiles de hielo y dirigió asedios que duraron semanas, con reglas de guerra, parlamentarios y hasta un hospital de campana. Los monjes —que al principio quisieron prohibir el juego— terminaron admirando la disciplina con que aquel muchacho taciturno mandaba a sus "tropas". Era un juego, sí, pero también un síntoma: mientras otros adolescentes soñaban con aventuras, él las organizaba con estado mayor.

En las aulas, su genio matemático ya era legendario entre los profesores. Resolvía problemas que atascaban a sus compañeros, devoraba los tratados de geometría y mostraba una facilidad pasmosa para el cálculo balístico —la trayectoria de los proyectiles, el arte de la artillería, era en el fondo un problema de matemáticas aplicadas—. Uno de sus instructores de matemáticas fue Pichegru —el futuro general de la República, que años después conspiraría contra Napoleón y moriría en 1804 en una celda parisina, en circunstancias nunca del todo aclaradas—: la historia está llena de estos cruces irónicos entre maestro y alumno. En cambio, las humanidades lo aburrían: su francés escrito —aprendido tarde— sería toda su vida incorrecto y lleno de faltas, para regocijo de sus enemigos y desesperación de sus secretarios, que "traducían" sus dictados.

Y estaba la herida corsa, siempre abierta. En Brienne escribió sus primeros textos políticos: una "Historia de Córcega", cartas incendiarias contra la ocupación francesa, un alegato en el que llamaba a los franceses "destructores de mi patria". Leía con pasión el "Proyecto de constitución para Córcega" de Rousseau —el filósofo ginebrino había soñado con legislar para la isla libre— y se veía a sí mismo como el futuro libertador. Sus compañeros lo llamaban "el corso" con desprecio; él respondía redoblando el estudio, como si cada

teorema demostrado fuera una venganza. Aquella mezcla de humillación y orgullo —el forastero que se sabe superior— sería el combustible de toda su carrera: cada victoria futura tendría, en el fondo, un destinatario secreto: los muchachos de Brienne que se burlaron de su acento.

En 1784, tras cinco años en Brienne, fue admitido en la Escuela Militar de París, la institución más prestigiosa del reino. Allí, en el elegante edificio del Campo de Marte, completó en un solo año el programa de dos: la muerte de su padre —Carlo falleció en Montpellier en febrero de 1785, de un cáncer de estómago, arruinado y lejos de los suyos— lo había convertido, a los quince años, en el cabeza de familia de hecho. Necesitaba el sueldo de oficial urgentemente. En septiembre de 1785, con dieciséis años, recibió el despacho de subteniente del regimiento de artillería de La Fère. Eligió —o le tocó— la artillería, el arma científica, la de los cálculos y las trayectorias, la menos aristocrática y la más adecuada para un joven sin influencias pero con cerebro de matemático. Fue la decisión técnica más importante de su vida: la artillería sería su instrumento, su firma, su genio.

La Escuela Militar de París —el imponente edificio del Campo de Marte— era otro mundo: cadetes de la más alta nobleza, uniformes de gala, un lujo que el joven corso miraba con mezcla de desprecio y fascinación. Napoleón —becario pobre entre ricos— se encerró en el estudio con más ahínco que nunca: completó en un año el programa de dos, destacando en matemáticas, fortificación y artillería. Su examen final —septiembre de 1785— lo aprobó con una calificación que lo situaba entre los mejores de su promoción: el informe lo describía como un oficial "lleno de aplicación y de conocimientos". Tenía dieciséis años y era ya subteniente de artillería. La muerte de su padre —ocurrida meses antes— le había dado una urgencia feroz: necesitaba el sueldo, y lo necesitaba ya.

Eligió —o le tocó en el sorteo de destinos— el regimiento de artillería

de La Fère, de guarnición en Valence. Y fue una suerte disfrazada: la artillería era el arma de los matemáticos, la más técnica, la menos aristocrática. En la escuela de artillería de Auxonne —donde pasó largas temporadas— estudió los tratados del barón du Teil, el gran teórico de la artillería moderna: la concentración del fuego, el empleo de la artillería como arma ofensiva y no como simple apoyo, la movilidad de las piezas. Aquellas doctrinas —subrayadas febrilmente en sus cuadernos— serían la base de su arte de la guerra: en Italia, en Egipto, en Austerlitz, los cañones de Napoleón decidirían las batallas porque él sabía usarlos como nadie. El teniente de Valence, sin saberlo, estaba inventando la guerra napoleónica en los campos de tiro de Auxonne.

Y mientras tanto, la familia lo necesitaba. La muerte de Carlo —1785— había dejado a los Buonaparte en la ruina: deudas, ocho hijos, una madre viuda que no sabía francés. Napoleón —con su sueldo de teniente, miserable— se convirtió en el sostén: enviaba a Córcega casi todo lo que ganaba, vivía con lo mínimo, y asumió —a los dieciséis años— el papel de jefe de familia que no abandonaría jamás. Sus cartas a José —el hermano mayor, pero el menor en carácter— son órdenes disfrazadas de consejos: que estudie, que cuide a la madre, que no malgaste. Letizia —que adoraba a aquel hijo serio que se hacía cargo de todo— le correspondería con una devoción absoluta: sería la única persona a la que Napoleón —emperador ya— seguiría obedeciendo en lo íntimo. "Madame Mère" —como la llamaría el Imperio— guardaría su fortuna con avaricia campesina "para cuando esto se acabe", y tendría razón.

Aquella responsabilidad prematura forjó su carácter de gobernante: a los dieciséis años ya administraba un presupuesto familiar, ya tomaba decisiones por otros, ya sentía el peso del mando. Cuando —años después— tuviera que administrar un imperio, no le temblaría la mano: había empezado administrando la pobreza.

Los años de guarnición —Valence, Auxonne, Douai— fueron grises por fuera y febriles por dentro. El teniente Buonaparte vivía en una habitación miserable, comía pan y queso, enviaba cada moneda sobrante a su madre en Córcega... y leía como un poseso. Sus cuadernos de esos años son el retrato de una mente en ebullición: copiaba pasajes de Rousseau —el "Contrato social" lo marcó profundamente—, resumía la historia de los árabes, de los tártaros, de Inglaterra; calculaba el alcance de los obuses; diseñaba fortificaciones imaginarias. Escribió incluso una disertación que presentó a la academia de Lyon, un ensayo sobre la felicidad, y una novelita romántica y truculenta —"Clisson y Eugenia"— que revela un corazón sentimental bajo la coraza. Y escribió, sobre todo, sobre Córcega: una historia de su isla, cartas apasionadas contra la ocupación francesa, panfletos en los que el joven oficial del rey de Francia se declaraba patriota corso y soñaba con liberar a su patria. La contradicción era total y él la vivía sin resolverla: servía al ejército francés mientras soñaba con combatirlo.

Y entonces estalló la Revolución. En 1789, cuando la Bastilla cayó, Napoleón tenía diecinueve años y estaba de permiso en Córcega. Como casi todos los jóvenes idealistas, abrazó la causa revolucionaria: libertad, igualdad, fin de los privilegios... todo eso resonaba con el hijo de una isla oprimida y con el oficial pobre humillado por aristócratas. Regresó a Córcega varias veces entre 1789 y 1793, intentando hacer carrera en la Guardia Nacional corsa y enredándose en las feroces luchas entre facciones: los partidarios de Paoli —que había regresado del exilio— y los jacobinos afrancesados.

Aquellos años corsos —1789 a 1793— fueron su verdadera escuela de política. Napoleón —teniente de artillería en excedencia, con más ambición que sueldo— intentó ser elegido coronel de la Guardia Nacional de Ajaccio: hizo campaña, intrigó, se enfrentó a los paolistas en refriegas callejeras que casi terminan en batalla campal. Aprendió

en la práctica lo que los libros no enseñan: que la política es correlación de fuerzas, que las elecciones se ganan con organización y que los ideales —sin fusiles— no valen nada. Y aprendió también la lección más amarga: que su héroe —Paoli— lo despreciaba como un advenedizo afrancesado, y que la isla —su isla— no tenía lugar para él. Cuando en 1793 rompió definitivamente con Paoli y tuvo que huir, no solo perdía una patria: ganaba una lección que aplicaría toda su vida —nunca depender de un solo protector, nunca poner todos los huevos en la misma cesta, y sobre todo: si tu tierra te rechaza, conquista otra—.

Napoleón eligió a los jacobinos, rompió con Paoli —su héroe de infancia—, y la ruptura fue definitiva: en 1793, tras un intento fallido de tomar la ciudadela de Ajaccio, la familia Bonaparte tuvo que huir de Córcega perseguida por los paolistas. Embarcaron de noche, con lo puesto, y llegaron a Francia como refugiados. Letizia, con sus ocho hijos, se instaló en Marsella en la pobreza. Napoleón tenía veinticuatro años, era capitán de artillería, no tenía ni un céntimo... y la Revolución, que devoraba a sus propios hijos, estaba a punto de ofrecerle la oportunidad que había esperado toda su vida.

Porque la Revolución, con todo su caos, tenía una virtud para un hombre como él: había decapitado a la aristocracia y abierto el ejército al mérito. Ya no hacía falta un apellido ilustre para ascender; hacía falta talento, audacia y suerte. Napoleón tenía las tres, y las llevaba guardadas como un jugador lleva sus cartas. En el otoño de 1793, el ejército revolucionario sitiaba el puerto de Tolón, en manos de los ingleses y los realistas. Un joven capitán de artillería corso pidió permiso para inspeccionar las baterías. Lo que vio lo indignó: los cañones mal emplazados, los artilleros sin dirección, el asedio estancado. Escribió un plan, lo presentó a los generales... y el destino, por primera vez, lo escuchó.

3. Tolón: el primer rugido

El puerto de Tolón, en la costa mediterránea de Francia, era en 1793 una herida abierta en el cuerpo de la Revolución. Los realistas de la ciudad, hartos del Terror jacobino, habían entregado la plaza —el principal arsenal naval francés del Mediterráneo— a los ingleses. La flota británica fondeaba en la rada, los cañones realistas apuntaban a los sitiadores, y el ejército revolucionario, mandado por generales improvisados más políticos que militares, llevaba meses estrellándose contra las murallas sin resultado.

Napoleón llegó allí en septiembre de 1793 como capitán de artillería, con veinticuatro años y una reputación de cero. Lo que encontró fue un desastre organizativo: las baterías republicanas estaban emplazadas sin criterio, los artilleros carecían de oficiales competentes y los generales del asedio discutían de política mientras los ingleses se reían desde sus fuertes. El joven corso hizo lo que siempre hacía: observar, calcular y hablar claro. Inspeccionó cada posición, midió distancias, estudió los planos del puerto y llegó a una conclusión tan sencilla como demoledora: la clave de Tolón no eran las murallas de la ciudad, sino los fuertes que dominaban la rada, en especial el fuerte de l'Éguillette, en la colina del Caire. Si los republicanos tomaban esas alturas y emplazaban allí sus cañones, podrían batir a la flota inglesa fondeada abajo y obligarla a huir. Sin la flota, Tolón caería solo.

Presentó su plan a los representantes del gobierno y a los generales. Al principio lo miraron con desdén: ¿quién era ese mocoso corso para enseñarles su oficio? Pero el plan era impecable y, sobre todo, era el único plan que había sobre la mesa. Le dieron el mando de la artillería

del asedio. Y entonces el capitán se transformó: requisó cañones de toda la región, fundió municiones, instruyó a los artilleros, construyó baterías con una energía frenética y se expuso al fuego enemigo con un desprecio por el peligro que dejó atónitos a los veteranos. En una ocasión, un artillero cayó muerto junto a su cañón y Napoleón mismo tomó la lanada y cargó la pieza bajo una lluvia de balas. Los soldados empezaron a mirarlo de otra manera: aquel muchacho flaco de ojos grises no pedía nada que él no estuviera dispuesto a hacer primero.

Para entender lo que ocurrió en Tolón hay que entender la Francia de 1793: un país en plena convulsión revolucionaria, gobernado por el Comité de Salvación Pública, que libraba la guerra contra media Europa —Inglaterra, Austria, Prusia, España— mientras en su interior la guillotina trabajaba sin descanso. Era la época del Terror: Robespierre y sus jacobinos veían traidores por todas partes, y el ejército —purgado de sus oficiales aristócratas— estaba mandado por generales improvisados, valientes pero inexpertos, vigilados por comisarios políticos que podían enviarlos al cadalso por una derrota. En ese caos, un joven con talento tenía dos destinos posibles: la gloria rápida o la guillotina. No había término medio.

Tolón era la pieza clave del Mediterráneo francés: su arsenal, sus astilleros, su flota. En agosto de 1793, los realistas de la ciudad —apoyados por la flota inglesa del almirante Hood— habían entregado la plaza a los británicos. Para la República, aquello era una puñalada en el corazón: perder Tolón era perder el Mediterráneo. El ejército sitiador, mandado por el general Carteaux —un pintor convertido en general por la Revolución—, llevaba meses dando palos de ciego: sus baterías estaban emplazadas a distancias inútiles, sus artilleros no tenían instrucción y sus planes consistían en bombardear las murallas frontalmente, como en el siglo anterior.

El asedio de Tolón era, antes de su llegada, un retrato perfecto del ejército revolucionario: valor sin dirección. El general Carteaux —un

antiguo pintor de retratos convertido en general por la gracia de la Revolución— mandaba el asedio con más entusiasmo que ciencia: sus baterías bombardeaban las murallas de la ciudad a distancias inútiles, sus ingenieros discutían de política en lugar de trazar trincheras, y los representantes del gobierno en misión —Saliceti, corso como Napoleón; Barras, futuro Director; Fréron; y Augustin Robespierre, hermano del Incorruptible— vigilaban a los generales con la guillotina en la mirada. Cualquier oficial con talento caminaba sobre un alambre: una victoria lo hacía sospechoso de ambición, una derrota lo llevaba al cadalso. En aquel ambiente envenenado, un capitán de veinticuatro años sin padrinos era invisible... y la invisibilidad, bien usada, es una ventaja.

Napoleón empleó sus primeras semanas en algo que nadie había hecho: pensar. Mientras los generales discutían, él recorría la costa con sus instrumentos, interrogaba a pescadores contrabandistas que conocían cada cala, estudiaba los planos del puerto y calculaba ángulos de tiro. Su memoria prodigiosa retenía cada detalle del terreno, y su formación de artillero —la escuela de Auxonne, los tratados del barón du Teil sobre el empleo concentrado de la artillería— le daba una doctrina que ningún general del asedio poseía. Cuando presentó su plan —tomar las alturas del Caire y batir la rada—, lo hizo con la seguridad del que ha calculado hasta el último quintal de pólvora. Carteaux se burló; los representantes, en cambio, vieron al técnico que necesitaban. Saliceti —que conocía a la familia Buonaparte de Córcega— y el joven Robespierre lo apadrinaron: sin ellos, el plan habría muerto en un cajón. Con ellos, el "muchachito corso" recibió el mando de toda la artillería del asedio. La historia, a veces, depende de dos firmas.

Con el mando en la mano, Napoleón se puso a trabajar con una furia metódica. Su conclusión fue un diagnóstico de genio: la ciudad era inexpugnable por el frente, pero los fuertes que dominaban la entrada

del puerto —el fuerte Mulgrave de los ingleses, la colina del Caire— eran la verdadera llave. Si la artillería francesa coronaba esas alturas, podría hundir a cañonazos a la flota inglesa fondeada abajo; sin flota, los ingleses evacuarían y Tolón caería como fruta madura. Lo llamó, con desprecio de artillero, "tomar la plaza por la espalda".

Cuando Carteaux fue destituido y llegó el general Dugommier —un soldado de verdad—, el plan de Napoleón se convirtió en el plan del ejército. El corso requisó cañones de toda la Provenza, instaló una fundición de balas, instruyó día y noche a sus artilleros y construyó batería tras batería bajo el fuego enemigo, con un desprecio por el peligro que se hizo legendario: en una ocasión, un cañón reventó a su lado y lo cubrió de tierra sin que se inmutara; en otra, tomó él mismo la mecha para disparar una pieza cuyo sirviente había caído. Los soldados empezaron a llamarlo "el pequeño artillero" y a seguirlo a donde fuera.



Los preparativos del asalto fueron una obra de ingeniería y de

voluntad. Napoleón estableció una fundición de balas en Ollioules, requisó caballos y mulas de toda la Provenza para el transporte, y construyó —bajo el fuego constante de los fuertes ingleses— una cadena de baterías con nombres que revelaban el espíritu de la época: la "Batería de los Sans-Culottes", la "Batería de la Montaña". Cada noche, él mismo recorría las trincheras con su linterna, verificando ángulos, corrigiendo emplazamientos, animando a los artilleros por su nombre —tenía una memoria prodigiosa para los nombres y los rostros—. Los soldados —que al principio lo miraban con desconfianza— empezaron a adorarlo: aquel oficialito que se jugaba la vida cada noche en las baterías avanzadas, que comía su mismo pan y dormía entre ellos, era de los suyos.

El consejo de guerra previo al asalto fue tenso: Dugommier —el general en jefe, un veterano de cincuenta y cinco años— dudaba del plan, temía las bajas, proponía esperar. Napoleón —veinticuatro años, subordinado— defendió su plan con una vehemencia que rayaba en la insubordinación: cada día de retraso —argumentó— permitía a los ingleses reforzar los fuertes y daba tiempo a que París perdiera la paciencia. Los representantes —Saliceti y Robespierre joven— lo respaldaron, y Dugommier —un soldado honesto— aceptó: "que se haga como dice el pequeño". El asalto se fijó para la noche del 16 al 17 de diciembre, bajo la cobertura de un temporal que —esperaban— cegaría a los centinelas ingleses.

El asalto final se lanzó la noche del 16 al 17 de diciembre, bajo un temporal de lluvia y viento que cegaba a los defensores. A las tres de la madrugada, las columnas republicanas —con Napoleón dirigiendo la artillería en primera línea— tomaron por asalto el fuerte Mulgrave, el "pequeño Gibraltar" inglés. El combate fue cuerpo a cuerpo, a bayoneta, entre el barro y la oscuridad. Napoleón recibió un bayonetazo en el muslo —su bautismo de sangre— y vio morir a su caballo bajo él, pero no abandonó el campo. Al amanecer del 17, los

cañones franceses tronaban desde las alturas sobre la rada: los barcos ingleses, incendiados, levaban anclas en desorden, y la flota de Hood huía hacia el mar abierto dejando tras de sí un arsenal en llamas. Tolón se rindió el 19 de diciembre. La República había recuperado su gran puerto, y un capitán de veinticuatro años era el héroe de la jornada.

La entrada en la ciudad fue triunfal y terrible: las tropas republicanas —ebrias de victoria y de venganza— saquearon las casas de los sospechosos, y los representantes ordenaron el castigo ejemplar que ya conocemos. Napoleón —recién ascendido, con su flamante uniforme de general de brigada— recorrió el arsenal destruido y las baterías que él mismo había emplazado, y escribió a París su primer parte de victoria: un documento sobrio, técnico, sin fanfarronadas, que impresionó al Comité de Salvación Pública por su profesionalismo. Aquel parte —el primero de cientos— inauguraba un género: la prosa militar napoleónica, precisa como un informe de artillería y épica como una proclama. Los que lo leyeron en París —Carnot, el organizador de la victoria— tomaron nota del nombre: Buonaparte, el artillero de Tolón. El destino —que lo había ignorado durante veinticuatro años— empezaba a deletrear su nombre correctamente.

Y el premio no fue solo el galón: Napoleón fue nombrado comandante de la artillería del Ejército de Italia —el ejército andrajoso y hambriento que vegetaba en los Alpes—. Allí —en 1794— elaboró sus primeros planes de campaña serios: estudiaba los mapas del Piamonte y la Lombardía, calculaba marchas, soñaba con la maniobra que dos años después ejecutaría. Pero la política —siempre la política— lo interrumpió: tras la caída de Robespierre fue detenido como sospechoso, y aunque lo liberaron, quedó en una especie de limbo —sin mando, a medio sueldo, en París—. Fueron meses amargos —1795—: el héroe de Tolón paseaba por París con el uniforme raído, sin un céntimo, pensando en partir a Turquía a ofrecer sus servicios al

sultán. El destino —que lo había encumbrado— parecía haberlo olvidado. Pero en París —entre la miseria— conocería a Josefina, y en las oficinas del Directorio —entre el desdén— esperaría su hora. La hora llegaría el 13 de Vendimiario: cuando París se sublevó contra la Convención, el joven general sin mando sería llamado para apuntar los cañones. Y esta vez —a diferencia de Tolón— los cañones apuntarían contra franceses.

La victoria tuvo un reverso siniestro que conviene no ocultar. La Convención —enfurecida por la traición de Tolón— ordenó un castigo ejemplar: los representantes Fréron y Barras organizaron una represión feroz —cientos de tolonenses fusilados en el Champ de Mars, la ciudad rebautizada "Port-la-Montagne" como escarmiento—. Napoleón —que había dirigido el asedio, no la represión— contempló aquellos excesos con una mezcla de aprobación táctica e incomodidad personal: creía en el terror como instrumento —la Revolución se lo había enseñado—, pero despreciaba la crueldad gratuita y desordenada. Años después —emperador— diría que la represión de Tolón había sido un error político: los mártires fabrican enemigos. La lección quedó anotada en su manual interior del poder: castigar sí, pero con frialdad quirúrgica y sin ensañamiento inútil. El joven general de veinticuatro años ya pensaba como un gobernante.

El premio fue inmediato y deslumbrante: ascendido a general de brigada el 22 de diciembre de 1793, Napoleón se convirtió en uno de los generales más jóvenes de la historia de Francia. Su nombre empezó a sonar en París, en los pasillos de la Convención. Pero la Revolución devoraba a sus hijos con apetito insaciable, y el joven general lo aprendería en carne propia. Protegido por Augustin Robespierre, quedó marcado cuando el Incorruptible cayó: el 9 de Termidor —27 de julio de 1794—, Robespierre fue arrestado y guillotinado al día siguiente, y con él rodaron las cabezas de sus allegados. Napoleón fue detenido en Niza, interrogado como

sospechoso de "robepierrismo", y pasó dos semanas bajo arresto, al borde del cadalso. Lo salvó su expediente intachable de Tolón y la falta de pruebas: fue liberado sin cargos, pero la lección quedó grabada a fuego: en la política revolucionaria no había lealtades seguras, solo el poder propio contaba.

En 1795, París era un hervidero de conspiraciones. La Convención —que había terminado con el Terror— enfrentaba una insurrección realista cada vez más audaz. El 5 de octubre —13 de Vendimiario del calendario revolucionario—, cuarenta mil guardias nacionales monárquicos marcharon sobre las Tullerías para derrocar al gobierno. La Convención, desesperada, buscó un general dispuesto a defenderla. El vizconde de Barras —uno de los gobernantes, que había conocido a Napoleón en Tolón— pensó en el joven general corso, que andaba por París sin mando, en semidesgracia, frecuentando teatros y salones. Napoleón aceptó con una condición innegociable: mando absoluto y carta blanca. Su primera orden fue genial en su simplicidad: envió a un joven oficial de caballería —Joaquín Murat, futuro mariscal y rey de Nápoles— a requisar los cañones del campamento de Sablons antes de que los realistas los tomaran. Con cuarenta piezas emplazadas en las bocacalles que llevaban a las Tullerías, esperó. Cuando las columnas realistas avanzaron al atardecer, ordenó fuego de metralla a quemarropa. La "ráfaga de metralla" barrió las calles: en una hora, la insurrección había terminado, con centenares de muertos. París quedó en silencio. La República se había salvado, y su salvador era un general de veintiséis años que no había dudado en cañonear a sus compatriotas.

La recompensa esta vez fue definitiva: general de división, comandante del Ejército del Interior, el hombre fuerte de París. Y fue entonces, en aquel París del Directorio —frívolo, corrupto, brillante—, donde conoció a la mujer que lo enloquecería: Josefina de Beauharnais. Viuda de un general guillotinado, criolla de la Martinica,

seis años mayor que él, Josefina era la reina de los salones: bella, ingeniosa, coqueta, arruinada y llena de deudas. Napoleón —que a los veintiséis años apenas había conocido mujer— se enamoró de ella con la violencia de un adolescente y la torpeza de un soldado: le escribía cartas delirantes —"me despierto lleno de ti, tu imagen y el recuerdo de los embriagadores placeres de anoche no dan reposo a mis sentidos"—, la celaba, la idolatraba. Ella lo aceptó —un general en ascenso era un buen partido para una viuda arruinada— y se casaron el 9 de marzo de 1796, en una ceremonia civil apresurada, con testigos improvisados. Dos días después, Napoleón partía hacia el sur a tomar el mando del Ejército de Italia. Llevaba en la cartera los mapas de una campaña imposible y en el corazón un amor absoluto. Lo que ignoraba era que aquel ejército de harapientos lo esperaba para convertirlo en leyenda... y que su adorada Josefina, apenas él cruzara los Alpes, empezaría a engañarlo.

4. El relámpago de los Alpes

Cuando Napoleón llegó a Niza, en marzo de 1796, para tomar el mando del Ejército de Italia, lo que encontró parecía una broma cruel del Directorio: unos treinta mil hombres descalzos, hambrientos, sin paga desde hacía meses, con uniformes convertidos en harapos y una artillería digna de un museo. Frente a ellos, los austriacos y sus aliados piamonteses sumaban más del doble de efectivos, bien equipados y mandados por generales experimentados. Cualquier manual militar habría aconsejado una defensiva prudente. Napoleón hizo lo contrario: reunió a sus soldados y les habló.

Su proclama es una de las piezas de oratoria militar más famosas de la historia: "Soldados: estáis desnudos, mal alimentados... Quiero conducirlos a las llanuras más fértiles del mundo. Ricas provincias, grandes ciudades serán vuestro botín; allí encontraréis honor, gloria y riquezas". No les prometía la patria ni la revolución: les prometía botín y gloria. Conocía a sus hombres mejor que ellos mismos. Y los hombres, que habían recibido a aquel generalito de veintiséis años con escepticismo burlón, empezaron a mirarlo con algo parecido a la fe.

Lo que siguió fue una de las campañas más brillantes jamás planeadas. Napoleón comprendió que su única ventaja era la velocidad: moverse más rápido que el enemigo, concentrar sus fuerzas en un punto mientras los austriacos las dispersaban en varios, golpear por separado a ejércitos que juntos lo habrían aplastado. Era la "estrategia de la posición central" llevada a la perfección, ejecutada con marchas forzadas que dejaban atónitos a los generales enemigos, acostumbrados a la guerra pausada del siglo XVIII. En cuestión de

semanas, separó a los piemonteses de los austriacos, aplastó a los primeros y obligó al rey de Cerdeña a firmar la paz. Luego se volvió contra los austriacos.

Tras el armisticio de Cherasco —que sacó a Piemonte de la guerra—, Napoleón se volvió contra los austriacos con una maniobra que los dejó atónitos: en lugar de perseguirlos frontalmente, cruzó el Po por la espalda, en Piacenza, con una marcha forzada nocturna que los manuales consideraban imposible. Los austriacos —mandados por el anciano Beaulieu— se encontraron flanqueados y tuvieron que retroceder a toda prisa hacia el Adda.

Pero Beaulieu aún tenía un ejército, y se atrincheró tras el Adda, defendiendo el puente de Lodi con toda su artillería. Napoleón —que no podía permitirse un asedio— decidió el asalto frontal: la maniobra más arriesgada de la campaña. Sus generales —incluido el prudente Masséna— lo consideraban una locura: un puente estrecho, batido por cañones, contra un enemigo atrincherado. Pero Napoleón había calculado —como siempre— el factor moral: sus soldados, ebrios de victorias, eran capaces de lo imposible; los austriacos, derrotados una y otra vez, se desmoronarían al primer choque serio. Ordenó concentrar toda su artillería contra las baterías enemigas y lanzar a sus granaderos al asalto. Él mismo se instaló en primera línea, a pecho descubierto, dirigiendo el fuego. Lo que ocurrió después pertenece a la leyenda.

El 10 de mayo de 1796, en el puente de Lodi sobre el río Adda, ocurrió el momento que forjó la leyenda. Los austriacos defendían el puente con cañones; cruzarlo era un suicidio. Napoleón ordenó el asalto, sus granaderos cargaron bajo el fuego a quemarropa, y él mismo estuvo en primera línea, dirigiendo la artillería a pecho descubierto. El puente se tomó, los austriacos huyeron, y los soldados —que ya lo llamaban "el pequeño cabo"— lo llevaron en hombros. Esa noche, según contaría después, comprendió por primera vez que podía llegar a ser

"un hombre de destino". Tenía veintiséis años y acababa de nacer el mito.

Cinco días después —el 15 de mayo de 1796—, Napoleón entró en Milán al frente de sus harapientos: la ciudad —la capital de la Lombardía austriaca— lo recibió con flores, arcos de triunfo y una ovación delirante. Los milaneses —que odiaban a los austriacos— vieron en aquel joven general al libertador; él —que necesitaba dinero y legitimidad— fundó la República Transpadana, impuso contribuciones millonarias y se presentó como el paladín de la libertad italiana. Era el teatro del poder en su máxima expresión: la conquista disfrazada de liberación.

Las instrucciones del Directorio eran modestas hasta la mediocridad: mantener la defensiva, no comprometer al ejército, vivir del país. París no esperaba milagros de aquel general improvisado; lo enviaba a Italia casi como un castigo elegante, lejos de la capital donde su popularidad empezaba a incomodar. Napoleón leyó las instrucciones, las dobló cuidadosamente... y las ignoró por completo. Él no había cruzado los Alpes para vegetar en una guerra de posiciones: había ido a conquistar Italia, a llenar las arcas vacías de la República y a convertir su nombre en una leyenda. La desobediencia —esa desobediencia genial y calculada— sería su firma durante toda su carrera: obedecer a medias, vencer del todo y presentar los hechos consumados.

El 27 de marzo de 1796 llegó a Niza y tomó el mando. Su primera medida fue pasar revista a las tropas, y lo que vio lo confirmó en su plan: hombres esqueléticos, uniformes raídos, miradas de hambre. Pero también vio algo más: veteranos curtidos, soldados de la Revolución que habían aguantado lo inaguantable y que solo necesitaban un jefe. No era retórica vacía: era un contrato. Él les prometía botín y gloria; ellos le entregarían sus piernas y su sangre. Los soldados —que lo miraban con sorna, aquel "general de salón" parisino— empezaron a cambiar de opinión cuando vieron que

marchaba a pie con ellos, que dormía en el suelo como ellos, que conocía cada sendero de los mapas mejor que sus propios guías.

Los generales divisionarios fueron más duros de convencer. Masséna —el "niño mimado de la victoria", un contrabandista corso convertido en general—, Augereau —un fanfarrón valiente—, Sérurier, Laharpe: todos veteranos, todos mayores que él, todos escépticos. Napoleón los citó uno por uno, los interrogó sobre sus divisiones, detectó al instante quiénes servían y quiénes estorbaban, y estableció su autoridad con una mezcla de frialdad y magnetismo que los dejó desconcertados. Masséna —que sería su mejor lugarteniente y uno de los pocos que se atrevería a tutearlo— lo resumió años después: "aquel muchacho nos daba miedo, y al mismo tiempo nos hacía creer que todo era posible". En una semana, el ejército tenía un jefe. En dos, tenía un plan. En tres, estaba en marcha hacia la leyenda.

El estado del ejército era, en efecto, calamitoso. Los soldados llevaban meses sin paga, los zapatos eran un lujo, la artillería contaba con apenas treinta cañones servibles y la caballería era casi inexistente. Napoleón destituyó a los inútiles, reorganizó los cuerpos y se ganó a los capaces con una mezcla de exigencia brutal y confianza absoluta.

Su plan de campaña era una obra maestra de la guerra de movimiento. Frente a él, los austriacos del general Beaulieu y los piamonteses del general Colli sumaban unos cincuenta mil hombres, pero estaban separados por los Apeninos y se comunicaban mal. Napoleón, con apenas treinta y ocho mil, decidió interponerse entre ambos —la "posición central"— y batirlos por separado antes de que pudieran unirse. Era una apuesta temeraria: si fallaba, quedaría atrapado entre dos ejércitos. Pero la velocidad lo era todo: sus columnas marchaban cincuenta kilómetros al día por caminos de montaña, aparecían donde nadie las esperaba y golpeaban con todas sus fuerzas concentradas en un solo punto.

Los resultados fueron fulminantes. El 12 de abril de 1796, en Montenotte, derrotó a los austriacos; en Millesimo y Dego remató la faena; el 21 de abril, en Mondovi, aplastó a los piamonteses. En diez días, el reino de Cerdeña-Piamonte —aliado de Austria— quedó fuera de combate y su rey, Víctor Amadeo III, pidió el armisticio de Cherasco. Napoleón había separado a los aliados y se había quedado solo frente a los austriacos, exactamente como había planeado. Y entonces cruzó el Po, cruzó el Adda y llegó al puente de Lodi.



La campaña, sin embargo, estaba lejos de terminar: los austriacos enviaron ejército tras ejército a Italia al mando del mariscal Wurmser y luego del general Alvinczi, intentando liberar la fortaleza de Mantua, sitiada por los franceses. Lo que siguió fue una sucesión de batallas que la historia militar estudia todavía: Castiglione, en agosto de 1796, donde Napoleón levantó el sitio de Mantua para enfrentar a Wurmser y lo derrotó con una maniobra envolvente; Arcole, en noviembre, donde durante tres días intentó forzar el paso del puente sobre el Adone —y

donde, en el momento más crítico, tomó una bandera y se lanzó al frente de sus granaderos, siendo derribado al pantano y rescatado por sus soldados entre el lodo y las lágrimas—; y Rivoli, el 14 de enero de 1797, su obra maestra táctica de la campaña: con veintitrés mil hombres destrozó a veintiocho mil austriacos que lo atacaban por tres lados, gracias a una concentración de artillería y a una carga de caballería en el momento exacto. Dos semanas después, Mantua se rendía con dieciocho mil prisioneros. El norte de Italia era francés.

Y entonces Napoleón hizo algo que ningún general se había atrevido a hacer: cruzar los Alpes orientales e invadir Austria por el sur. Sus tropas avanzaron por los desfiladeros del Tirol, derrotaron a los austriacos en el Tarvis y llegaron a Leoben, a apenas ciento cincuenta kilómetros de Viena. La corte imperial, aterrada, pidió negociar. Napoleón —sin consultar al Directorio, que en París se enteró por los periódicos— firmó los preliminares de Leoben y luego la Paz de Campo Formio, el 17 de octubre de 1797.

Los preliminares de Leoben —abril de 1797— fueron una obra maestra de audacia diplomática: Napoleón —un general de veintisiete años, sin instrucciones de su gobierno— negociaba de igual a igual con el Imperio austriaco, la potencia más antigua de Europa. Y no solo negociaba: imponía. Exigió —y obtuvo— el reconocimiento de las repúblicas hermanas, la cesión de Bélgica, y —a cambio— "regaló" a Austria Venecia y sus territorios: la milenaria república —neutral en la guerra— era sacrificada en el altar de la paz como una pieza de cambio. Los diplomáticos austriacos —el conde de Cobenzl— quedaron atónitos ante aquel joven que hablaba de reordenar Europa como quien mueve piezas de ajedrez. Y en París —el Directorio— la reacción fue de alarma: ¿quién era aquel general que firmaba tratados por su cuenta? La respuesta —que nadie se atrevía a pronunciar— era evidente: el dueño de Italia, el hombre más popular de Francia, un poder rival del gobierno. El Directorio —que lo había enviado a Italia

para deshacerse de él— había creado a su sucesor. Y Napoleón —que firmaba la paz como un soberano— ya pensaba como un soberano: Europa era su tablero, y pensaba seguir jugando. Cuando volvió a París —en diciembre de 1797—, la multitud lo aclamó como al salvador de la República; el Directorio —que lo temía— lo recibió con honores y con recelo, y lo alejó cuanto pudo: le ofreció el mando de una fantasmal invasión a Inglaterra —un cargo sin tropas ni barcos— para tenerlo ocupado. Napoleón —que entendía el juego— aceptó sonriendo... y empezó a planear otra cosa: si no podía cruzar el canal de la Mancha, cruzaría el Mediterráneo. Egipto —la tierra de los faraones— lo esperaba, y con Egipto, la gloria que Italia ya no podía darle.

Francia se quedaba con Bélgica y las islas Jónicas; Austria reconocía las repúblicas "hermanas" creadas por Napoleón en Italia —la Cisalpina y la Liguria—; Venecia, la milenaria república, era repartida y desaparecía del mapa. El joven general había redibujado Europa con su espada, y París tuvo que tragar y aplaudir.

Pero la campaña italiana tuvo también su página negra: las "Pascuas veronesas". En abril de 1797, la ciudad de Verona —sometida a la ocupación francesa— se sublevó: durante días, los veroneses cazaron franceses por las calles, asesinaron a los enfermos en los hospitales, y la represión —dirigida por los generales franceses— fue implacable: bombardeo de la ciudad, ejecuciones masivas. Napoleón —que estaba negociando con Austria— utilizó la revuelta como pretexto para acabar con la milenaria República de Venecia: la acusó de complicidad, la invadió y la repartió con Austria en Campo Formio. Venecia —la Serenísima, mil años de historia— desapareció del mapa por la ambición de un general de veintisiete años y la cobardía de sus oligarcas. Los patriotas italianos —que habían aclamado al libertador— sintieron el primer escalofrío: aquel libertador vendía ciudades como un mercader. Era la primera grieta en el mito del Napoleón liberador... y no sería la última.

Y fue también en Italia donde Napoleón se reveló como estadista, no solo como general. Tras cada victoria, imponía a los vencidos tratados que eran obras maestras de la diplomacia del vencedor: el armisticio de Cherasco —que le entregó plazas y millones—; el tratado de Tolentino —febrero de 1797— con el papa Pío VI, que le arrancó treinta millones de francos, un centenar de obras de arte y varias provincias; el tratado de Campo Formio —octubre de 1797— con Austria, que le dio Bélgica, Lombardía y el reconocimiento de las "repúblicas hermanas". Napoleón negociaba personalmente —sin consultar al Directorio, que se enteraba por los periódicos— y firmaba como un soberano: a los veintiocho años, aquel general trataba de igual a igual con emperadores y papas, y les imponía su ley. El Directorio —que lo había enviado a Italia para alejarlo— descubrió horrorizado que había creado un poder rival: Napoleón tenía su ejército, su tesoro, su política exterior y su prensa. Era un Estado dentro del Estado.

La fundación de las repúblicas hermanas fue su gran experimento político. La República Cispadana —luego Cisalpina—, con capital en Milán, fue dotada de constitución, de tricolor verde-blanco-rojo —el origen de la bandera italiana—, de un gobierno de patriotas italianos tutelado por Francia. Napoleón se presentaba como el libertador de Italia, el heredero de la Roma republicana: en sus proclamas hablaba de "regenerar" la península, de expulsar a los "bárbaros" austriacos. Los patriotas italianos —que soñaban con la unidad— lo aclamaron; los realistas y el clero —que veían saquear iglesias y suprimir conventos— lo odiaron. La verdad —como siempre con Napoleón— estaba en el medio: las repúblicas hermanas eran a la vez un ideal y un instrumento, una promesa de libertad y una máquina de extraer recursos para la guerra. Pero sembraron una semilla que nadie podría arrancar: la idea de una Italia unida y libre, que medio siglo después —el Risorgimento— se haría realidad. Sin quererlo —o queriéndolo a medias—, Napoleón fue el padrino de la nación italiana.

Fue también en Italia donde Napoleón inventó la propaganda moderna. Fundó periódicos —"El Correo del Ejército de Italia"— que cantaban sus victorias; encargó al pintor Gros el famoso cuadro del puente de Arcole; escribió proclamas que se leían en toda Francia; y administró el botín de guerra con una eficacia que llenó las arcas vacías del Directorio —millones en oro y obras de arte que desfilaron por París en un cortejo triunfal—. El Directorio lo necesitaba y lo temía a partes iguales: aquel general de veintisiete años era ya más popular que el gobierno entero. Había que darle una misión gloriosa y lejana, que lo alejara de París... o que no lo dejara volver. Y así, entre el temor y la admiración, nació la expedición más romántica del siglo: Egipto.

5. La esfinge y la ambición

El 19 de mayo de 1798, una flota de más de trescientos barcos zarpó de Tolón en el mayor secreto militar del siglo. A bordo iban treinta y cinco mil soldados, lo mejor del Ejército de Italia, y algo insólito en una expedición de guerra: ciento sesenta y siete sabios —astrónomos, matemáticos, naturalistas, ingenieros, dibujantes, incluso poetas—, con sus instrumentos, sus libros y sus prensas de imprenta. Napoleón no iba solo a conquistar Egipto: iba a estudiarlo, a medirlo, a comprenderlo. Era la expedición más romántica y más extraña de la era moderna: mitad invasión, mitad misión científica.

El objetivo oficial era golpear a Inglaterra cortando su ruta a la India a través de Egipto, entonces una provincia del Imperio otomano gobernada de facto por los mamelucos, una casta guerrera de jinetes magníficos y tácticas medievales. El objetivo secreto de Napoleón era más grande: fundar en Oriente un imperio personal, emular a Alejandro, y regresar a Francia cubierto de una gloria tan exótica que nadie pudiera discutirle el poder. Cruzaron el Mediterráneo burlando a la flota inglesa de Nelson —que los buscó en vano durante semanas—, tomaron Malta por el camino casi sin disparar un tiro, y el 1 de julio la flota apareció ante Alejandría.

El desembarco se hizo de noche, en la península de Marabout, bajo un mar picado: los soldados, cargados como mulas, vadeaban con el agua al pecho mientras los oficiales gritaban órdenes en la oscuridad. Alejandría cayó al día siguiente casi sin resistencia. Y entonces empezó la marcha hacia El Cairo, la prueba más dura: cuarenta leguas de desierto bajo un sol de justicia, sin agua, con los mamelucos

hostigando las columnas y los soldados —que habían soñado con las riquezas de Oriente— maldiciendo la arena, las moscas y a su general. Napoleón marchaba a pie con ellos, compartiendo el agua y el pan, y por las noches les hablaba de Alejandro, del imperio que iban a fundar. La leyenda del general que sufre con sus tropas nació en aquel desierto.

Lo que siguió fue un choque de mundos. Los mamelucos —unos seis mil jinetes— eran guerreros magníficos: armaduras damasquinadas de oro, sables curvos, caballos árabes de pura sangre, un valor individual legendario. Su táctica —la carga impetuosa, el combate singular— no había cambiado en quinientos años. Frente a ellos, Napoleón formó a sus veinticinco mil hombres en cinco grandes cuadros de infantería —cuadrados huecos erizados de bayonetas—, con la artillería en los ángulos. Cuando los mamelucos cargaron —un espectáculo deslumbrante de polvo, acero y gritos—, se estrellaron contra los cuadros como olas contra rocas: las descargas cerradas los diezmaban a cincuenta pasos. Murad Bey —el jefe mameluco— lanzó ola tras ola durante horas, con un coraje suicida, y vio a su caballería aniquilada. Al atardecer, los supervivientes huían hacia el desierto; los franceses habían perdido unos trescientos hombres. Fue la demostración más brutal de la superioridad de la guerra moderna: la disciplina y el fuego contra el heroísmo individual.

Fue antes de esa batalla —el 21 de julio de 1798, ante las pirámides de Guiza— cuando Napoleón pronunció su arenga inmortal. Formados sus hombres con las pirámides recortándose en el horizonte del desierto, les gritó: "¡Soldados! ¡Desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan!". La frase —preparada o improvisada, la historia no lo aclara— electrizó a las tropas: de pronto, aquellos soldados hambrientos se sentían parte de la historia universal, herederos de Alejandro y de César. Era el genio de Napoleón para la palabra: convertir una batalla colonial en un episodio de la eternidad.

Tras la victoria, El Cairo se rindió, y Napoleón entró en la ciudad como un libertador... o como un conquistador ilustrado, según se mire.

La expedición se gestó en el secreto más absoluto. El Directorio —que veía en Bonaparte a un rival peligroso— abrazó la idea con entusiasmo: alejarlo de París con una misión gloriosa era matarlo políticamente sin mancharse las manos. Talleyrand —el ministro de Exteriores, un aristócrata reconvertido en diplomático de la Revolución— redactó memorias sobre las ventajas de ocupar Egipto: golpear a Inglaterra en su ruta a la India, establecer una colonia próspera, abrir un canal entre el Mediterráneo y el mar Rojo —el sueño que, sesenta años después, haría realidad Lesseps—. Napoleón, por su parte, veía algo más grande: un imperio oriental personal, la emulación de Alejandro, una gloria tan exótica que nadie en Francia podría discutírsela. Los dos —el gobierno y el general— se usaban mutuamente, y ambos lo sabían.

Los preparativos fueron colosales y clandestinos. En Tolón, Génova, Ajaccio y Civitavecchia se reunió una flota de más de trescientos barcos de transporte escoltados por trece navíos de línea y decenas de fragatas, al mando del almirante Brueys. Las tropas —treinta y cinco mil hombres, lo mejor del Ejército de Italia— embarcaron sin saber su destino: los soldados apostaban entre ellos —¿Irlanda? ¿Portugal? ¿Inglaterra?—, y solo al zarpar se abrieron las órdenes selladas: Egipto. Junto a ellos embarcó la legión más insólita de la historia militar: ciento sesenta y siete sabios reclutados por Monge y Berthollet —matemáticos, astrónomos, naturalistas, ingenieros, médicos, dibujantes, orientalistas—, con sus instrumentos, sus bibliotecas, sus prensas de imprenta y hasta una colección de vinos de Burdeos. Era la Ilustración embarcada hacia la guerra: nunca un ejército había llevado consigo una universidad flotante.

La travesía fue una proeza de sigilo. Durante semanas, la flota francesa —más de trescientas velas escoltadas por trece navíos de

línea— cruzó el Mediterráneo mientras el almirante Nelson la buscaba frenéticamente, pasando a pocos kilómetros de ella sin verla, en una de las persecuciones navales más frustrantes de la historia. Por el camino, Napoleón se detuvo en Malta: la isla, gobernada por los caballeros de la Orden de San Juan, se rindió el 12 de junio de 1798 casi sin combatir —los caballeros franceses de la orden se negaron a luchar contra sus compatriotas—. Napoleón saqueó el tesoro de la orden, abolió la esclavitud en la isla, fundó escuelas y siguió su camino, dejando una guarnición. Malta sería una espina inglesa durante años, pero en aquel momento fue un triunfo más.

A bordo viajaba lo más granado de la ciencia francesa: el matemático Monge —amigo personal de Napoleón—, el químico Berthollet, el naturalista Geoffroy Saint-Hilaire, el dibujante Denon, que bosquejaba todo lo que veía. Durante la travesía, Napoleón organizaba debates nocturnos sobre la cubierta: ¿existe Dios? ¿Qué es la materia? ¿Cómo se gobierna un pueblo? Los sabios discutían hasta el amanecer mientras el general escuchaba, preguntaba, tomaba notas. Era el espíritu de la Ilustración embarcado hacia Oriente: la razón europea iba a encontrarse con la civilización más antigua del mundo.



La entrada en El Cairo, el 24 de julio de 1798, fue triunfal y engañosa: la ciudad se rindió, los notables fingieron sumisión, y Napoleón se instaló en el palacio de un bey mameluco dispuesto a gobernar de verdad. Su proyecto era asombroso: no una simple ocupación militar, sino la regeneración de Egipto. Creó un diván —un consejo de notables egipcios— para administrar el país, fundó el Instituto de Egipto en un palacio incautado, donde los sabios se repartían en secciones de matemáticas, física, economía política, literatura y artes. Los trabajos de aquellos hombres —la medición del país, el estudio de sus monumentos, de su fauna y su flora— darían origen a la egiptología moderna y a la monumental "Description de l'Égypte", una obra de veintitrés volúmenes que todavía hoy asombra.

Napoleón asistía a las sesiones del Instituto con la curiosidad insaciable del autodidacta: interrogaba a Monge sobre geometría, a Berthollet sobre química, a Denon sobre arte —y los sabios—acostumbrados a la indiferencia de los generales— descubrían

con asombro que aquel militar de veintinueve años hablaba su lengua—. Una noche —cuenta la leyenda— el debate versó sobre la existencia de Dios: Monge —ateo militante— negaba; Napoleón —señalando el cielo estrellado del desierto— replicó: "todo eso está muy bien, señores, pero ¿quién hizo todo esto?". La anécdota —cierta o no— revela al personaje: el hombre de la razón que no podía renunciar al misterio. El Instituto —en medio de la guerra, del calor, de la peste— siguió reuniéndose hasta el final de la expedición: la civilización —decía Napoleón— no se interrumpe ni siquiera en campaña. Y cuando los ingleses —tras la capitulación de 1801— quisieron confiscar las colecciones científicas como botín de guerra, los sabios —con Denon a la cabeza— amenazaron con arrojarlas al mar antes que entregarlas: los ingleses cedieron —se quedaron con la Piedra de Rosetta, eso sí—. La ciencia —por una vez— había derrotado a la guerra. Napoleón asistía a las sesiones del Instituto, interrogaba a los sabios, y en público mostraba respeto por el islam: asistía a las fiestas religiosas, se proclamaba amigo del Corán, llegó a decirse —con más propaganda que sinceridad— que se había convertido. Era el conquistador ilustrado en su máxima expresión... y también en su máxima ingenuidad, porque los egipcios no querían un libertador extranjero: querían que se fuera.

La prueba llegó el 21 de octubre de 1798: El Cairo se sublevó. Miles de egipcios tomaron las calles, asesinaron franceses, se atrincheraron en la mezquita de Al-Azhar. Napoleón reprimió la revuelta con una dureza implacable: la artillería bombardeó la mezquita, las ejecuciones fueron masivas. El conquistador ilustrado mostraba su otra cara: cuando la persuasión fallaba, el terror funcionaba. Mientras tanto, el general Desaix perseguía a los mamelucos hasta el Alto Egipto, en una campaña brillante que lo llevaría hasta Asuán. La batalla del Nilo —1 de agosto de 1798— fue una de las catástrofes navales más completas de la historia francesa, y merece contarse. El almirante Brueys —un

marino valiente pero mediocre— había anclado su flota en la bahía de Abukir en una línea defensiva que creía inexpugnable: los barcos, encadenados entre sí, presentaban su costado artillado hacia el mar, protegidos por bajíos y baterías de costa. Pero Nelson —que llegó al atardecer— vio lo que Brueys no había visto: había espacio entre los barcos franceses y la costa para colar navíos. Al caer la noche, los ingleses atacaron por ambos costados a la vez: la vanguardia francesa —sorprendida, con las tripulaciones en tierra— fue destrozada barco por barco. El combate duró toda la noche, iluminado por los fogonazos de los cañones; al amanecer, el navío insignia francés —el *Orient*, de ciento veinte cañones— se incendió y explotó con un estruendo que se oyó a kilómetros, llevándose consigo a Brueys y a mil hombres. De trece navíos de línea franceses, solo dos escaparon. La flota —el cordón umbilical del ejército— había dejado de existir. Cuando la noticia llegó a El Cairo, el efecto fue demoledor: el ejército de Oriente quedaba atrapado —sin flota, sin refuerzos, sin noticias de Francia—, y los egipcios —que olieron la debilidad— empezaron a agitarse. Napoleón —que recibió el golpe con su habitual sangre fría— dijo a sus generales: "Ya no tenemos flota; pues bien, tendremos que quedarnos aquí, o volver como los antiguos". Y se puso a gobernar Egipto como si fuera a quedarse para siempre.

Napoleón respondió con su audacia habitual: si el mar estaba cerrado, se abriría paso por tierra. En febrero de 1799 marchó sobre Siria con trece mil hombres, en una campaña relámpago: tomó El Arish, Gaza y, el 7 de marzo, Jaffa, tras un asalto sangriento. En Jaffa ocurrió uno de los episodios más sombríos de su carrera: la peste bubónica había estallado entre sus tropas, los hospitales estaban llenos, y —según denunciaron sus enemigos y admitieron a medias sus partidarios— ordenó el fusilamiento de varios miles de prisioneros turcos que no podía alimentar ni custodiar. Él mismo visitó a los apestados en el hospital de Jaffa —un gesto de valor físico que el pintor Gros

inmortalizaría— y, según se dijo, ordenó aliviar con opio a los moribundos incurables. La historia no ha absuelto ni condenado del todo aquellos días: fueron la guerra en su estado más crudo.

Luego vino Acre. San Juan de Acre, la fortaleza de los cruzados, defendida por el pachá otomano con la ayuda decisiva del comodoro inglés Sidney Smith —que capturó la artillería de asedio francesa enviada por mar—. Napoleón la sitió el 20 de marzo de 1799 y la asaltó una y otra vez durante dos meses, con un valor y una obstinación que asombraron a sus propios generales. Pero Acre no cayó: la peste diezmaba a sus hombres, los asaltos se estrellaban contra las murallas, y el 21 de mayo ordenó la retirada. Fue una marcha infernal de regreso a Egipto, bajo el sol, con los heridos cargados en camillas y los enfermos abandonados a su suerte. Acre fue su primera gran derrota personal —"si Acre hubiera caído, habría cambiado la faz del mundo", diría después—, y la encajó con la mandíbula apretada y el orgullo herido.

Pero de la expedición —fracaso militar al fin— nació un triunfo inesperado: la ciencia. En julio de 1799, un oficial de ingenieros —Bouchard— encontró cerca de Rosetta una losa de granodiorita con un mismo texto en tres escrituras: jeroglífica, demótica y griega. Era la Piedra de Rosetta, la llave que —años después, gracias al genio de Champollion— permitiría descifrar los jeroglíficos egipcios y resucitar una civilización muerta durante dos milenios. Los sabios de la expedición —Denon dibujando templos, Geoffroy clasificando animales, Monge midiendo— produjeron la "Description de l'Égypte": veintitrés volúmenes monumentales que fundaron la egiptología moderna. Napoleón —que había ido a Egipto buscando un imperio— encontró sin quererlo la gloria de los sabios: dos siglos después, cuando sus batallas sean polvo de archivos, la Piedra de Rosetta seguirá recordando que aquel general llevó consigo a la ciencia.

De vuelta en Egipto, el 25 de julio de 1799, se desquitó en Abukir: un

ejército turco desembarcado por los ingleses fue aniquilado en una batalla perfecta, la última victoria de la expedición. Y entonces llegaron las noticias de Francia: el Directorio se desmoronaba, los ejércitos franceses retrocedían en Italia y Alemania, el general Joubert había muerto en Novi, el país estaba al borde del abismo. Y una noticia íntima, la más dolorosa: Josefina —su Josefina— le era infiel en París con un oficial de húsares, en un amorío que todo París comentaba. Napoleón tomó la decisión más audaz de su vida: dejaría el ejército en manos del general Kléber —el mejor de sus lugartenientes—, embarcaría en secreto con un puñado de fieles en la noche del 22 de agosto y cruzaría el Mediterráneo burlando a los ingleses. Era técnicamente una deserción... y políticamente un golpe de genio. Desembarcó en Fréjus el 9 de octubre de 1799, y Francia —harta del Directorio, hambrienta de orden y de gloria— lo recibió como a un salvador. Kléber, abandonado en Egipto, reconquistaría el país y sería asesinado en El Cairo en junio de 1800 por un fanático; su ejército capitularía en 1801. La expedición había terminado. Pero Napoleón ya miraba hacia otro objetivo, mucho más cercano: el poder en París. Un mes después daría el paso decisivo: el 18 de Brumario.

6. El 18 de Brumario

La agonía del Directorio se había gestado durante meses, en una acumulación de desastres que parecía no tener fin. En lo militar, 1799 fue el año terrible: los ejércitos franceses —que habían dominado Europa— retrocedían en todos los frentes; en Italia, el general Joubert murió en la batalla de Novi el 15 de agosto, y los austro-rusos de Suvórov reconquistaban lo ganado por Bonaparte; en Alemania, los franceses eran empujados hacia el Rin; en Holanda, los ingleses desembarcaban. En el interior, la chuanería realista volvía a arder en el oeste, los impuestos no se cobraban, el Tesoro estaba vacío —el Estado había quebrado de facto con la bancarrota de los asignados— y los cinco directores se odiaban entre sí, conspirando unos contra otros mientras el país se desmoronaba. París —harta de revoluciones, de Terror, de corrupción— pedía a gritos una sola cosa: orden, aunque viniera de un sable.

En ese vacío, el abate Sieyès —el teórico que había escrito "¿Qué es el Tercer Estado?" y diseñado constituciones como quien diseña máquinas— buscaba lo que él llamaba "una espada": un general prestigioso que le ayudara a derrocar al Directorio e instaurar un régimen fuerte y estable. Había pensado primero en Joubert —joven, brillante, republicano—, pero Joubert murió en Novi. Pensó en Moreau —uno de los generales más prestigiosos de la República—, pero Moreau —honesto y apolítico— se negó a conspiraciones. Hoche —el otro gran general republicano— había muerto en 1797. Quedaba Bonaparte: el vencedor de Italia, el héroe de las Pirámides, el general más famoso de Francia... y el más ambicioso. Sieyès lo despreciaba en

privado —"ese pequeño insolente"— pero lo necesitaba. Y Napoleón —recién desembarcado de Egipto, informado de todo por sus espías— necesitaba a Sieyès y a sus cómplices políticos para dar al golpe una apariencia de legalidad. Era un matrimonio de conveniencia entre un ideólogo que creía usar a un general y un general que pensaba usar a un ideólogo. Solo uno de los dos tenía razón, y no era Sieyès.

La conspiración se tejió durante octubre de 1799 en salones y despachos: Talleyrand —que olía el cambio de poder como un sabueso—, Fouché —el jefe de policía, que jugaba a todas las bandas—, Luciano Bonaparte —presidente del Consejo de los Quinientos—, y un puñado de diputados y generales. El plan era quirúrgico: usar el pretexto de una conspiración jacobina para trasladar las asambleas a Saint-Cloud —lejos de las multitudes parisinas—, nombrar a Bonaparte comandante de las tropas de París y forzar la dimisión de los directores. Todo debía parecer legal: la Revolución devorándose a sí misma con sus propios procedimientos. El 9 de noviembre —18 de Brumario del año VIII— se puso en marcha.

Napoleón, recién regresado de Egipto, era el hombre más famoso de Francia. Su leyenda —Italia, las Pirámides— lo precedía, convenientemente adornada por la propaganda y por el olvido piadoso de Acre. Los conspiradores le ofrecieron el papel de brazo armado del golpe; él aceptó, pero con sus propias condiciones: no sería el instrumento de nadie. Sería el protagonista. El plan se fijó para el 18 de Brumario del año VIII del calendario revolucionario: el 9 de noviembre de 1799.

El 18 de Brumario amaneció con París en vilo. El Consejo de Ancianos —convocado de madrugada por los conspiradores— votó el decreto que trasladaba las asambleas a Saint-Cloud y nombraba a Napoleón comandante de las tropas de París. A las siete de la mañana, Napoleón —de uniforme, rodeado de su estado mayor— se presentó en las Tullerías, donde los Ancianos lo esperaban: juró defender la República

y pasó revista a las tropas reunidas en el jardín, que lo aclamaron. Mientras tanto, la trampa se cerraba sobre el Directorio: Sieyès y Roger Ducos —cómplices del golpe— renunciaron a sus cargos; Barras —el Director más poderoso— fue "convencido" de renunciar a cambio de dinero y de un retiro dorado (Talleyrand se encargó personalmente de la negociación, con su sonrisa de esfinge); los otros dos directores —Gohier y Moulins— fueron puestos bajo arresto domiciliario en el Luxemburgo. Al mediodía, el poder ejecutivo de Francia había dejado de existir: quedaba un vacío que solo Napoleón podía llenar.

La tarde del 18 fue de una calma engañosa. Napoleón estableció su cuartel general en las Tullerías, recibió adhesiones, repartió proclamas. Los diputados de los Quinientos —la cámara baja, mayoritariamente jacobina— fueron convocados para el día siguiente en Saint-Cloud, sin sospechar la trampa: creían que se trataba de conjurar un complot jacobino imaginario. Sieyès —el teórico— preparaba los decretos; Luciano —el hermano orador— afilaba sus argumentos. Todo estaba listo. Pero los conspiradores habían subestimado una cosa: que los diputados, al verse rodeados de tropas, reaccionarían como lo que eran —republicanos celosos de la legalidad— y no como el rebaño dócil que Sieyès imaginaba. El 19 de Brumario estuvo a punto de ser un desastre.

El día siguiente, 19 de Brumario, fue el más tenso. Las dos asambleas —el Consejo de Ancianos y el Consejo de los Quinientos— se reunieron en el palacio de Saint-Cloud, rodeado de tropas. Napoleón entró en la sala de los Quinientos flanqueado por granaderos y pronunció un discurso confuso, interrumpido por gritos de "¡abajo el dictador!". Los diputados se abalanzaron sobre él; su hermano Luciano, presidente del Consejo, lo sacó a rastras mientras los granaderos contenían a la multitud. Por un momento, el golpe pendió de un hilo: si las tropas dudaban, todo se venía abajo. Fue Luciano quien lo salvó con una escena digna del teatro: salió al patio, montó a caballo, y ante los

soldados denunció que los diputados —"pagados por Inglaterra"— querían asesinar al general Bonaparte; blandiendo un puñal, juró atravesar el pecho de su propio hermano si traicionaba a la República. Las tropas, electrizadas, entraron en la sala a tambor batiente y dispersaron a los diputados, que huyeron por las ventanas. Aquella noche, un puñado de diputados dóciles —reunidos a toda prisa— votó la disolución del Directorio y el nombramiento de tres cónsules provisionales: Sieyès, Ducos y Bonaparte. El golpe se había consumado entre gritos, bayonetas y una legalidad de cartón piedra.

Los primeros días del Consulado fueron un torbellino de actividad. Napoleón se instaló en el palacio del Luxemburgo —sede del antiguo Directorio— y desde allí gobernó con un ritmo que dejaba exhaustos a sus colaboradores: se levantaba de madrugada, trabajaba hasta altas horas, dictaba decenas de cartas diarias, recibía informes, interrogaba a ministros. Sus colaboradores —la mayoría, hombres de la Revolución reciclados— descubrieron a un jefe que lo sabía todo y lo controlaba todo: Cambacérès —el Segundo Cónsul, jurista eminente— se encargaba de la justicia; Lebrun —el Tercero— de las finanzas; pero todas las decisiones pasaban por Napoleón. Talleyrand —recuperado para Exteriores— aportaba su cinismo genial; Fouché —confirmado en la Policía— su red de espías. Era un gobierno de talentos al servicio de una voluntad única: la máquina napoleónica empezaba a funcionar.

Y la máquina tenía un motor: el propio Napoleón. Su método de trabajo —que asombraba a sus contemporáneos— era de una intensidad sobrehumana: se levantaba a las cuatro de la madrugada, dictaba durante horas a dos o tres secretarios a la vez —pasando de un asunto a otro sin perder el hilo—, y resolvía en una mañana lo que un gobierno ordinario tardaba semanas. Su memoria —prodigiosa— retenía cifras, nombres, mapas: podía preguntar a un prefecto por el precio del trigo en su departamento o a un general por el estado de un batallón, y descubrir al instante si le mentían. "El trabajo es mi

elemento —decía—; he nacido y estoy hecho para el trabajo". Aquella exigencia feroz —que agotaba a los hombres— produjo la administración más eficaz de Europa: en cuatro años, el Consulado hizo más que la Revolución en diez.

Y la máquina necesitaba legitimidad. El plebiscito de la Constitución del año VIII —tres millones de síes— fue el primero de una serie: Napoleón sometería cada paso de su ascensión al voto popular —el Consulado vitalicio en 1802, el Imperio en 1804—, construyendo una legitimidad plebiscitaria inédita en la historia. Los historiadores discuten cuánto había de fraude en aquellas cifras —los prefectos "ayudaban" al resultado—, pero el fondo era real: Francia —exhausta de diez años de revolución, de Terror, de caos— quería orden, y estaba dispuesta a comprarlo al precio de la libertad. Napoleón lo entendió mejor que nadie: su poder no descansaba en la tradición —como el de los reyes— ni en la ideología —como el de los jacobinos—, sino en un pacto tácito con el pueblo: yo os doy orden, gloria y la conservación de las conquistas revolucionarias; vosotros me dais el poder absoluto. Aquel pacto —renovado en cada plebiscito— sostendría al régimen durante quince años. Y cuando el pacto se rompiera —en 1814, con la derrota—, el régimen caería como un castillo de naipes.

Convertir el golpe en gobierno exigía una constitución y victorias. En semanas, Napoleón redactó —con juristas— la Constitución del año VIII, promulgada el 24 de diciembre de 1799: un texto que conservaba las apariencias republicanas —sufragio universal masculino, asambleas, tribunado— pero concentraba todo el poder real en el Primer Cónsul, nombrado por diez años, con derecho a nombrar ministros, generales, jueces y a proponer las leyes. Sieyès, que había diseñado el sistema creyendo que controlaría a su "espada", descubrió horrorizado que la espada pensaba por sí misma: Napoleón barrió sus equilibrios teóricos y se quedó con la sustancia del poder. El ideólogo, amargado, aceptó un cargo dorado y se retiró. La Constitución fue

sometida a plebiscito: tres millones de votos a favor, unos mil quinientos en contra —cifras maquilladas, pero que reflejaban un apoyo real y masivo—. Francia, exhausta de diez años de revolución, votaba por el orden encarnado en un hombre. Y el hombre —hay que decirlo— cumplía: en meses, las carreteras volvieron a ser seguras, los impuestos se recaudaron, la moneda se estabilizó. El orden —después del caos— sabía a pan. Y el pan —después del hambre— era el mejor argumento político: el pueblo perdonaba al amo que lo alimentaba. El Consulado —nacido de un golpe— se legitimaba cada día en el mercado y en la panadería. Y Napoleón —que lo sabía— no descansaba: cada decreto, cada nombramiento, cada victoria futura sería un ladrillo más en el edificio de su legitimidad.

La Constitución del año VIII era una obra maestra de la ambigüedad calculada. Mantenía el sufragio universal masculino —para halagar a los republicanos—, pero lo vaciaba de contenido mediante un sistema de "listas de notabilidad" que filtraba a los elegibles; creaba un Tribunado —cien oradores que discutían las leyes sin votarlas—, un Cuerpo Legislativo —trescientos mudos que las votaban sin discutir las—, y un Senado conservador —vitalicio— que velaba por la constitución. Sieyès —burlón— dijo que el sistema era "una pirámide cuya base está en el aire"; Napoleón —práctico— respondió que lo importante era que la pirámide se sostuviera, y que él estaría en la cúspide. Y así fue: el Primer Cónsul nombraba a los ministros, a los generales, a los jueces, a los prefectos, proponía las leyes y dirigía la política exterior. Era una monarquía sin corona —todavía—: todo el poder, ninguna responsabilidad. Los contemporáneos lo entendieron: "¿Qué es el Primer Cónsul? Todo. ¿Qué ha sido hasta ahora en el gobierno? Nada", parafraseando a Sieyès. La Revolución —que había comenzado proclamando la soberanía popular— terminaba entregándola a un hombre. Y el hombre —hay que reconocerlo— sabía qué hacer con ella.

Y mientras ordenaba el interior —terminó la guerra civil de la Vendée con una mezcla de amnistía y represión—, preparaba la guerra exterior: Austria seguía en armas, y había que derrotarla para consolidar el régimen. En la primavera de 1800, Napoleón cruzó los Alpes por el Gran San Bernardo —en una marcha que evocaba deliberadamente a Aníbal— y cayó sobre la retaguardia austriaca en Italia. El 14 de junio de 1800, en Marengo, estuvo a punto de perderlo todo: los austriacos lo sorprendieron y lo derrotaron durante el día; solo la llegada al atardecer del general Desaix —recién vuelto de Egipto— con sus divisiones de refresco convirtió la derrota en victoria. Desaix murió en la batalla —"dile al Primer Cónsul que muero contento", fueron sus últimas palabras—, y Napoleón lloró su pérdida: era su mejor general y su amigo. Marengo le dio el norte de Italia y, sobre todo, la paz: Austria firmó el armisticio y luego la Paz de Lunéville en 1801. El Consulado estaba consolidado. El general del 18 de Brumario era ya el dueño de Francia... y pronto querría ser mucho más.

La pacificación del Oeste mereció por sí sola el poder. La Vendée —la región insurrecta del oeste, en guerra civil desde 1793— era una herida abierta: cien mil muertos, aldeas arrasadas, un odio inextinguible entre "blancos" realistas y "azules" republicanos. Napoleón —que entendía que ningún régimen sobrevive a una guerra civil— aplicó su método característico: mano tendida y mano de hierro a la vez. Ofreció amnistía general a los jefes vandeanos —y cumplió su palabra—, devolvió a los sacerdotes refractarios, permitió la reapertura de las iglesias... y al que seguía en armas lo aplastaba sin piedad: el general Hédouville —su pacificador— combinó negociaciones con columnas móviles. El jefe realista Cadoudal —el "chouan" indomable— se sometió en 1800 —volvería a conspirar después, y lo pagaría con la vida—. En dos años, la Vendée —que había resistido siete años a la República— estaba en paz. Fue la

primera gran demostración del arte napoleónico de gobernar: comprender que la fuerza sin clemencia engendra odio, y que la clemencia sin fuerza engendra desprecio. Los vandeanos —que habían luchado contra la Revolución— aceptaron al Cónsul que les devolvía sus curas y sus campanas: la paz religiosa del Concordato sellaría la reconciliación.

El paso siguiente era previsible: en 1802, un plebiscito —tres millones y medio de votos a favor— lo proclamó Cónsul vitalicio, con derecho a designar sucesor. El Consulado —que la Constitución había previsto temporal— se volvía monarquía de hecho: faltaba solo la palabra "emperador", y hasta el nombre. Napoleón —que ya firmaba "Napoleón" a secas, como los reyes firman con su nombre— no tenía prisa: sabía que las coronas pesan menos cuando el pueblo las pide. La república —que había nacido jurando odio a los reyes— se arrodillaba voluntariamente ante un amo. Y el amo —sonriente— aceptaba el homenaje como quien acepta lo inevitable.

El 18 de Brumario no fue una revolución: fue un golpe militar disfrazado de legalidad. Pero Francia, exhausta, lo aplaudió. Las calles de París respiraron aliviadas: se acababa el caos, llegaba el orden. Nadie —ni los conspiradores, ni el pueblo, ni el propio Napoleón— imaginaba hasta dónde llegaría aquel general de treinta años que acababa de tomar el poder con tropas en un patio de Saint-Cloud. El Consulado sería solo la antesala. El trono estaba a cinco años de distancia, y Napoleón ya lo veía con toda claridad.

7. El constructor

Hay una paradoja en el corazón de la leyenda napoleónica: el hombre que llenó Europa de cañonazos fue también uno de los más grandes constructores de Estados de la historia. Los quince años de su poder no fueron solo una sucesión de batallas; fueron una obra de ingeniería política y administrativa tan sólida que, dos siglos después, seguimos viviendo dentro de ella. Si las batallas le dieron la gloria, las reformas le dieron la inmortalidad.

Napoleón llegó al poder con una idea clarísima: la Revolución había destruido el viejo orden, pero no había construido uno nuevo que funcionara. Francia era un caos administrativo: impuestos que no se cobraban, tribunales contradictorios, una maraña de leyes del Antiguo Régimen mezcladas con decretos revolucionarios, una educación en ruinas y unas finanzas públicas en bancarrota. El Primer Cónsul se puso a trabajar con la misma energía frenética que desplegaba en campaña: jornadas de dieciocho horas, despachos dictados a cuatro secretarios a la vez, una memoria que retenía cada detalle de cada ministerio. Sus colaboradores salían de las reuniones agotados y asombrados: aquel hombre parecía no dormir nunca.

La codificación era el sueño frustrado de tres regímenes: la monarquía lo había intentado sin éxito, la Revolución había proclamado la necesidad de un código único pero se perdió en discusiones. Napoleón —que entendía que un Estado sin leyes claras es una casa sin cimientos— nombró en 1800 una comisión de cuatro juristas eminentes: Tronchet, Bigot de Préameneu, Portalis y Maleville. En cuatro meses redactaron un proyecto; luego vino la discusión en el

Consejo de Estado, presidida por el propio Primer Cónsul. Y aquí ocurrió algo insólito en la historia del derecho: un jefe de Estado —un general de treinta años— sentándose a debatir artículos con los mejores juristas de Francia, y haciéndolo con un sentido práctico que los dejaba atónitos.

Napoleón asistió a más de la mitad de las sesiones —cincuenta y siete de ciento dos— e intervino en los debates con opiniones tajantes, a veces brillantes, a veces brutales. Defendió el divorcio —"el matrimonio es un contrato y debe poder romperse"—, aunque luego aceptó restringirlo; impuso la autoridad paterna con mano dura —el padre de familia como "pequeño soberano"—; zanjó discusiones interminables con frases cortantes que se hicieron famosas. Portalis —el gran orador de la comisión— pronunció el "Discurso preliminar", una pieza maestra de filosofía jurídica que definía la ley como razón escrita. El resultado, promulgado el 21 de marzo de 1804 como "Código civil de los franceses", tenía 2.281 artículos: claros, concisos, escritos en un francés admirable. Consagraba la igualdad ante la ley, la libertad de contratación, la propiedad privada como derecho sagrado, el matrimonio civil, el fin de los privilegios feudales. Era —con sus sombras, como la subordinación legal de la mujer casada— la Revolución hecha derecho positivo, y se exportaría con los ejércitos a media Europa y a América.

Y la exportación fue literal: donde llegaban los ejércitos imperiales, llegaba el Código. Bélgica, Holanda, el oeste de Alemania, Italia, Polonia, las provincias ilirias —todos adoptaron el Código Civil, a veces traducido, a veces adaptado, pero siempre reconocible—. Y su influencia cruzó el Atlántico: los códigos civiles de las nuevas repúblicas hispanoamericanas —incluida la tradición jurídica mexicana— bebieron de la fuente napoleónica: la propiedad privada, el contrato, el matrimonio civil, la igualdad ante la ley. Hasta Luisiana —vendida por Napoleón a Estados Unidos en 1803— conserva un

derecho civil de raíz francesa. Napoleón —que en Santa Elena diría que su Código era lo único que sobreviviría de su obra— tenía razón: los imperios caen, los códigos permanecen. Cada vez que un juez invoca la igualdad ante la ley en México, en Argentina, en Italia o en Polonia, está citando —sin saberlo— al corso de Ajaccio.

Su obra maestra fue el Código Civil de 1804, el "Código Napoleónico". No era perfecto —relegaba a la mujer a un papel subordinado—, pero era una revolución jurídica: por primera vez, un ciudadano sabía qué leyes lo regían, iguales para todos. El Código se exportó con los ejércitos napoleónicos a media Europa y a América Latina, y sigue siendo la base del derecho civil en decenas de países. Cuando, ya prisionero en Santa Elena, le preguntaron cuál era su mayor obra, Napoleón no dudó: "Mi Código".

Pero hubo mucho más. Creó el Banco de Francia y saneó las finanzas públicas; fundó los liceos, la escuela secundaria pública que democratizó la educación de las élites; reorganizó la administración en departamentos gobernados por prefectos —un sistema centralizado que Francia conserva hasta hoy—; firmó el Concordato de 1801 con el Papa, reconciliando a Francia con la Iglesia católica tras una década de persecución religiosa; instituyó la Legión de Honor para premiar el mérito por encima del nacimiento; y unificó pesos y medidas impulsando el sistema métrico. Cada una de estas reformas, por sí sola, habría bastado para hacer memorable un gobierno. Juntas, en apenas cuatro años de Consulado, constituyen una de las concentraciones de genio administrativo más asombrosas de la historia.

Y entre todas, una cambió la vida cotidiana de millones sin que casi nadie lo notara: el sistema métrico. Antes de la Revolución, Francia tenía cientos de medidas distintas —la vara de París no era la de Lyon, la libra variaba de ciudad en ciudad—, un caos heredado del feudalismo que entorpecía el comercio y facilitaba el fraude. La

Revolución —no Napoleón— había encargado a los sabios un sistema racional, basado en la naturaleza: el metro —la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre—, el gramo, el litro. Napoleón —que comprendió su utilidad— lo impuso con su energía característica: el sistema métrico se volvió obligatorio, se enseñó en las escuelas, se grabó en los patrones de platino guardados en París. Hoy —dos siglos después— casi todo el planeta mide en metros y pesa en kilos: es la herencia más silenciosa y más universal del Consulado. Un campesino mexicano que pesa su maíz en kilos —sin saberlo— rinde homenaje a los sabios de la Revolución y al Cónsul que impuso su sistema. Hasta los ingleses —tan celosos de sus tradiciones— acabaron adoptándolo dos siglos después.

Y la reforma que más vidas cambió fue la de la educación. Antes de Napoleón, la enseñanza secundaria era un privilegio de la Iglesia y de los ricos; la Revolución la había proclamado gratuita sin poder organizarla. Napoleón —que creía que el Estado necesitaba cuadros— creó los liceos: escuelas públicas de secundaria, con internado, disciplina militar y programas uniformes en toda Francia, abiertas —en teoría— al talento viniera de donde viniera. Los becarios —elegidos por mérito— podían llegar desde un pueblo perdido hasta las grandes escuelas del Estado: la Politécnica, Saint-Cyr. Era la "carrera abierta a los talentos" hecha institución: el hijo de un artesano —si era brillante— podía convertirse en prefecto, en general, en ministro. Millones de franceses —durante dos siglos— se formarían en aquellos liceos: la meritocracia napoleónica —con sus uniformes, sus premios y su disciplina— modeló a las élites francesas hasta hoy. Napoleón —el hijo de la Revolución— cumplía así la promesa más radical de 1789: que el nacimiento dejara de ser destino.

Cada reforma merecería un capítulo, pero detengámonos en las decisivas. El Concordato de 1801 —firmado con el papa Pío VII tras meses de negociación— fue una obra maestra de pragmatismo: ponía

fin a diez años de guerra religiosa —la Revolución había perseguido a la Iglesia, confiscado sus bienes y creado un clero cismático—, reconocía al catolicismo como "la religión de la gran mayoría de los franceses" y sometía a los obispos al nombramiento del gobierno. Napoleón —que en privado era escéptico en materia religiosa— lo resumió con su cinismo habitual: el Concordato era "la vacuna de la religión", que inmunizaba al Estado contra el fanatismo. Los católicos recuperaban sus iglesias; el Estado conservaba los bienes confiscados y el control. Todos ganaban, y Francia dejaba de estar dividida por la cuestión religiosa.

El Banco de Francia —fundado en 1800— fue la otra gran obra financiera. Napoleón —que había visto a la Revolución arruinarse con los asignados— quería una moneda sólida y un crédito público fiable: el Banco —privado en su capital, pero tutelado por el Estado— recibió el privilegio de emitir billetes, descontar letras y sostener la deuda pública. Y en 1803 llegó la obra maestra: el franco germinal —una moneda de plata de cinco gramos, con paridad fija respecto al oro—, que daría a Francia la moneda más estable de Europa durante más de un siglo. El franco germinal —el "franco" a secas— sobreviviría al Imperio, a la Restauración, a dos repúblicas, y solo desaparecería con el euro, doscientos años después. Cuando un francés del siglo XX pagaba con francos, manejaba la moneda de Napoleón sin saberlo.

La disciplina presupuestaria fue feroz. Gaudin —el ministro de Finanzas, un burócrata genial— impuso un principio simple y revolucionario: ningún gasto sin ingreso previsto, ninguna cuenta sin rendición. Los impuestos —directos e indirectos— se recaudaban con una eficacia inédita gracias a los prefectos y a una administración que llegaba hasta el último pueblo. El resultado: por primera vez desde 1789, el Estado francés tuvo presupuestos equilibrados —o casi—, y el crédito público se restauró: los rentistas volvieron a confiar en el Estado, los tipos de interés bajaron, la economía respiró. Napoleón

—que despreciaba a los "ideólogos" pero adoraba a los buenos administradores— decía que Gaudin valía un ejército: sin dinero no hay cañones, y sin cañones no hay victorias. La Grande Armée —la máquina de guerra más cara de la historia hasta entonces— se financió con aquella disciplina: impuestos regulares, botín de guerra organizado, contribuciones de los vencidos. Era un sistema que funcionaba... mientras hubiera victorias. Cuando las victorias cesaran —en Rusia—, el sistema se vendría abajo como todo lo demás.

Napoleón, que entendía que la guerra se gana también en los despachos, supervisaba personalmente los presupuestos: "las finanzas son el nervio de la guerra", repetía. Y cada prefecto era los ojos y la mano del gobierno en su territorio: informaba de todo, ejecutaba todo. Era el Estado moderno en su forma más pura: centralizado, jerárquico y eficaz.

La negociación del Concordato fue una partida de ajedrez diplomática que duró más de un año. Napoleón envió a Roma a negociadores duros y recibió al cardenal Consalvi —el secretario de Estado de Pío VII, un diplomático de primer orden— en París, donde lo sometió a una presión implacable: sesiones maratonianas, ultimátums, amenazas veladas de un cisma francés. Consalvi —que admiraba y temía a Napoleón a partes iguales— cedió en casi todo: el Estado pagaría al clero, pero el papa reconocería la venta de los bienes eclesiásticos y aceptaría la destitución de los obispos refractarios. El Concordato se firmó el 15 de julio de 1801, y Napoleón —que no creía en nada— lo celebró como un triunfo: había devuelto a Francia la paz religiosa sin devolverle el poder a la Iglesia. Y para que no quedara duda de quién mandaba, añadió unilateralmente los "Artículos Orgánicos": setenta y siete disposiciones que sometían a la Iglesia al control del Estado —el gobierno nombraba a los obispos, autorizaba los seminarios, vigilaba los sermones—. Pío VII protestó; Napoleón sonrió. El papa había recuperado sus fieles; el emperador futuro se había quedado con las

llaves.

La policía fue el otro instrumento del orden. José Fouché —el ex terrorista convertido en ministro de Policía— construyó la red de vigilancia más eficaz de Europa: agentes infiltrados en los salones, en los cafés, en las logias masónicas; apertura sistemática de la correspondencia; dossiers sobre cada figura pública. Napoleón leía cada mañana los boletines de Fouché con la misma atención que los partes militares: sabía quién conspiraba, quién murmuraba, quién gastaba más de lo que ganaba. La prensa —domada por la censura— solo publicaba lo autorizado: los periódicos opositores fueron cerrados uno tras otro hasta quedar un puñado de títulos dóciles. Los franceses —cansados de una década de caos— aceptaron el trueque: menos libertad a cambio de orden. Y el orden —hay que reconocerlo— llegó: los caminos volvieron a ser seguros, los bandidos del Mediodía fueron exterminados, las conspiraciones realistas —como la de la "máquina infernal" de 1800, que casi mata a Napoleón en la calle Saint-Nicaise— fueron desarticuladas con mano de hierro.

En educación, la ley de 1802 creó los liceos: escuelas secundarias públicas, con becas para los mejores alumnos pobres, destinadas a formar a las élites administrativas y militares del nuevo régimen. Era la meritocracia institucionalizada: el hijo de un campesino con talento podía llegar a prefecto o a general. Y para premiar el mérito creó, en 1802, la Legión de Honor: una orden abierta a militares y civiles, sin distinción de nacimiento, que recompensaba los servicios a la patria. Los viejos revolucionarios protestaron —¿no era una nobleza disfrazada?—, pero Napoleón sabía lo que hacía: los hombres se gobiernan también con cintas y medallas, y la Legión canalizaba la ambición hacia el servicio del Estado. Dos siglos después, sigue siendo la más alta distinción francesa.

Y hubo una obra política más sutil que todas las leyes: la "amalgama", la fusión de las élites. Napoleón —que necesitaba a los mejores,

vinieran de donde vinieran— reconcilió a los bandos que la Revolución había enfrentado a muerte: llamó de vuelta a los emigrados —la nobleza exiliada— y les devolvió parte de sus bienes si juraban lealtad; confirmó en sus puestos a los administradores jacobinos que demostraban competencia; mezcló en sus consejos a antiguos revolucionarios con antiguos aristócratas, obligándolos a trabajar juntos. Talleyrand —obispo renegado del Antiguo Régimen— despachaba junto a Fouché —el ex terrorista—; el salón de Josefina reunía a duquesas del faubourg Saint-Germain con generales salidos del pueblo. Era una operación política genial: al fundir a los vencedores y a los vencidos en una misma élite de servicio, Napoleón cerraba las heridas de la Revolución y creaba una clase dirigente unida por la lealtad a su persona. Los franceses —cansados de odiarse— aceptaron con alivio: por primera vez en diez años, el país volvía a ser uno solo.

Y mientras construía, también pacificaba. La Paz de Lunéville (1801) con Austria y la Paz de Amiens (1802) con Inglaterra dieron a Francia un respiro que no conocía desde hacía una década. Por un momento, Europa entera estuvo en paz, y Napoleón —cónsul vitalicio desde 1802, por plebiscito— parecía el hombre que había logrado lo imposible: terminar la Revolución conservando sus conquistas. París se llenó de fiestas, de embajadores, de una corte consular que imitaba cada vez más abiertamente las formas de la monarquía. Josefina, convertida en la primera dama de Francia, deslumbraba en las Tullerías. Todo apuntaba en una dirección que ya nadie se atrevía a nombrar en voz alta... pero que todos veían venir: la corona.

Porque Napoleón había comprendido una verdad profunda sobre el poder: las repúblicas nacidas de revoluciones son frágiles; necesitan encarnarse en una persona, en un símbolo, en una dinastía, para sobrevivir a su fundador. Y él, que no creía en la legitimidad de la sangre, creía en cambio en la legitimidad de la gloria y del plebiscito.

Si el pueblo francés lo quería como jefe hereditario, ¿por qué no ser emperador? En 1804, tras el descubrimiento de una conspiración realista para asesinarlo, el Senado le ofreció la corona imperial. Napoleón aceptó. La Revolución, que había nacido decapitando a un rey, iba a coronar a un emperador. Y lo haría en la catedral más famosa de Francia, ante el Papa en persona, en una ceremonia que el mundo no olvidaría jamás.

8. La coronación

La construcción del Imperio había empezado mucho antes de la coronación, en los detalles. En mayo de 1804, Napoleón creó dieciocho mariscales del Imperio —el bastón de mariscal, bordado de águilas, para sus mejores generales: Berthier, Murat, Masséna, Augereau, Bernadotte, Soult, Lannes, Ney, Davout y los demás—: era la nobleza militar del nuevo régimen, y cada bastón era una promesa de gloria futura. Cambacérès —el archicanciller, un jurista de modales exquisitos— organizó la etiqueta de la corte copiando el ceremonial de Versalles: reverencias, precedencias, libreas. Los viejos jacobinos —que habían jurado odio eterno a los reyes— se veían obligados a inclinarse ante el emperador, y lo hacían entre dientes. Napoleón se divertía con la ironía: la Revolución terminaba haciendo reverencias.

La corte imperial era un teatro del poder: Josefina —emperatriz— recibía en las Tullerías con un lujo que eclipsaba a las cortes europeas; su hija Hortensia y su hijo Eugenio —hijos de su primer matrimonio— eran príncipes del Imperio; la madre, Letizia —"Madame Mère"—, asistía a todo con escepticismo campesino, guardando su dinero para el día en que "esto se acabe". Y alrededor, una nobleza nueva de duques y condes —títulos vinculados a victorias: "duque de Rivoli", "príncipe de Essling"— que fundaba una aristocracia del mérito sobre las ruinas de la de sangre. El mensaje era claro: en el Imperio, el talento mandaba. O eso decía la propaganda.

El 2 de diciembre de 1804, París amaneció envuelta en un frío cortante y en una expectación que no se recordaba desde la toma de la Bastilla. Miles de personas abarrotaban las calles que llevaban a la

catedral de Notre Dame, engalanada como nunca: tapices, flores, tribunas para los dignatarios, y un trono imperial erigido ante el altar. Afuera, las tropas formadas; adentro, lo más granado de Europa: príncipes, embajadores, mariscales con uniformes deslumbrantes... y en un lugar de honor, incómodo y resignado, el papa Pío VII, que había viajado desde Roma para ungir al nuevo emperador. Jamás un pontífice había asistido a la coronación de un soberano fuera de Roma. Era la medida de hasta dónde llegaba ya el poder de aquel corso de treinta y cinco años.

Pío VII llegó a París el 25 de noviembre, tras un viaje penoso por los Alpes en pleno otoño: el anciano pontífice —enfermo, agotado— fue recibido con honores de jefe de Estado, pero todos sabían quién mandaba. Napoleón lo alojó en las Tullerías y lo trató con una cortesía exquisita que era también una forma de dominio: el papa era su invitado, su rehén de lujo, la pieza que legitimaría la corona ante la Europa católica. Los preparativos de la ceremonia fueron faraónicos: la catedral de Notre-Dame —abandonada y deteriorada tras la Revolución— fue restaurada a toda prisa; se construyeron tribunas para miles de invitados; se confeccionaron los ornamentos imperiales —la corona de Carlomagno (una réplica, pues la original había desaparecido), el cetro, la "mano de justicia", el globo terráqueo— con un lujo que pretendía rivalizar con Bizancio. El manto de la coronación —terciopelo púrpura bordado de abejas de oro, el símbolo elegido por Napoleón en lugar de la flor de lis borbónica— pesaba una barbaridad, y Josefina —que luciría uno similar— ensayó durante semanas el arte de caminar con él sin tropezar.

El pintor David —el gran artista de la Revolución, reconvertido en pintor oficial del Imperio— recibió el encargo de inmortalizar la ceremonia: sus bocetos —cientos de estudios de rostros, ropajes y gestos— son hoy uno de los testimonios más valiosos del evento. El cuadro final —"La coronación de Napoleón", de seis metros por diez—

tardaría años en completarse y mostraría el momento culminante: Napoleón coronando a Josefina, con el papa como testigo. Pero el detalle más famoso del cuadro —y de la ceremonia— fue el gesto que lo definió todo: cuando llegó el momento de recibir la corona, Napoleón no se arrodilló ante el papa para que se la impusiera —como mandaba la tradición—; la tomó con sus propias manos y se la colocó él mismo. Luego coronó a Josefina. El mensaje —para Francia, para Europa, para la historia— era inequívoco: nadie le daba el poder; él se lo tomaba.

La ceremonia duró horas y fue un prodigio de teatralidad política. Napoleón y Josefina llegaron en una carroza dorada tirada por ocho caballos, entre aclamaciones. Él vestía un manto de terciopelo púrpura bordado de abejas doradas —la abeja, símbolo de laboriosidad y de inmortalidad, elegida frente a la flor de lis de los Borbones—; ella, un vestido blanco bordado de plata que la hacía parecer una aparición. El Papa ungió al emperador con los óleos sagrados, bendijo las insignias... y entonces ocurrió el gesto que definiría la escena para la eternidad: Napoleón tomó la corona de manos del pontífice, se volvió hacia la multitud y se la colocó él mismo sobre la cabeza. Luego coronó a Josefina, arrodillada ante él.

El camino hacia la corona había sido calculado al milímetro. En 1802, un plebiscito lo había nombrado cónsul vitalicio; en 1804, tras descubrirse una conspiración realista para asesinarlo —el complot de Cadoudal—, Napoleón decidió dar el paso definitivo. Hubo un episodio sombrío en el camino: el secuestro y fusilamiento del duque de Enghien, un príncipe Borbón acusado de conspirar, ejecutado en los fosos de Vincennes en marzo de 1804. Fue un crimen político que horrorizó a Europa y que sus enemigos nunca le perdonarían: el hombre que se decía heredero de la Revolución fusilaba a un príncipe como los reyes de antaño. Pero en Francia, la medida fue aplaudida como una advertencia a los conspiradores. El Senado, dócil, ofreció

entonces a Napoleón la dignidad imperial hereditaria; el plebiscito de 1804 la ratificó con más de tres millones y medio de votos. La Revolución, que había nacido decapitando a un rey, iba a coronar a un emperador... y el pueblo francés lo había votado.

El fusilamiento de Enghien tuvo una consecuencia cultural que Napoleón no previó: la ruptura con Chateaubriand. El gran escritor romántico —que había vuelto del exilio y servía al régimen como diplomático— consideró el crimen un límite moral infranqueable: dimitió de su embajada en el Valais con una carta que era una condena, y se convirtió desde entonces en el enemigo literario más brillante del Imperio. Su ejemplo cundió entre los intelectuales: Madame de Staël —desterrada por su oposición— convirtió su salón de Coppet en el centro de la resistencia liberal europea; el poeta Chénier —que había cantado a la Revolución— se negó a cantar al Imperio. Napoleón —que despreciaba a los "ideólogos"— descubrió que las plumas podían herir tanto como las espadas: la oposición intelectual —impotente en Francia, amordazada por la censura— encontró refugio en el extranjero y preparó el terreno moral de la Restauración. El emperador ganaba batallas; los escritores ganaban la posteridad. Y la posteridad —hay que reconocerlo— ha sido más benévola con los escritores.

Napoleón, por su parte, marcó el tono desde el principio: llegó tarde a la cita con el pontífice en Fontainebleau y lo obligó a esperarlo en el frío —un detalle de dominación que el Papa no olvidaría—.



El mensaje del gesto —tomar la corona con sus propias manos— era inequívoco y revolucionario: su poder no venía de Dios ni de la Iglesia ni de la sangre; venía de él mismo, de su genio, de sus victorias y del voto del pueblo francés. Era la coronación de la meritocracia: un hijo de la pequeña nobleza corsa, un advenedizo para las cortes de Europa, se proclamaba igual a los reyes por derecho propio. Los monarcas europeos lo entendieron perfectamente y lo odiaron por ello: aquel emperador sin antepasados era una afrenta viviente a todo lo que

representaban. El zar Alejandro lo llamaría "el usurpador"; los ingleses jamás reconocerían su título. Para ellos no era un emperador: era Bonaparte, el ogro corso.

Pero en Francia, la coronación fue un triunfo absoluto. El Imperio nacía con un prestigio inmenso: el orden interior, la prosperidad recuperada, el Código recién promulgado, un ejército invencible y un jefe que parecía tocado por la fortuna. La dinastía Bonaparte —hermanos coronados, hermanas convertidas en reinas y grandes duquesas— extendía sus ramas por Europa como un árbol plantado a cañonazos, y la nobleza nueva —mariscales, ministros, prefectos— fundaba sobre el mérito lo que la vieja había fundado sobre la sangre.

Pero la familia —como todo lo humano— tenía sus grietas. La más dolorosa fue la ruptura con Luciano, el hermano orador, el salvador del 18 de Brumario. Luciano —brillante, independiente, republicano de corazón— se había casado en segundas nupcias con una viuda sin alcurnia, Alejandrina de Bleschamp, por amor y contra la voluntad de Napoleón, que exigía matrimonios dinásticos para sus hermanos. Napoleón —que necesitaba casar a Luciano con una princesa española o alemana— le exigió el divorcio; Luciano —orgullosa— se negó, rompió con el emperador y se exilió a Roma, bajo la protección del Papa. La ruptura —definitiva— privó a Napoleón de su aliado más inteligente y reveló el límite de su poder: podía coronar reyes, pero no doblegar el orgullo de un hermano. Años después —en Santa Elena—, Napoleón reconocería que había sido injusto con Luciano: "es el único de mis hermanos que me dijo la verdad". El clan corso —tan unido en la adversidad— se resquebrajaba en la prosperidad: José intrigaba en España, Luis desobedecía en Holanda, Jerónimo se arruinaba en Westfalia, Carolina conspiraba con Murat. La familia —el instrumento del Imperio— se convertía en su talón de Aquiles.

Y para vestir la nueva monarquía, Napoleón inventó una corte. El hombre que había despreciado a los cortesanos del Antiguo Régimen

descubrió —emperador— que necesitaba ceremonial: creó los grandes dignatarios —el gran elector, el condestable, el gran almirante—, restableció la etiqueta —las reverencias, los rangos, los uniformes bordados—, y sometió a su ruda soldadesca a un código de modales que hacía reír a los veteranos. Los mariscales —que habían dormido en el barro— aprendieron a hacer la corte; sus esposas —antiguas cantineras, modistillas— se convirtieron en damas de palacio bajo la tutela de madame Campan —la antigua dama de María Antonieta, contratada para enseñar buenos modales—. La escena tenía algo de comedia —los "grogards" tropezando con las reverencias—, pero también de genio político: Napoleón sabía que el poder necesita teatro, que la majestad es un lenguaje que los pueblos entienden. Y Josefina —criolla elegante, experta en el arte de la sociedad— fue la maestra perfecta de aquella transformación: su salón —su gracia, su guardarropa— civilizó al Imperio. La corte napoleónica —híbrido de cuartel y de Versalles— escandalizaba a los legitimistas y fascinaba a Europa: era la prueba viviente de que un nuevo mundo había nacido, con sus propios ritos. Hasta el ceremonial de la coronación —el manto, el cetro, la mano de la justicia— fue diseñado para proclamar que aquel Imperio —nacido de la Revolución— era tan legítimo como los tronos más antiguos de Europa.

La vida cotidiana del emperador era un mecanismo de relojería. Napoleón se levantaba de madrugada —a las cuatro o cinco—, trabajaba en su gabinete hasta las diez dictando cartas a sus secretarios —Bourrienne primero, luego Méneval—, recibía a ministros, despachaba audiencias, almorzaba frugalmente en quince minutos y volvía al trabajo hasta la noche. Cenaba a las ocho —una hora fija e inamovible—, conversaba con Josefina y su círculo, y se retiraba a leer o a trabajar más. Dormía poco —cuatro o cinco horas— y exigía lo mismo de los suyos: sus ministros vivían aterrorizados por las convocatorias nocturnas, y Talleyrand —que amaba los placeres—

bromeaba diciendo que servir a Napoleón era "tragar el tiempo". Pero aquella disciplina férrea era el secreto del régimen: el emperador estaba en todo —en la leva de un regimiento, en el nombramiento de un alcalde de pueblo, en el precio del pan en París— y su administración —la más eficaz de Europa— funcionaba con la precisión de un ejército.

Y Josefina —coronada emperatriz de rodillas ante su esposo— era la primera dama del continente, la mujer más envidiada del mundo: su gracia, su elegancia y su tacto social hacían olvidar a muchos que el Imperio había nacido de un golpe de Estado. En las Tullerías —el palacio imperial—, las recepciones, los bailes y las cacerías rivalizaban con los de la vieja monarquía, y los embajadores extranjeros —que en privado llamaban a Napoleón "usurpador"— hacían cola para inclinarse ante él. Era el triunfo completo: el advenedizo corso había domesticado a la Europa aristocrática, obligándola a bailar al son de sus violines.

Solo faltaba una cosa para que el Imperio fuera perfecto: un heredero. Josefina, a sus cuarenta y seis años, no podía darle hijos, y aquella sombra —todavía lejana, todavía negada— empezaba a alargarse sobre el matrimonio más famoso de Europa. Napoleón, que amaba a Josefina con un amor enfermizo y posesivo, se negaba a mirar el problema de frente. Pero la razón de Estado es implacable: un imperio hereditario sin heredero es una contradicción mortal. El tiempo, silencioso, trabajaba contra ellos.

Mientras tanto, la guerra volvía a llamar a la puerta. Inglaterra, que nunca había aceptado la Paz de Amiens, financiaba con su oro una nueva coalición: Austria, Rusia, Suecia y Nápoles. En 1805, Napoleón tenía acampado en Boulogne —frente al canal de la Mancha— un ejército de ciento cincuenta mil hombres y una flotilla de dos mil barcasas: el plan de invasión de Inglaterra, el más ambicioso de su carrera. Las tropas se entrenaban, la artillería estaba lista, y solo

faltaba que la flota franco-española lograra el dominio temporal del canal. Pero la noticia que llegó en agosto lo cambió todo: los austriacos habían invadido Baviera, aliada de Francia, y avanzaban hacia el Rin. Napoleón tomó entonces la decisión más audaz de su vida militar: levantar el campamento de Boulogne, girar ciento ochenta grados a todo su ejército y marchar a marchas forzadas hacia el este. Doscientos mil hombres recorrieron en semanas la distancia entre el canal de la Mancha y el Danubio, en una maniobra de precisión logística que dejó estupefacto al mundo: cada cuerpo de ejército marchaba por una ruta distinta, con sus provisiones calculadas al día, convergiendo como los dedos de una mano que se cierra. En octubre, el general austriaco Mack se encontró cercado en Ulm y tuvo que rendirse con todo su ejército —más de sesenta mil hombres— sin apenas combatir. Era el preludio. Lo que vendría después, en una meseta helada de Moravia, sería la batalla más perfecta de su vida: Austerlitz, el sol que lleva su nombre.

9. El sol de Austerlitz

El instrumento de aquella campaña era la máquina de guerra más perfecta jamás creada: la Grande Armée. Napoleón la había forjado en los campamentos de Boulogne durante dos años: siete cuerpos de ejército —cada uno, un mini-ejército completo con su infantería, su caballería y su artillería—, más la Guardia Imperial, más la reserva de caballería de Murat. Cada cuerpo marchaba por separado, vivía del país y podía combatir solo durante días, hasta que los demás convergían: era el "batallón cuadrado", un sistema que permitía mover doscientos mil hombres como los dedos de una mano. Al frente del Estado Mayor, el mariscal Berthier —un genio de la organización— traducía las órdenes telegráficas de Napoleón en movimientos precisos: el emperador dictaba la intención, Berthier calculaba las etapas, los cuerpos ejecutaban. Ningún ejército del mundo tenía nada parecido: los austriacos aún marchaban en columnas rígidas del siglo XVIII, con estados mayores improvisados. Era una revolución silenciosa: mientras los ejércitos enemigos marchaban en una sola columna —lentos, torpes—, los franceses avanzaban en abanico, por varias rutas, concentrándose solo para la batalla. Y las organizaciones —a diferencia de los genios— se pueden copiar: los prusianos —tras Jena— copiarían el sistema de cuerpos, y con él derrotarían a Francia en 1815.

La maniobra de 1805 fue la demostración suprema del sistema. Mientras Mack invadía Baviera en septiembre y se atrincheraba en Ulm esperando a los rusos, Napoleón hizo creer a los austriacos que atacaría por la Selva Negra —con fintas de caballería y noticias falsas

sembradas por sus espías— y, en realidad, cruzó el Rin más al norte, envolvió por el este y cortó las líneas de comunicación austriacas en el Danubio. El general Mack —un teórico pedante que despreciaba a los franceses— se encontró cercado sin comprender cómo: sus intentos de romper el cerco fueron rechazados uno tras otro, y el 20 de octubre capituló con más de sesenta mil hombres, sin apenas combatir. Fue la mayor capitulación de la historia militar hasta entonces, y se logró casi sin batalla: la maniobra había sustituido al combate. Napoleón —que había aprendido de los teóricos que la guerra es el arte de obligar al enemigo a rendirse sin luchar— acababa de dar su lección magistral.

El 2 de diciembre de 1805 —exactamente un año después de su coronación— Napoleón despertó antes del amanecer en una meseta de Moravia, cerca del pueblo de Austerlitz. Llevaba días provocando al enemigo: había abandonado deliberadamente las alturas de Pratzen, la posición dominante del campo de batalla, para tentar a los austro-rusos a ocuparla; había fingido debilidad, desorden, incluso deseos de negociar. Los aliados —el emperador Francisco I de Austria y el joven zar Alejandro I de Rusia, ambos presentes en el campo— picaron el anzuelo: creyeron que el corso estaba acorralado y planearon un ataque envolvente contra su flanco derecho, debilitando para ello su propio centro en las alturas de Pratzen. Era exactamente lo que Napoleón quería. "Mientras marchen para rodearme —había dicho a sus generales—, me presentarán el flanco".

La víspera de la batalla fue una de esas noches que la leyenda no olvida. Napoleón estableció su cuartel general en una colina —la colina de Žuran— y recorrió a caballo las líneas francesas bajo la luz de las antorchas: los soldados —que sabían que al día siguiente se jugaba todo— lo aclamaron con un entusiasmo delirante, encendiendo hogueras de paja que iluminaron todo el frente. Los aliados —desde sus posiciones— vieron aquel mar de fuegos y oyeron los vítores: el ejército francés celebraba la víspera como si la victoria fuera segura.

En el campamento aliado, en cambio, reinaba la división: el consejo de guerra —presidido por el zar Alejandro, que a sus veintiocho años se creía un genio militar— había aprobado el plan del general austriaco Weyrother, un plan complicado de marchas concéntricas que ignoraba los consejos del prudente Kutuzov. Kutuzov —el viejo zorro ruso, tuerto y obeso— había advertido que Napoleón los estaba atrayendo a una trampa; nadie lo escuchó. El zar quería su batalla gloriosa, y la tendría.

El orden de batalla francés era una obra maestra de economía de fuerzas. Napoleón disponía de unos sesenta y ocho mil hombres frente a casi noventa mil aliados —la inferioridad numérica era considerable—, pero había concentrado su fuerza donde importaba: el centro —las colinas de Pratzen— lo había dejado deliberadamente débil, con una sola división, como cebo; las alas —Soult a la derecha, Lannes y Murat a la izquierda— eran masas de maniobra listas para contraatacar; y en reserva, tras las colinas, escondía a la Guardia Imperial —sus mejores tropas— y la caballería pesada. La artillería —su arma favorita— estaba desplegada para batir los puntos clave. Cada cuerpo sabía su papel; cada general —Soult, Lannes, Bernadotte, Davout, Murat— había recibido instrucciones precisas y libertad para ejecutarlas. Era la máquina de guerra napoleónica en su punto más alto: un instrumento afinado durante diez años de campañas, dirigido por un hombre que la conocía como un violinista su instrumento.

En Austerlitz, el sistema funcionó a la perfección: los cuerpos convergieron como los dedos de una mano que se cierra.

Y sobre la batalla, el mito: el "sol de Austerlitz". Cuando la niebla se disipó aquella mañana y el sol iluminó el campo, los soldados —y Napoleón con ellos— vieron en ello un presagio: el astro de la victoria. El "soleil d'Austerlitz" se convirtió en leyenda —los veteranos juraban por él—, y Napoleón —que nunca despreció un buen símbolo— lo adoptó: cada 2 de diciembre —aniversario de la coronación y de la batalla— el Imperio celebraba su fiesta. El mito —como todos los mitos

napoleónicos— tenía un fondo de verdad táctica —el sol cegó a los rusos en el momento del ataque— y una envoltura de poesía: la historia —cuando es grande— necesita poesía. Y Austerlitz —la batalla perfecta— la merecía.

Al amanecer, una niebla espesa cubría el campo. Napoleón, montado en su caballo gris, recorrió las líneas entre las aclamaciones de sus soldados, que encendían antorchas de paja para celebrar el aniversario de la coronación. Cuando la niebla empezó a disiparse y el sol asomó —el famoso "sol de Austerlitz"—, dio la orden. El mariscal Soult lanzó sus divisiones como un martillo contra las alturas de Pratzen, tomadas por sorpresa: el centro aliado se partió en dos. Mientras tanto, en el flanco derecho francés, el mariscal Davout —que había marchado toda la noche con sus tropas— llegaba justo a tiempo para contener el ataque aliado. En el norte, Bernadotte y la caballería de Murat remataban la faena. Al mediodía, el ejército austro-ruso, superior en número, estaba destrozado: miles de muertos, miles de prisioneros, la artillería capturada. Los dos emperadores huyeron del campo de batalla. Napoleón había ganado la batalla más perfecta de su carrera.

La trampa de Austerlitz se había tendido durante semanas, con una paciencia de ajedrecista. Tras la caída de Ulm, Napoleón había entrado en Viena —la capital imperial, evacuada por la corte— y había perseguido a los aliados hasta Moravia. Allí, deliberadamente, ofreció batalla en un terreno que parecía desfavorable: abandonó las alturas de Pratzen —la llave del campo— y extendió su flanco derecho hacia el sur, como invitándolos a envolverlo. Envío incluso un parlamentario al zar con propuestas de negociación, para alimentar la ilusión de que temía el combate. En el cuartel general aliado, el joven zar Alejandro —de veintiocho años, ansioso de gloria— y sus generales austriacos se dejaron convencer por el plan del general Weyrother: un gran movimiento envolvente contra el flanco derecho francés, que exigía

desguarnecer el centro... las alturas de Pratzen. Napoleón, informado por sus espías del plan enemigo, sonrió: "mañana por la noche, ese ejército será mío". La víspera, recorrió a caballo las líneas francesas entre antorchas y vítores: sus soldados celebraban el aniversario de la coronación encendiendo paja en las bayonetas, y el resplandor se veía a kilómetros. Los aliados, desde sus posiciones, contemplaron aquel mar de luces y creyeron que era el funeral del ejército francés. Era su amanecer.



La batalla, el 2 de diciembre, fue una sinfonía de precisión. Al amanecer, bajo una niebla espesa, los aliados lanzaron su ataque envolvente contra el sur, tal como Napoleón había previsto: sus columnas descendieron de las alturas de Pratzen, debilitando el centro. Napoleón esperó —con una calma que asombró a su Estado Mayor— hasta que el sol empezó a disipar la niebla: el "sol de Austerlitz". Entonces dio la orden y el mariscal Soult lanzó sus dos divisiones contra las alturas, ahora casi vacías: en una hora, el centro

aliado estaba partido en dos y los franceses coronaban Pratzen. En el sur, el mariscal Davout —que había marchado toda la noche desde Viena con sus tropas exhaustas— llegaba en el momento crítico para sostener el flanco derecho contra la avalancha aliada, en uno de los esfuerzos de marcha más famosos de la historia. En el norte, la caballería de Murat y las divisiones de Bernadotte y Lannes arrollaban el flanco ruso. Al mediodía, el ejército aliado estaba cortado en tres pedazos que se desintegraban por separado: los rusos huían hacia los estanques helados de Satschan, donde el hielo se rompió bajo el fuego de la artillería francesa —una escena apocalíptica que la leyenda agrandaría—. A las cuatro de la tarde todo había terminado: quince mil bajas aliadas, once mil prisioneros, ciento ochenta cañones capturados. Los dos emperadores habían huido del campo. Napoleón, sereno entre el humo, dictó el parte de victoria.

Y entonces hizo lo que mejor sabía hacer después de ganar: convertir la victoria en leyenda. Su proclama a los soldados —leída a la luz de las antorchas— es una de las más bellas de la historia militar: "Soldados, estoy contento de vosotros... Habéis justificado cuanto esperaba de vuestra intrepidez... Os he reservado para una batalla decisiva, y habéis respondido a mi confianza". Cada soldado que había combatido recibió la promesa de una pensión; los heridos, la Legión de Honor; los muertos, la gloria eterna y la adopción de sus familias por el Estado. Napoleón recorrió el campo de batalla al día siguiente, entre los heridos, deteniéndose a hablar con los oficiales, condecorando en el acto a los valientes. Aquella cercanía —el emperador que conocía a sus soldados, que recordaba sus nombres, que lloraba con ellos— era el cemento del Imperio: aquellos hombres —campesinos, artesanos, muchachos de veinte años— habrían dado la vida por él, y muchos la dieron.

La entrada en Viena —días antes de la batalla— había sido otro espectáculo: la capital imperial, abandonada por la corte, recibió al

vencedor con una mezcla de terror y fascinación. Napoleón se instaló en el palacio de Schönbrunn —la residencia de los Habsburgo— y desde allí dictó la paz como un amo: requisiciones, contribuciones, desfiles. Los vieneses —que esperaban saqueos— descubrieron a un conquistador disciplinado: sus tropas pagaban lo que tomaban, los oficiales frecuentaban los salones, y el propio Napoleón asistía a la ópera. Era la otra cara del genio: el guerrero que sabía ser estadista, el conquistador que sabía seducir. Viena —la capital de sus enemigos— lo admiró a su pesar, y aquella admiración —mezclada con el miedo— sería el modelo de todas sus conquistas: vencer en el campo y convencer en los salones.

Las consecuencias fueron inmensas. Austria, humillada, firmó la Paz de Presburgo el 26 de diciembre: cedía Venecia, el Tirol y sus posesiones alemanas, pagaba una indemnización colosal y salía de la coalición. El Sacro Imperio Romano Germánico —que había durado mil años— se disolvió formalmente en agosto de 1806, y Napoleón creó en su lugar la Confederación del Rin: dieciséis príncipes alemanes bajo su protectorado. El mapa de Europa central quedaba redibujado para siempre: era el fin de la Alemania medieval y el principio de la Alemania moderna. Y el prestigio de Napoleón tocó el cielo: en París se decretaron fiestas, se acuñaron medallas, se levantó —años después— la columna Vendôme con los cañones capturados. Austerlitz se convirtió en el nombre sagrado del Imperio: una plaza de París, una estación, un puente llevarían su nombre.

Y se convirtió también en el mito fundacional de una generación. Los veteranos de Austerlitz —los "hijos del sol", como los llamaría la leyenda— serían la aristocracia moral del Imperio: condecorados, pensionados, exhibidos en los desfiles, sus historias —embellecidas con cada relato— alimentarían la imaginación de Francia durante un siglo. Los niños de las escuelas aprenderían la batalla como una epopeya; los pintores —Gérard, Gros— la inmortalizarían en lienzos

colosales; los poetas la cantarían. Napoleón —que entendía el poder de los símbolos— instituyó el 2 de diciembre como fiesta imperial: cada aniversario, las tropas desfilaban, se repartían condecoraciones, se leía la proclama de 1805. Era el culto a la victoria convertido en religión civil: el Imperio no tenía santos, tenía batallas. Y Austerlitz —la más perfecta— era su altar mayor. Cuando el Imperio cayó, los veteranos —mutilados, pobres, olvidados por la Restauración— seguirían reuniéndose cada 2 de diciembre en tabernas parisinas, brindando por el emperador ausente y por el sol que una vez los iluminó.

Pero toda moneda tiene su reverso, y el de Austerlitz se había acuñado en el mar seis semanas antes. El 21 de octubre de 1805, frente al cabo de Trafalgar, la flota franco-española del almirante Villeneuve —que debía cubrir la invasión de Inglaterra— fue aniquilada por Nelson, que dividió su línea en dos columnas y destrozó a sus adversarios en un combate de una ferocidad inaudita. Nelson murió en la batalla —alcanzado por una bala de mosquete en la cubierta del Victory—, convirtiéndose en el héroe inmortal de Inglaterra; Villeneuve, capturado, se suicidaría meses después. Napoleón perdió de un plumazo la flota, el plan de invasión y cualquier esperanza de disputar a Inglaterra el dominio de los océanos. Su respuesta fue característica: si no podía vencer a Inglaterra en el mar, la vencería por tierra, asfixiando su comercio. El 21 de noviembre de 1806, desde Berlín, firmaría el decreto del Bloqueo Continental: toda Europa quedaba prohibida de comerciar con las islas británicas, y todo barco que lo hiciera sería confiscado. Era una guerra económica total... que exigiría dominar cada puerto del continente, desde Lisboa hasta Riga. Una ambición que lo llevaría, paso a paso, a la península ibérica y a las estepas rusas. Austerlitz fue su cima militar; Trafalgar, la sombra que nunca se disiparía.

Pero el golpe simbólico fue mayor: el emperador Francisco II

—viéndose sin imperio que gobernar— abdicó en 1806 la corona del Sacro Imperio Romano Germánico, que había existido —nominalmente— desde Carlomagno, mil años atrás. Mil años de historia borrados por un tratado: la vieja Europa —la de los príncipes, las Dietas y las coronas medievales— se desmoronaba, y sobre sus ruinas Napoleón construía su orden nuevo —reinos para sus hermanos, ducados para sus mariscales, constituciones escritas—. Los alemanes —humillados— no lo olvidarían: de aquella humillación nacería, años después, el nacionalismo alemán que terminaría destruyendo a Francia. Austerlitz —la victoria perfecta— sembraba así, sin saberlo, las semillas de las derrotas futuras.

10. El dueño de Europa

El Bloqueo Continental —el arma con la que pretendía asfixiar a Inglaterra— merecía una explicación, porque fue la idea que más condicionó su reinado. El decreto de Berlín del 21 de noviembre de 1806 declaraba a las islas británicas en estado de bloqueo: ningún barco europeo podía comerciar con ellas, toda mercancía inglesa sería confiscada, todo súbdito británico detenido. El decreto de Milán de diciembre de 1807 lo endurecía: cualquier barco que hubiera tocado un puerto inglés sería presa legítima. Era una guerra económica total, sin precedentes: Napoleón pretendía arruinar a la "nación de tenderos" —como la llamaba despectivamente— cerrándole el mercado europeo.

Pero la realidad se burló del decreto. Inglaterra —dueña de los mares— respondió con sus propias "Órdenes del Consejo", bloqueando a su vez el comercio europeo y fomentando un contrabando colosal: el azúcar, el café y el algodón ingleses entraban en Europa por Heligoland, por Gotemburgo, por los Balcanes, con la complicidad de medio continente. Los precios se dispararon, las industrias europeas —privadas del algodón barato— sufrieron, y el descontento creció. Napoleón —que concedía "licencias" de comercio a sus favoritos, corrompiendo su propio sistema— se veía obligado a una vigilancia imposible: para que el bloqueo funcionara, tenía que controlar cada puerto, cada costa, cada frontera de Europa. Y cada eslabón débil —Portugal, España, Rusia, Suecia— lo arrastraba a una nueva intervención, a una nueva guerra. El Bloqueo Continental no derrotó a Inglaterra; derrotó a Napoleón, porque convirtió su imperio en una prisión que había que vigilar sin descanso.

Y la vigilancia exigía anexiones. Para cerrar cada puerto, Napoleón tuvo que extender su dominio directo: Holanda —anexionada en 1810, cuando su hermano Luis se negó a arruinar a su pueblo por el bloqueo—; las costas alemanas del Mar del Norte —anexionadas el mismo año—; el Valais, Roma, las provincias ilirias. El Imperio —que en 1807 era una confederación de aliados— se convirtió en una masa territorial ingobernable de ciento treinta departamentos, desde Hamburgo hasta Nápoles, desde Brest hasta Dalmacia. Cada anexión creaba nuevos descontentos, nuevas guarniciones necesarias, nuevos gastos. Y el contrabando —el verdadero vencedor de la guerra económica— florecía en todas partes: los aduaneros imperiales —corruptos o impotentes— no podían sellar miles de kilómetros de costa. En 1810, Napoleón —furioso— ordenó quemar públicamente mercancías inglesas confiscadas por valor de millones: las hogueras de los puertos —Ámsterdam, Hamburgo— iluminaron la bancarrota de su política. Inglaterra —lejos de arruinarse— encontraba nuevos mercados en América y seguía financiando a sus aliados con el oro de sus colonias. El bloqueo —la gran idea estratégica de Napoleón— se había convertido en una máquina de fabricar enemigos.

Mientras tanto, el apogeo tenía también su cara luminosa. En mayo de 1805, Napoleón se había coronado rey de Italia en Milán con la Corona de Hierro de los lombardos, pronunciando la frase ritual: "Dios me la ha dado, ¡ay de quien la toque!". El Reino de Italia —con Eugenio de Beauharnais, hijastro suyo, como virrey— era un Estado moderno en construcción: código, administración, ejército propio. Y en Alemania, la Confederación del Rin agrupaba a dieciséis príncipes bajo su protectorado, con constituciones modernas y el Código Napoleónico. Por un momento, Europa parecía encaminarse hacia una federación bajo la égida francesa: un sueño que —visto con dos siglos de distancia— anticipa la idea de unidad europea, aunque fuera impuesto por la fuerza.

Entre 1806 y 1807, Napoleón se convirtió —literalmente— en el dueño de Europa. Ningún hombre desde Carlomagno había concentrado tanto poder en el continente, y ninguno lo había ejercido con tanta velocidad y tanta confianza. Eran los años del apogeo, cuando todo parecía posible y el águila imperial planeaba sobre un cielo sin nubes. Pero en la cumbre, como aprendería a un precio terrible, el aire es más delgado y la caída más larga.

La Cuarta Coalición nació de la soberbia prusiana. Federico Guillermo III —un rey indeciso rodeado de generales que soñaban con Federico el Grande— exigió a Napoleón que retirara sus tropas al oeste del Rin antes del 8 de octubre de 1806, en un ultimátum redactado en términos insultantes. Un mensajero prusiano entregó la nota en el cuartel general francés con la arrogancia de quien cree dictar la paz; Napoleón la leyó, sonrió y dijo a sus mariscales: "Nos retan a un duelo; aceptamos". En realidad, el ultimátum le venía de perlas: llevaba meses preparando la guerra contra Prusia, sus cuerpos estaban concentrados y listos, y la arrogancia berlinesa le daba el pretexto perfecto. El ejército prusiano —doscientos mil hombres sobre el papel— era una reliquia: tácticas de Federico el Grande sin su genio, oficiales ancianos, soldados reclutados a la fuerza, una logística medieval. Frente a la Grande Armée —la máquina de guerra más moderna del mundo—, era un anacronismo andante.

El plan de Napoleón fue una de sus maniobras más audaces: en lugar de avanzar frontalmente hacia Berlín, lanzó a sus cuerpos en una gigantesca envolvente por el flanco, a través de los bosques de Turingia, para cortar la retirada prusiana hacia el Elba. La marcha —doscientos kilómetros en pocos días, con la artillería hundiéndose en el barro— fue una proeza logística. Lo que siguió fue un paseo militar que asombró al mundo. El 14 de octubre se libraron dos batallas simultáneas: en Jena, Napoleón en persona destruyó al ejército del príncipe Hohenlohe con una maniobra envolvente ejecutada bajo una

niebla matinal; en Auerstedt, a veinte kilómetros, el mariscal Davout —con veintiséis mil hombres— derrotó él solo al grueso del ejército prusiano, más de sesenta mil, mandado por el duque de Brunswick, en una de las hazañas tácticas más asombrosas de las guerras napoleónicas. El ejército prusiano —el mito de Federico el Grande— se desintegró en días: las fortalezas se rendían sin disparar, columnas enteras eran capturadas, el rey huía hacia Rusia. El 27 de octubre, Napoleón entraba en Berlín al frente de la Guardia, entre el silencio sepulcral de los berlineses, y visitaba la tumba de Federico el Grande en Potsdam: ante el sarcófago del rey guerrero, dijo a sus mariscales —con un respeto que era también una lección—: "si él viviera, no estaríamos aquí".

Pero Rusia seguía en pie. El zar Alejandro I, humillado en Austerlitz, se negaba a pactar, y su ejército se había unido a los restos prusianos en Polonia. Lo que siguió fue la campaña más dura que Napoleón había enfrentado hasta entonces: el invierno polaco de 1806-1807, con un frío polar, un barro indescriptible y un enemigo que no se rendía. Eylau —8 de febrero de 1807— fue un infierno blanco. Bajo una tormenta de nieve que cegaba a ambos ejércitos, rusos y franceses se destrozaron durante todo el día en un combate confuso y brutal. En el momento más crítico —el centro francés roto, la derrota inminente—, Napoleón ordenó a Murat la mayor carga de caballería de las guerras napoleónicas: diez mil jinetes —coraceros, dragones, la Guardia— que atravesaron las líneas rusas como una cuña de acero, las partieron en dos y volvieron a atravesarlas. Fue un espectáculo homérico —y una carnicería—: la carga salvó al ejército, pero al atardecer el campo era un matadero cubierto de nieve roja, con veinticinco mil cadáveres entre ambos bandos. Napoleón —que recorrió el campo al día siguiente— quedó impresionado: "¡Qué matanza! ¡Y sin resultado!", exclamó. Por primera vez, la victoria no sabía a gloria: sabía a sangre inútil.

Napoleón, por primera vez, vio los límites de su estrella: la guerra podía ser un matadero sin gloria.

La respuesta fue Friedland, el 14 de junio de 1807 —aniversario de Marengo—: los rusos, atrapados contra el río Alle, fueron destrozados por el mariscal Victor y la artillería de Sénarmont, que avanzó sus cañones hasta cuatrocientos metros del enemigo en una demostración de audacia artillera. El zar Alejandro, con su ejército deshecho, pidió el armisticio. Y entonces ocurrió la escena más famosa de la diplomacia napoleónica: el encuentro de Tilsit. Sobre una balsa anclada en medio del río Niemen —construida para la ocasión, con dos pabellones enfrentados—, los dos emperadores se abrazaron el 25 de junio ante sus ejércitos formados en las orillas. Durante dos semanas, Napoleón y Alejandro —treinta y siete y veintinueve años— pasearon juntos, cenaron juntos, pasaron revista a las guardias unidas y se repartieron el mundo: Rusia se adhería al Bloqueo Continental contra Inglaterra y recibía carta blanca en Finlandia y contra Turquía; Prusia quedaba reducida a la mitad de su territorio; del desmembramiento polaco nacía el Gran Ducado de Varsovia, satélite francés y esperanza de los patriotas polacos. Alejandro, deslumbrado por el genio y el encanto de Napoleón, llegó a decir que era el hombre más grande que había conocido; Napoleón, por su parte, creyó haber ganado un amigo y un aliado para siempre. El abrazo de Tilsit fue el cenit del poder napoleónico: de Lisboa a Varsovia, de Nápoles a Hamburgo, todo el continente obedecía —directa o indirectamente— al hombre de la balsa. Nunca volvería a estar tan alto.

Y el Imperio —insaciable— seguía creciendo por anexión directa. En 1810, Napoleón —harto de las desobediencias de su hermano Luis— anexionó pura y simplemente el reino de Holanda: el "hermano rey" —que había intentado gobernar como holandés y no como prefecto francés— abdicó y se exilió, y Holanda se convirtió en departamentos franceses. El mismo año fueron anexionadas las ciudades hanseáticas,

el Valais, y —la medida más escandalosa— los Estados Pontificios: el papa Pío VII —que se negaba a adherirse al Bloqueo— fue arrestado en Roma en la noche del 5 de julio de 1809 y deportado a Francia, donde permanecería prisionero cinco años. El "carcelero del papa" —como lo llamó la Europa católica— había cruzado una línea: hasta sus partidarios se estremecieron. Napoleón —que se había reconciliado con la Iglesia en 1801— la humillaba ahora por razones de Estado: el poder temporal del papado estorbaba a su sistema, y lo eliminó. Pío VII —anciano, enfermo, digno— se convirtió en un mártir viviente, y la causa católica —en España, en Italia, en Alemania— se volvió antinapoleónica. El Imperio —en su apogeo— coleccionaba enemigos con la misma energía con que coleccionaba territorios.

Y en la cima del poder, Napoleón tomó la decisión más íntima y más política de su vida: el divorcio. Josefina —el amor de su juventud— no podía darle un heredero, y el Imperio —decía— necesitaba una dinastía. En diciembre de 1809, en una escena de lágrimas en las Tullerías, Napoleón le anunció el divorcio; Josefina —digna— aceptó conservar el título de emperatriz. Tres meses después, Napoleón se casaba con María Luisa de Austria —dieciocho años, hija del emperador Francisco—, sobrina nieta de María Antonieta. Era el triunfo supremo del advenedizo corso: el nieto de un abogado de Ajaccio emparentaba con los Habsburgo, la dinastía más antigua de Europa. En 1811 nació el rey de Roma —el heredero—, y el Imperio pareció eterno. Pero el precio fue alto: el divorcio escandalizó a la Francia católica, la boda austriaca ató a Napoleón a una dinastía que lo despreciaba, y Josefina —relegada a Malmaison— murió en 1814, días después de la caída, de pena —dicen—. Napoleón —que la había amado de verdad— la lloró en Santa Elena hasta el final: sus últimas palabras —según la leyenda— la nombrarían.

Y en el reparto, Polonia renació —a medias—. El Gran Ducado de Varsovia —creado con territorios arrebatados a Prusia— fue dotado de

una constitución liberal, de un ejército propio y de un gobierno de patriotas polacos: para los polacos —cuyo país había sido repartido tres veces entre Rusia, Prusia y Austria— era la resurrección de la patria. Miles de polacos se alistaron en los ejércitos napoleónicos —la legión del Vístula, los lanceros polacos de la Guardia— y lucharon por Napoleón con una devoción que ningún otro pueblo mostró: veían en él al restaurador de Polonia. Napoleón —que necesitaba a los polacos como soldados y como amenaza contra Rusia— alimentó sus esperanzas sin comprometerse del todo: nunca prometió explícitamente restaurar el reino —eso habría roto con Alejandro—, pero dejó que creyeran. Los polacos —el príncipe Poniatowski a la cabeza— le serían fieles hasta el fin: en Leipzig, Poniatowski —nombrado mariscal en vísperas de la batalla— moriría cubriendo la retirada francesa, ahogándose en el Elster. La lealtad polaca —la más desinteresada de todas— fue también la más trágica: Napoleón usó a Polonia y la abandonó, como había usado a tantos.

El último brillo del apogeo fue la entrevista de Erfurt —septiembre de 1808—: Napoleón convocó a Alejandro a la pequeña ciudad alemana para un congreso de príncipes que deslumbró a Europa —reyes, duques, el poeta Goethe, presentado al emperador—. Napoleón quería atar a Rusia a la alianza contra Inglaterra y asegurarse las manos libres en España; Alejandro —que ya dudaba— jugó a ganar tiempo. Talleyrand —presente como ministro francés— traicionó en secreto a su amo: aconsejó al zar que resistiera, que Napoleón estaba perdido en España, que la alianza era una trampa. Fue la primera gran traición de Talleyrand —no sería la última—: el ministro que había construido el Imperio empezaba a demolerlo. Erfurt —la fiesta— fue un fracaso político disfrazado de triunfo: Alejandro volvió a Rusia decidido a no someterse, y Napoleón —que no lo supo hasta tarde— partió a España creyendo tener la retaguardia asegurada. No la tenía.

En esos años de apogeo, Napoleón reorganizó Europa como un

arquitecto reorganiza una casa: creó reinos para sus hermanos —José en Nápoles y luego en España, Luis en Holanda, Jerónimo en Westfalia—, repartió ducados entre sus mariscales, impuso el Código Napoleónico desde España hasta Polonia, y soñó con una Europa unida bajo su cetro, con un solo código, una sola moneda, un solo sistema de pesos y medidas. Era un sueño visionario —el antecedente más claro de la idea de unidad europea— construido sobre una base frágil: la fuerza de las armas y la ambición de un solo hombre.

Porque bajo el brillo del apogeo ya se abrían las grietas. El Bloqueo Continental empobrecía a Europa sin doblegar a Inglaterra, que seguía dominando los mares y financiando coaliciones. España —el aliado dócil— empezaba a ser un problema: su gobierno era corrupto, su ejército inútil, y Portugal, aliado inglés, se negaba a cerrar sus puertos al comercio británico. Napoleón decidió "arreglar" la península ibérica con su método habitual: la intervención directa. En 1807, tropas francesas cruzaron España para invadir Portugal; en 1808, aprovechando las luchas entre el rey Carlos IV y su hijo Fernando, Napoleón los citó a ambos en Bayona, los obligó a abdicar y colocó en el trono español a su hermano José. Parecía un trámite más. Fue el error más caro de su vida. España no era Prusia ni Austria: era un avispero. Y el avispero estaba a punto de picar.

11. La úlcera española

Para entender el desastre hay que conocer la España que Napoleón creyó dominar: un imperio en ruinas gobernado por una corte de opereta. Carlos IV —un rey bonachón obsesionado con la caza y los relojes— había delegado el gobierno en Manuel Godoy, un antiguo guardia de corps de origen humilde que —amante de la reina María Luisa, según todas las habladurías— escaló hasta convertirse en "Príncipe de la Paz", generalísimo y dueño absoluto del país. Godoy era vanidoso, corrupto e incompetente: su política exterior consistió en someterse a Francia en todo, y Trafalgar —1805— destruyó la flota española y dejó a España arruinada y sin defensa. El príncipe Fernando —hijo de Carlos IV, mezquino y conspirador— odiaba a Godoy y conspiraba contra su propio padre, rodeado de una camarilla que soñaba con un golpe palaciego. En octubre de 1807 se descubrió la "conspiración de El Escorial": Fernando, en connivencia con su camarilla, planeaba destronar a su padre. Carlos IV perdonó a su hijo entre lágrimas; la familia real quedó dividida en dos bandos que se odiaban a muerte. Napoleón —informado de todo por sus espías— contemplaba aquel sainete con desprecio y con cálculo: una dinastía que se devoraba a sí misma era una presa fácil.

La guerra de España tuvo dos frentes superpuestos. Por un lado, los ejércitos regulares: los ingleses desembarcaron en Portugal al mando de un general enérgico y metódico, Arthur Wellesley —el futuro duque de Wellington—, que iría empujando a los franceses hacia el norte en una serie de batallas magistrales. Por otro, la guerrilla: partidas de paisanos armados —el Empecinado, Espoz y Mina, el cura Merino—

que cortaban las líneas de suministro, asesinaban correos y estafetas, y desaparecían en las montañas antes de que las columnas francesas pudieran reaccionar. Napoleón tuvo que mantener en España, durante seis años, entre doscientos y trescientos mil hombres: sus mejores tropas, sus generales más capaces, un esfuerzo colosal que sangraba recursos que necesitaba en otros frentes. Y lo peor: era una guerra que no podía ganar de forma decisiva, porque el enemigo no presentaba un ejército que destruir, sino un pueblo entero en armas.

Wellington —el adversario que Napoleón nunca tomó del todo en serio— resultó ser su némesis peninsular. El general inglés —frío, metódico, maestro de la defensiva— construyó en Portugal las Líneas de Torres Vedras —una triple línea de fortificaciones que cerraba la península de Lisboa— y desde allí desangró a los franceses: Masséna —enviado por Napoleón con ochenta mil hombres a expulsar a los ingleses— se estrelló contra Torres Vedras en 1810-1811 y tuvo que retirarse hambriento, en una de las retiradas más penosas de la guerra. Luego Wellington pasó a la ofensiva: Salamanca —julio de 1812—, donde destrozó al ejército de Marmont en una batalla de maniobra perfecta; Vitoria —junio de 1813—, donde capturó todo el bagaje del rey José —cuadros, joyas, el tesoro— en una derrota que fue también un saqueo. Los ingleses —que entraron en Madrid entre aclamaciones— demostraron que los mariscales de Napoleón podían ser vencidos en batalla campal. Y Napoleón —que despreciaba a Wellington llamándolo "general de indios"— tuvo que reconocer, demasiado tarde, que aquel inglés impasible era el único general aliado que jamás lo temió.

Y de aquella guerra nació una palabra que el mundo no olvidaría: "guerrilla". Los españoles —que llamaban así a sus partidas— inventaron sin saberlo una forma de guerra nueva: la guerra del débil contra el fuerte, del pueblo contra el ejército, de la emboscada contra la batalla. Los manuales militares —que hasta entonces solo conocían

la guerra regular— tuvieron que inventar un capítulo nuevo: la contrainsurgencia. Los franceses —que sufrían la guerrilla— la estudiaron con odio; los rusos —que la verían en 1812— la copiarían; y en el siglo XX —en China, en Vietnam, en Argelia, en Cuba— los revolucionarios la convertirían en doctrina. La "guerrilla" —palabra española, invento español— es el legado militar más duradero de la guerra de Independencia: Napoleón —el maestro de la guerra regular— fue derrotado por una forma de guerra que él no había inventado y que no supo combatir. La úlcera española —como él mismo la llamó— no solo sangró al Imperio: enseñó al mundo a resistir a los imperios.

El desastre español se gestó en la corte más corrupta de Europa. España era gobernada de facto por Manuel Godoy —el "príncipe de la Paz", amante de la reina y valido del débil Carlos IV—, un hombre vanidoso e incompetente que había convertido el país en un protectorado francés dócil. Napoleón lo despreciaba y decidió usarlo: en octubre de 1807 firmó con Godoy el Tratado de Fontainebleau para repartirse Portugal —aliado de Inglaterra que se negaba a cerrar sus puertos—, y las tropas del general Junot cruzaron España para ocupar Lisboa. Los españoles vieron pasar a los franceses con inquietud, pero sin alarmarse: eran "aliados". El error fue no ver que los aliados venían para quedarse.

En marzo de 1808 estalló el motín de Aranjuez: el pueblo y la nobleza, hartos de Godoy, se sublevaron; Carlos IV abdicó en su hijo Fernando VII y Godoy cayó en desgracia. Napoleón vio la oportunidad que esperaba: citó a padre e hijo en Bayona —en territorio francés—, los enfrentó entre sí con un cinismo maquiavélico y, en mayo de 1808, los obligó a abdicar a ambos: Carlos le "cedió" la corona, Fernando renunció a sus derechos. Acto seguido, Napoleón proclamó rey de España a su hermano José —hasta entonces rey de Nápoles—, que entró en Madrid en julio entre el desprecio general. Parecía un trámite

administrativo más del Imperio. Era, en realidad, la firma de su sentencia: ningún pueblo moderno había sido tratado con semejante desprecio, y el pueblo español respondió como solo él sabía hacerlo.

El 2 de mayo de 1808, Madrid se levantó. La chispa fue el intento francés de sacar de la ciudad al infante Francisco de Paula, último Borbón en la capital; la explosión, la de un pueblo harto. Durante todo el día, madrileños armados con navajas, escopetas de caza y piedras se enfrentaron en las calles a las tropas de Murat: el combate fue casa por casa, barricada por barricada. La represión fue terrible: Murat ordenó fusilar a decenas de prisioneros en la montaña de Príncipe Pío la madrugada del 3 de mayo —la escena que Goya pintaría en "Los fusilamientos", uno de los alegatos más poderosos contra la guerra jamás creados—. Pero lejos de aplastar la revuelta, los fusilamientos la extendieron: en días, toda España estaba en armas. Las Juntas provinciales declararon la guerra a Napoleón, el clero predicó la cruzada, y el grito de "¡vivan las cadenas!" —¡vivan las cadenas!, el lema absurdo y sublime de los absolutistas— mostró que aquella guerra no era por ideas liberales: era por la patria, fuera cual fuera su gobierno.

El asedio de Zaragoza —1808 a 1809— merece un lugar propio en la historia del horror y del heroísmo. La ciudad —defendida por el general Palafox y por sus propios habitantes— resistió dos asedios sucesivos que se convirtieron en una carnicería casa por casa, calle por calle. Los franceses —al mando primero de Lefebvre y luego de Lannes— tuvieron que tomar la ciudad edificio por edificio, volando manzanas enteras con minas, mientras los zaragozanos —hombres, mujeres, niños— luchaban desde los tejados, desde los sótanos, desde las iglesias. La Agustina de Aragón —la heroína que tomó la mecha de un cañón abandonado— se convirtió en leyenda. El hambre, la peste y los combates mataron a más de cincuenta mil personas —la mitad de la población—; cuando la ciudad cayó, en febrero de 1809, era un

cementerio humeante. Napoleón había ganado una ciudad en ruinas y había perdido algo más valioso: la guerra moral. Toda Europa supo lo de Zaragoza, y el mensaje era claro: España no se rendiría jamás.

Y no fue la única. Gerona resistió siete meses de asedio bajo el general Álvarez de Castro —que prefirió morir antes que rendirse—; Cádiz —la sede de las Cortes— jamás cayó, protegida por la flota inglesa; y en las montañas, las partidas guerrilleras se multiplicaban: el Empecinado, Espoz y Mina, el cura Merino —nombres que aterrorizaban a los convoyes franceses—. La guerra se había convertido en una hidra: cada columna francesa que salía de una ciudad era emboscada; cada mensajero, asesinado; cada colaborador, ejecutado por los patriotas. Los mariscales —Victor, Soult, Masséna, Ney— ganaban batallas y perdían la guerra: controlaban el terreno que pisaban y nada más. Napoleón —desde París— enviaba órdenes furiosas que sus mariscales no podían cumplir: no había suficientes tropas en el mundo para ocupar un país entero habitado por enemigos.

Las cifras cuentan la sangría: en 1810-1811, Francia mantenía más de trescientos mil soldados en la península —casi la mitad de sus fuerzas disponibles—, y aun así no controlaba más que las ciudades y las carreteras principales. Cada año, decenas de miles de bajas —en combate, por enfermedad, en emboscadas— se tragaban los refuerzos. Los mejores mariscales —Soult, Masséna, Ney, Victor— se desgastaban en una guerra sin frentes ni batallas decisivas, odiándose entre sí y desobedeciendo a José. Y mientras tanto —en el este—, Rusia observaba: el zar Alejandro —que veía a Napoleón empantanado en España— concluía que el Imperio no era invencible. La úlcera española —como la llamaría Napoleón— no solo desangraba al ejército: desangraba el mito de la invencibilidad, y enseñaba a toda Europa que el gigante tenía un punto débil. Cuando en 1812 Napoleón marchó a Rusia, dejó tras de sí un ejército atrapado en la península —y un enemigo, Wellington, que ya se preparaba para cruzar los Pirineos

en sentido contrario. La guerra de España —la primera guerra de liberación nacional de la Europa moderna— había inventado un arma nueva —la guerrilla—, había dado al mundo una palabra nueva y había demostrado que ni el mayor genio militar puede vencer a un pueblo entero. Napoleón —el libertador convertido en opresor— cosechó lo que sembró: Bayona fue su obra maestra del cinismo, y España, su castigo. Seis años de guerra, cientos de miles de muertos, y un trono perdido: la factura más cara que pagó nunca. Y sin embargo —ironía suprema— España le dio también su título más duradero: el de enemigo de los pueblos, el que sus adversarios usarían contra él hasta el final.

El primer gran shock para Napoleón llegó en julio de 1808, en Bailén: el general Dupont —con veinte mil hombres— se vio cercado por los ejércitos españoles en Andalucía y tuvo que capitular, entregando sus águilas y sus cañones. Era la primera capitulación de un ejército napoleónico en campo abierto, y el efecto moral fue devastador: si unos "paisanos" españoles podían derrotar a los invencibles, ¿quién no podía? José Bonaparte huyó de Madrid apenas diez días después de haber entrado; la insurrección se extendió como la pólvora; y los ingleses —que hasta entonces miraban desde lejos— decidieron intervenir en serio.

Hubo momentos de esperanza francesa: el propio Napoleón cruzó los Pirineos en el invierno de 1808, tomó Madrid, persiguió a los ingleses hasta La Coruña y pareció a punto de liquidar la resistencia. Pero tuvo que regresar apresuradamente a Francia —Austria se movilizaba de nuevo—, dejando la guerra en manos de sus mariscales, que se odiaban entre sí y competían por el mando. José Bonaparte reinaba en Madrid sobre un trono de bayonetas, despreciado por los españoles y desautorizado por su propio hermano. José Bonaparte —el "rey intruso", "Pepe Botella" para el pueblo que lo odiaba sin conocerlo— merece algo más que el desprecio de la historia: fue un hombre

decente atrapado en una misión imposible. Culto, afable, liberal sincero, José intentó reinar de verdad: promulgó la Constitución de Bayona —una carta avanzada, con derechos individuales y Cortes—, suprimió la Inquisición —el tribunal siniestro que llevaba siglos quemando herejes—, desamortizó bienes eclesiásticos, intentó modernizar la administración. A su alrededor se reunió una minoría ilustrada —los "afrancesados": Goya —que retrató a su familia—, Moratín, Meléndez Valdés—, españoles que creían que la modernidad solo podía llegar de la mano francesa. Pero el pueblo —el verdadero soberano de aquella guerra— no quería modernidad impuesta: quería a su rey, a su religión y a sus costumbres, y llamaba traidores a los afrancesados. José —que escribía a su hermano cartas desesperadas pidiendo que lo relevara— reinó seis años sobre un trono de bayonetas, entre el desprecio de los españoles y las humillaciones de Napoleón, que lo trataba como a un prefecto díscolo. Cuando abdicó en 1813, se llevó de España —dicen— cuadros y joyas; se llevó, sobre todo, la amargura del bien intencionado que quiso reformar a un pueblo que no pedía reformas.

La Constitución de Bayona —promulgada en julio de 1808— merecería mejor suerte en la memoria: era una carta liberal y avanzada —derechos individuales, Cortes representativas, fin de los privilegios feudales, abolición de la Inquisición— redactada por una asamblea de notables españoles convocada por Napoleón. Sobre el papel, era lo mejor que España había tenido nunca: modernizaba el país de un plumazo. Pero fue papel mojado: nadie la pidió, nadie la defendió —porque venía impuesta por un invasor—. Los liberales españoles —que compartían sus ideas— la rechazaron por venir de Bayona; el pueblo —que no la entendía— la ignoró. La lección —que Napoleón nunca aprendió del todo— es eterna: las reformas impuestas por la fuerza —por buenas que sean— no arraigan; la libertad regalada por un amo no es libertad. Los afrancesados —la minoría ilustrada que la

defendió— pagaron caro su idealismo: al terminar la guerra fueron perseguidos, desterrados, despreciados como traidores. España —paradójicamente— conquistaría su liberalismo a sangre y fuego en Cádiz, contra los franceses que decían traerlo.

El propio emperador, años después, prisionero en Santa Elena, lo reconocería con amargura: la guerra de España fue "la úlcera" que lo desangró. Y tenía razón en el diagnóstico, aunque no en la cura. Napoleón había cometido un error de apreciación colosal: creyó que España era un Estado podrido cuyo pueblo recibiría a los franceses como libertadores —al fin y al cabo, llevaban el Código, la igualdad, el fin de la Inquisición—. No entendió que para los españoles, el invasor era el invasor, viniera con las ideas que viniera. La guerrilla —palabra que el mundo aprendió entonces— convirtió cada sierra, cada pueblo, cada camino en una trampa mortal para los franceses.

Mientras tanto, en Cádiz, sitiada por los franceses, las Cortes españolas redactaban en 1812 la Constitución liberal —"la Pepa"—, demostrando que España no necesitaba que nadie le regalara la libertad: la estaba conquistando a sangre y fuego. La guerra de Independencia española fue, en el fondo, la primera guerra nacional moderna de Europa: un pueblo entero contra un invasor, sin importar las ideas que este dijera traer. Napoleón, el hijo de la Revolución, el exportador de la libertad, se encontró en el papel del opresor... y no supo salir de él. La úlcera siguió supurando hasta 1814, cuando los franceses fueron expulsados definitivamente de la península. Para entonces, el Imperio ya se derrumbaba por otro flanco, mucho más al este, en las nieves de Rusia.

12. La marcha blanca

La ruptura diplomática fue una agonía de dos años que Napoleón —ciego de orgullo— se negó a ver. Su embajador en San Petersburgo, Caulaincourt —un aristócrata de modales perfectos que conocía Rusia a fondo— le advirtió una y otra vez: la guerra sería un abismo, el zar no cedería, el invierno ruso devoraba ejércitos. Napoleón lo escuchaba y lo desoía: "¿crees que soy un niño?", le espetó en una ocasión. Los agravios se acumulaban: en diciembre de 1810, Napoleón anexó el ducado de Oldemburgo —cuyo duque era tío del zar— sin consultar a Alejandro; el Gran Ducado de Varsovia —engrandecido en 1809— era para los rusos una Polonia resucitada y amenazante en su frontera; y el Bloqueo Continental —que Alejandro violaba abiertamente desde 1810 con aranceles que gravaban las mercancías francesas— arruinaba a la nobleza rusa. Cada carta entre los dos emperadores era más fría que la anterior: donde antes hubo el abrazo de Tilsit, ahora había protocolo y recelo.

Napoleón, sin embargo, estaba convencido de que una sola gran victoria bastaría: los rusos —pensaba— eran como los austriacos o los prusianos, y cederían tras una Austerlitz. No entendió —o no quiso entender— que Rusia no era un Estado europeo normal: era un imperio continental con una profundidad estratégica infinita, un pueblo acostumbrado al sacrificio y un zar que había jurado no negociar. Mientras tanto, Alejandro preparaba su juego: en mayo de 1812 firmó la paz de Bucarest con los otomanos —liberando a su ejército del sur—, y en abril había firmado un tratado con Suecia —el ex mariscal francés Bernadotte, ahora príncipe heredero sueco, se aliaba con Rusia

contra su antiguo jefe—. Napoleón marchaba hacia una trampa diplomática además de militar: todos sus enemigos —viejos y nuevos— esperaban su tropiezo para caer sobre él. Napoleón intentó hasta el último momento una solución diplomática —llegó a proponerle a Alejandro un reparto del Imperio otomano—, pero el zar no cedió: la guerra era inevitable, y Napoleón —que nunca había perdido una campaña— la afrontó con su confianza intacta y su juicio nublado por el éxito.

En la primavera de 1812, Napoleón reunió el ejército más grande que Europa había visto hasta entonces: más de seiscientos mil hombres —franceses, italianos, polacos, alemanes, holandeses, croatas, españoles incluso—, con miles de cañones y decenas de miles de caballos. Era la Grande Armée, la máquina de guerra más formidable de la historia. Su objetivo: Rusia. El zar Alejandro I, el amigo de Tilsit, se había cansado del Bloqueo Continental —que arruinaba la economía rusa— y había reabierto el comercio con Inglaterra. Para Napoleón, aquello era una traición intolerable y un desafío existencial: si Rusia se salía del sistema continental, todo el edificio se vendría abajo. Había que darle "una lección", una campaña rápida y contundente como las de antaño: cruzar la frontera, destruir al ejército ruso en una gran batalla, tomar Moscú y dictar la paz. El plan, sobre el papel, era impecable. La realidad sería el infierno.

El 24 de junio de 1812, la Grande Armée cruzó el río Niemen. Los rusos, mandados primero por Barclay de Tolly y luego por el viejo Kutuzov, hicieron lo único sensato ante un enemigo superior: retroceder, retroceder siempre, quemando cosechas y pueblos a su paso —la táctica de la tierra quemada—. Napoleón avanzaba por un desierto verde: sin batallas decisivas, sin provisiones, con sus líneas de suministro estirándose hasta romperse. Sus soldados empezaban a desertar, los caballos morían por falta de forraje, y el verano ruso —polvoriento, caluroso— agotaba a las tropas. Pero el emperador

seguía adelante, obsesionado con la gran batalla que el enemigo le negaba.

La Grande Armée que cruzó el Niemen era una Babel uniformada: franceses, italianos, polacos —entusiastas, porque Napoleón les había prometido la resurrección de Polonia—, alemanes de la Confederación del Rin, holandeses, croatas, suizos, incluso un contingente español. La logística era colosal y, a la vez, el talón de Aquiles: alimentar a seiscientos mil hombres y doscientos mil caballos en un país pobre y hostil era una pesadilla que ni el genio organizador de Napoleón pudo resolver. Los rusos, mandados primero por Barclay de Tolly —un estratega frío y metódico, odiado por sus propios generales por su táctica de retroceso—, hicieron lo único sensato: rehuir la batalla decisiva, retroceder quemándolo todo. Vilna cayó sin lucha; Vítebsk, lo mismo. En Smolensk, el 16 de agosto, se libró por fin una batalla seria: los franceses tomaron la ciudad en llamas, pero el ejército ruso escapó de nuevo. Napoleón dudó —sus generales le aconsejaron detenerse en Smolensk y pasar el invierno allí—, pero la obsesión de la gran batalla lo empujó adelante: Moscú estaba a trescientos kilómetros, y Moscú era el corazón de Rusia. Siguió.



Borodinó —7 de septiembre de 1812— fue la batalla más sangrienta de las guerras napoleónicas hasta entonces, y merece contarse con detalle. Kutuzov —el viejo general ruso, tuerto y obeso, que había asumido el mando ante el clamor popular— eligió una posición fortificada a ciento veinte kilómetros de Moscú: el centro ruso lo defendía la gran batería Raevsky —dieciocho cañones en un reduto de tierra—; la izquierda, los "flèches de Bagration" —tres reductos en forma de flecha—; la derecha se apoyaba en el río. Frente a ellos, unos ciento treinta mil franceses contra ciento veinte mil rusos. Napoleón —enfermo, con fiebre y sin poder montar a caballo con comodidad— dirigió la batalla desde una colina, con su habitual maestría táctica pero sin su habitual energía: muchos historiadores creen que, de haber estado en plena forma, habría ordenado la maniobra envolvente que sus mariscales pedían y habría aniquilado al ejército ruso. En su lugar, ordenó un asalto frontal —el método más costoso—: durante doce horas, más de mil cañones entre ambos bandos machacaron las posiciones, y los reductos cambiaron de manos varias veces en

combates cuerpo a cuerpo de una ferocidad inaudita. Tampoco lanzó a la Guardia, su reserva intacta: una prudencia que sus generales criticaron después, porque con la Guardia quizá habría aniquilado al ejército ruso.

Los combates por los reductos de Bagration fueron épicos: Ney, Davout y Murat lanzaron ola tras ola contra las flechas, que cambiaban de manos una y otra vez en medio de un infierno de metralla. Bagration —el héroe ruso, el "dios de la guerra" de sus soldados— cayó mortalmente herido al frente de sus tropas; su muerte —días después— enlutó a toda Rusia. La batería Raevsky fue tomada y retomada; al final del día, los franceses la conservaban, pero a un precio espantoso. Al atardecer, los rusos se retiraron en orden —derrotados pero no destruidos—, dejando el campo cubierto de muertos: las bajas totales —entre setenta y ochenta mil hombres— superaban las de cualquier batalla anterior. Napoleón la llamó "la batalla del Moscowa" y la consideró una victoria. Era una victoria pírrica: había ganado el terreno y perdido la campaña, porque Kutuzov —que había sacrificado a sus hombres para ganar tiempo— se retiró hacia Moscú con su ejército intacto en lo esencial. La puerta de la antigua capital quedaba abierta... pero era una puerta hacia la nada.

Una semana después, el 14 de septiembre, la vanguardia francesa avistó las cúpulas doradas de Moscú. Los soldados lloraban de alegría: ¡Moscú, la recompensa de tantos sufrimientos! Pero Moscú estaba vacía: el gobernador Rostopchín había ordenado evacuarla, liberando incluso a los presos. Y esa misma noche comenzaron los incendios: durante cuatro días, la antigua capital ardió en un infierno que los franceses —sin bomberos, sin agua organizada— no pudieron apagar. Tres cuartas partes de la ciudad quedaron en cenizas. Napoleón, instalado en el Kremlin, contempló el espectáculo con estupor: su gran victoria se convertía en cenizas ante sus ojos. ¿Quién había ordenado el fuego? Los rusos lo atribuyeron a un accidente; los franceses, a

Rostopchín. La historia cree que fue una decisión rusa deliberada: mejor quemar Moscú que entregarla intacta al invasor.

Y entonces empezó la espera más absurda de su carrera: cinco semanas en las ruinas humeantes, enviando propuestas de paz a Alejandro, que no respondía. El zar, desde San Petersburgo, había jurado no negociar mientras un soldado francés pisara suelo ruso, y el tiempo jugaba a su favor: cada día que pasaba, el invierno se acercaba. Napoleón —que había previsto una campaña de dos meses— se encontró atrapado por su propia indecisión: ¿avanzar hacia San Petersburgo? ¿Retirarse? Finalmente, el 19 de octubre, ordenó la evacuación. Maloyaroslavets —24 de octubre de 1812— fue la batalla que decidió la retirada, y pocos la recuerdan. El pueblo —en la ruta hacia Kaluga, hacia las tierras intactas del sur— cambió de manos ocho veces en un solo día, en un combate encarnizado entre la vanguardia francesa —el cuerpo del virrey Eugenio— y los rusos de Dojturov. Al atardecer, los franceses conservaban las ruinas humeantes, pero Kutuzov —con su ejército intacto— bloqueaba el camino del sur. Aquella noche, en un consejo de guerra a la luz de las velas, los mariscales discutieron: Murat —temerario— quería forzar el paso hacia el sur; los demás —prudentes— señalaban el agotamiento de las tropas. Napoleón —que había dormido mal, enfermo— decidió lo impensable: dar media vuelta y regresar por el camino de Smolensk, la ruta ya devastada. Fue la decisión más funesta de su carrera: condenaba al ejército a marchar por un desierto de cenizas, sin comida ni forraje, con el invierno encima. Algunos historiadores creen que, de haber forzado el paso hacia Kaluga, el ejército se habría salvado en lo esencial; Napoleón —agotado, sin su energía de antaño— eligió el camino conocido, que era el camino de la muerte.

Y la retirada se convirtió en una marcha fúnebre por la ruta devastada: sin comida, sin forraje, con el invierno cayendo como un hacha. Cada día, miles de hombres se sentaban al borde del camino para no

levantarse jamás.

Lo que siguió fue el infierno blanco. Las temperaturas cayeron a veinte, treinta grados bajo cero; los caballos morían por miles —sin caballos no había artillería ni carros—; los soldados, sin abrigos de invierno, se desplomaban congelados en las cunetas, o enloquecían y se sentaban en la nieve a morir. El hambre era tal que se comían los caballos muertos, los cinturones, la corteza de los árboles. Los cosacos —jinetes ligeros implacables— acosaban las columnas día y noche, degollando a los rezagados. En Krasnoi, a mediados de noviembre, la retaguardia del mariscal Ney —"el más valiente entre los valientes"— quedó cercada y tuvo que abrirse paso a cañonazos, en una hazaña legendaria. Y a finales de noviembre llegó la prueba suprema: el Berezina. El río, helado a medias, cortaba la retirada; los rusos esperaban en ambas orillas. Los pontoneros del general Éblé —trabajando con el agua helada hasta el pecho— construyeron dos puentes de fortuna en una noche, y durante tres días el ejército cruzó bajo el fuego enemigo, en un pánico indescriptible: miles murieron aplastados, ahogados o tiroteados. Fue un milagro de disciplina en medio del desastre: el ejército se salvó... como sombra de sí mismo.

Y aquí conviene desmontar un mito: no fue el "general Invierno" quien derrotó a Napoleón —el frío llegó tarde, en noviembre, cuando el ejército ya estaba deshecho—. La derrota tuvo causas más prosaicas y más humanas: la logística imposible de alimentar a seiscientos mil hombres a mil kilómetros de sus bases; la táctica rusa de tierra quemada, que negaba al invasor el sustento; las enfermedades —el tifus mató más que las balas—; y sobre todo, la decisión estratégica de Kutuzov de no presentar la batalla decisiva que Napoleón necesitaba. El frío —terrible, sí— fue el verdugo final de un ejército ya condenado: remató a los enfermos, congeló a los rezagados, destruyó a la caballería. Pero el verdadero vencedor de 1812 no fue el invierno: fue el espacio ruso —inmenso, vacío, inabarcable— y la paciencia de un

pueblo que prefirió quemar sus ciudades antes que rendirse. Napoleón —el maestro del tiempo y del espacio en la guerra— encontró en Rusia un espacio que ningún genio podía dominar y un tiempo —el invierno— que ningún ejército podía vencer.

El 5 de diciembre, en Smorgoni, Napoleón abandonó a sus tropas —dejó el mando a Murat— y partió en trineo hacia París, de incógnito, a levantar un nuevo ejército. Cruzó Europa en trece días, llegó a las Tullerías de noche y se puso a trabajar como si nada hubiera pasado.

Antes de partir, dictó el documento más famoso de la campaña: el boletín número 29 de la Grande Armée, publicado en París el 16 de diciembre. En él —con una frialdad administrativa asombrosa— anunciaba el desastre con eufemismos: el ejército había sufrido "pérdidas", el frío había sido "riguroso", la caballería estaba "a pie". Y cerraba con la frase que la historia no perdona: "La salud de Su Majestad nunca ha sido mejor". París —que esperaba noticias de victoria— quedó helada: las familias empezaron a contar a sus muertos, y el mito de la invencibilidad se resquebrajó en cada hogar. Murat —al que Napoleón había dejado el mando— desertó semanas después, abandonando al ejército para salvar su corona de Nápoles: la lealtad de los mariscales —comprada con títulos y reinos— tenía un precio, y la derrota lo había revelado. El Imperio —construido sobre la victoria— empezaba a devorarse a sí mismo.

Pero algo se había roto para siempre: el mito de la invencibilidad. De los seiscientos mil que habían cruzado el Niemen, apenas unas decenas de miles de espectros recruzaron la frontera. Toda Europa vio que el ogro podía sangrar, y las potencias —Prusia, Austria, Suecia, Inglaterra, Rusia— formaron una nueva coalición, más decidida que nunca. La marcha blanca no fue solo una derrota militar: fue el principio del fin. El águila había volado demasiado alto, demasiado lejos, y el invierno le había quebrado las alas.

13. La caída

El año 1813 encontró a Napoleón en una situación que habría quebrado a cualquier otro hombre: su gran ejército yacía bajo la nieve rusa, media Europa se armaba contra él y su imperio —construido sobre la fuerza— empezaba a resquebrajarse por todas partes. Su respuesta fue la que siempre había sido: trabajar como un poseso y volver a la carga.

La respuesta de Napoleón al desastre fue sobrehumana: en cuatro meses levantó un ejército nuevo de más de trescientos mil hombres. Eran muchachos de dieciocho y diecinueve años —los "Marie-Louise", por la emperatriz regente—, reclutas sin instrucción, mandados por los veteranos supervivientes. Con ellos marchó a Alemania en la primavera de 1813, y —milagro del genio— volvió a ganar: en Lützen, el 2 de mayo, y en Bautzen, el 20 de mayo, derrotó a los ruso-prusianos con maniobras que recordaban sus mejores tiempos. Pero eran victorias huecas: sin caballería suficiente —los caballos habían quedado en Rusia—, no podía explotarlas ni perseguir al enemigo. Y aceptó entonces un armisticio —Pläswitz, junio de 1813— que fue un error estratégico fatal: dio tiempo a sus enemigos para reorganizarse y, sobre todo, permitió que Austria —hasta entonces neutral— se uniera a la coalición. En agosto, Napoleón se encontró frente a la alianza más formidable de la historia: Rusia, Prusia, Austria, Suecia e Inglaterra, con ejércitos que sumaban más de medio millón de hombres.

Antes del desenlace hubo un interludio que revela al Napoleón estratega en su faceta más desesperada. Durante el verano de 1813

—la tregua de Pläswitz—, el canciller austriaco Metternich intentó mediar: en el congreso de Praga ofreció a Napoleón una paz que le conservaba media Europa —Francia ampliada, Italia, parte de Alemania— a cambio de renunciar a sus conquistas extremas. Era una oferta razonable, la última tabla de salvación del Imperio. Napoleón la rechazó: no concebía la paz sin victoria total, y su orgullo —o su instinto— le decía que aún podía ganar. Metternich —que lo había estudiado a fondo— salió de la entrevista diciendo: "está perdido; ya no escucha". Días después, Austria declaraba la guerra a Francia. El rechazo de Praga fue, quizá, el error político más grave de su carrera: la última oportunidad de salvar algo se esfumó por soberbia.

Reanudada la guerra en agosto, los aliados aplicaron el Plan Trachenberg: evitar a Napoleón en persona y golpear a sus mariscales por separado. La táctica funcionó: mientras Napoleón ganaba en Dresde —el 26 y 27 de agosto, su última gran victoria—, sus lugartenientes eran derrotados en serie: Macdonald en Katzbach, Oudinot en Grossbeeren, Ney en Dennewitz. El Imperio se sangraba por los bordes mientras el centro aún brillaba. Napoleón —enfermo, agotado, envejecido prematuramente— corría de un frente a otro como un bombero en un incendio forestal, ganando batallas que ya no servían para nada. En octubre, con los aliados convergiendo sobre él desde todos los puntos cardinales, no quedó más remedio que aceptar la batalla decisiva.

Los días previos a Leipzig fueron un juego de ajedrez a escala continental. Los aliados —siguiendo el Plan Trachenberg, trazado con el consejo decisivo del príncipe sueco Bernadotte —el ex mariscal francés, que conocía los métodos de su antiguo jefe— evitaban cuidadosamente presentar batalla donde Napoleón estuviera en persona: lo eludían, cortaban sus comunicaciones, golpeaban a sus lugartenientes. Napoleón —consciente de la trampa— intentó romper el cerco con su maniobra favorita: concentrarse contra uno de los

ejércitos antes de que se reunieran. Pero eran demasiados: por cada cuerpo aliado que derrotaba, aparecían dos más. A mediados de octubre, la tenaza se cerró: más de trescientos mil aliados convergían sobre Leipzig, donde Napoleón —con doscientos mil hombres— decidió presentar batalla. Sus generales —incluido el leal Murat— le aconsejaron retirarse tras el Rin; él —confiando en su estrella— se negó: creía que una gran victoria lo salvaría todo, como en los viejos tiempos.

El desenlace se libró en Leipzig, del 16 al 19 de octubre de 1813, en la "batalla de las Naciones": más de quinientos mil combatientes, la mayor batalla de las guerras napoleónicas y una de las más grandes de la historia hasta la Primera Guerra Mundial. Napoleón —con unos doscientos mil hombres— resistió durante tres días el embate de tres ejércitos aliados que lo envolvían por todos lados, y estuvo a punto de romper el cerco con un ataque central el día 18. Pero la superioridad numérica era abrumadora, y el 19 ordenó la retirada hacia el Rin. La retirada se convirtió en catástrofe por un error trágico: el único puente sobre el río Elster fue volado prematuramente —un cabo, asustado, prendió la mecha antes de tiempo—, dejando atrapados en Leipzig a más de veinte mil franceses, incluido el valiente príncipe Poniatowski —el aliado polaco—, que se ahogó intentando cruzar el río a caballo. Leipzig fue la tumba del Imperio en Alemania: los Estados de la Confederación del Rin desertaron en masa, y los aliados invadieron Francia por primera vez en veinte años.

La Campaña de los Seis Días —febrero de 1814— es considerada por muchos historiadores militares la obra maestra táctica de Napoleón, superior incluso a Austerlitz. Con apenas treinta mil hombres —muchos de ellos reclutas imberbes, los "Marie-Louise" llamados así por la emperatriz regente—, se enfrentó al ejército de Silesia de Blücher —más de cincuenta mil veteranos— y lo destrozó en una serie de batallas relámpago: Champaubert (10 de febrero), donde aplastó al

cuerpo de Olsufiev; Montmirail (11 de febrero), donde derrotó a Sacken; Château-Thierry (12 de febrero); Vauchamps (14 de febrero), donde la caballería de Grouchy aniquiló la retaguardia prusiana. En seis días, Napoleón infligió a Blücher unas veinte mil bajas y lo obligó a retroceder desordenadamente hacia el norte. La maniobra —basada en la velocidad, la concentración sucesiva contra fracciones enemigas y el uso magistral del terreno— dejó atónitos a los aliados: el "ogro" —al que creían acabado— seguía siendo el mejor general del mundo.

Pero la genialidad táctica no podía compensar la desproporción estratégica: mientras Napoleón golpeaba a Blücher, Schwarzenberg avanzaba hacia París por el sureste, y los aliados —aleccionados por la experiencia— evitaban presentar batalla cuando Napoleón estaba cerca, retirándose y esperando. El emperador —agotado, enfermo, durmiendo apenas unas horas— corría de un frente a otro en un esfuerzo sobrehumano: de Blücher a Schwarzenberg, de Schwarzenberg a Blücher, ganando batallas que no cambiaban nada. París —hambrienta, cansada, intrigada por Talleyrand— empezaba a desear la paz a cualquier precio. Y sus propios mariscales —Ney, Oudinot, Macdonald— estaban al límite: en Fontainebleau, tras la caída de París, se negarían a seguir. La campaña de 1814 demostró dos cosas a la vez: que Napoleón era un genio militar sin igual... y que ni el genio puede vencer a la aritmética.

Y mientras ganaba batallas, perdía la paz. En febrero de 1814 —en pleno fragor de la campaña—, los aliados le ofrecieron negociar en el Congreso de Châtillon: le proponían conservar el trono de Francia con las fronteras de 1792 —una oferta razonable, que le habría dejado un reino grande y en paz—. Napoleón —que exigía las "fronteras naturales" del Rin y los Alpes— la rechazó: su enviado, Caulaincourt, recibió instrucciones imposibles, y el congreso fracasó. Fue el error político más grave de su carrera: por orgullo —por no aceptar una Francia menor—, perdió la última oportunidad de salvar el trono. Sus

consejeros —Talleyrand a la cabeza— lo vieron claro: aquel hombre prefería arriesgarlo todo antes que ceder un palmo. Y Talleyrand —que ya intrigaba con los aliados— sacó la conclusión definitiva: había que deshacerse de Napoleón. El congreso de Châtillon no solo enterró la paz: enterró la lealtad de los que aún le servían.

Pero la genialidad no bastaba: mientras Napoleón corría de un frente a otro ganando batallas, los aliados convergían sobre París. La capital del Imperio —la ciudad de un millón de habitantes— quedó desguarnecida: solo los mariscales Marmont y Mortier —con unos pocos miles de hombres, muchos de ellos reclutas y guardias nacionales— se interpusieron entre los aliados y la ciudad. El 30 de marzo se libró la batalla de París —en las colinas de Montmartre y Belleville—: los franceses —superados diez a uno— resistieron con un heroísmo inútil, los estudiantes de la Politécnica sirvieron los cañones, el pueblo miró desde los tejados. Marmont —viendo la causa perdida y queriendo evitar el saqueo de la capital— capituló en la noche: París se rendía para no ser destruida. Fue una decisión honrosa y controvertida: Napoleón —que marchaba a marchas forzadas hacia París— la consideró una traición y nunca perdonó a Marmont —el "ragusano", el que se rindió—. Pero Marmont —hay que decirlo— salvó a París del destino de Moscú: sin su capitulación, los cosacos habrían entrado a sangre y fuego. La historia —que absuelve a los vencedores— condenó al mariscal: "ragusade" —de Ragusa, su título— se convirtió en sinónimo de traición en francés. Injusto, quizá; pero la historia —como Napoleón— no perdona a los que se rinden.

El 31 de marzo de 1814, entraron en la capital; el zar Alejandro paseó por los Campos Elíseos. El Imperio había perdido su cabeza.

Y en el vacío, Talleyrand —el gran superviviente— movió sus piezas con maestría. El príncipe de Benevento —que había servido a la Revolución, al Directorio, al Consulado y al Imperio— olió el cambio de viento y organizó la transición: convenció al zar Alejandro de que solo

la restauración borbónica garantizaría la paz, maniobró en el Senado —que el 2 de abril votó la destitución de Napoleón—, y recibió a los aliados en París como el representante de la "Francia eterna". El Senado —el mismo que había votado el Imperio— votaba ahora su fin, con el mismo servilismo. Napoleón —en Fontainebleau— lo supo y lo despreció: "esos miserables me han vendido". Pero la lección era más profunda: un régimen construido sobre la victoria no sobrevive a la derrota, y las élites —las mismas que lo habían adulado— lo abandonaban con la misma facilidad con que lo habían coronado. Solo el ejército —la Guardia, los veteranos— permanecía fiel: la única legitimidad que Napoleón había construido de verdad era la del campo de batalla. Y en 1814, el campo de batalla había hablado en su contra.

Napoleón, en Fontainebleau, intentó resistir: quiso marchar sobre París, quiso abdicar en favor de su hijo —el "rey de Roma", nacido en 1811 de su matrimonio con María Luisa de Austria—. Pero sus mariscales —Ney, Macdonald, Oudinot—, agotados de veinte años de guerra, se negaron a seguirlo. Fue el momento más amargo de su vida: no lo derrotaban los enemigos, lo abandonaban los suyos. El 6 de abril de 1814 firmó la abdicación incondicional. Dicen que aquella noche intentó envenenarse con una dosis de opio que llevaba consigo desde Rusia; que el veneno, viejo, no hizo efecto; que vomitó y sobrevivió. La historia no lo confirma del todo, pero encaja con la desesperación del momento: el hombre que había sido dueño de Europa se quedaba sin nada en una noche.

El Tratado de Fontainebleau —11 de abril— le concedió una salida inesperadamente generosa: conservaría el título de emperador, recibiría la soberanía de la isla de Elba —un principado minúsculo en el Mediterráneo— y una pensión anual de dos millones de francos. Los aliados —que querían deshacerse de él sin convertirlo en mártir— creyeron que Elba sería su jaula dorada; Napoleón —que aceptó con la mente puesta en el futuro— la vio como una base. Y el 20 de abril tuvo

lugar la escena más conmovedora de la caída: los "Adieux de Fontainebleau". En el patio del palacio —el famoso patio del Caballo Blanco—, Napoleón se despidió de su Vieja Guardia: los veteranos —los "gruñones" de las mil batallas— formados en cuadro, llorando abiertamente. Napoleón —con la voz quebrada— les habló: "Soldados de mi Vieja Guardia, me despido de vosotros... He sacrificado mis derechos a los intereses de la patria... Seguid sirviendo a Francia". Luego abrazó al general Petit, tomó la bandera, la besó... y partió hacia el sur entre los sollozos de sus soldados. Hasta los oficiales aliados —presentes como testigos— quedaron impresionados: aquel hombre derrotado seguía siendo el dueño de los corazones de su ejército.

Los vencedores fueron —hay que reconocerlo— generosos en la forma: le conservaron el título de emperador, le asignaron una renta y le entregaron un reino... la isla de Elba, frente a las costas de la Toscana, de apenas doscientos kilómetros cuadrados. El 4 de mayo de 1814, Napoleón desembarcó en Portoferraio, la capital de Elba. Los isleños —unos doce mil— lo recibieron con una mezcla de curiosidad y recelo: ¿qué hacía allí aquel hombrecillo que había sido dueño del mundo? Él, con su energía inagotable, se puso a gobernar su minúsculo reino como si fuera el Imperio: trazó caminos, modernizó las minas de hierro —la riqueza de la isla—, organizó una pequeña corte, recibió a visitantes ilustres —incluida su madre Letizia y su hermana Paulina—, diseñó una bandera —abejas doradas sobre fondo blanco— e incluso planeó una flota de dos bergantines. A los ingleses les divertía aquel "emperador de bolsillo"; a él, la inactividad lo devoraba. Porque por las noches, en su pequeña residencia de los Mulini, leía los periódicos de Francia... y lo que leía lo hacía sonreír.

Porque la Restauración borbónica era un desastre. Luis XVIII —hermano del guillotinado Luis XVI, obeso, cínico y sin carisma— había vuelto "en los furgones del extranjero", como decían los

franceses, y su gobierno humillaba sistemáticamente a los veteranos del Imperio: los oficiales eran degradados, los mariscales arrinconados, las glorias de veinte años tratadas como crímenes. Los realistas ultramontanos pedían la devolución de los bienes confiscados por la Revolución, los impuestos subían, y el pueblo —que había aplaudido la paz— empezaba a susurrar con nostalgia el nombre del exiliado. Napoleón lo sabía todo por sus espías: Francia estaba madura. Además, en el Congreso de Viena —donde las potencias se repartían Europa—, se hablaba de deportarlo a un lugar más lejano: las Azores, o Santa Elena. El tiempo apremiaba. El águila, en su roca del Mediterráneo, afilaba las garras. Faltaban semanas para el vuelo más audaz de su vida.

Y en Viena —mientras el Congreso bailaba—, Talleyrand jugaba su partida más sutil. El príncipe —cojo, cínico, impecable— había llegado como representante de una Francia vencida y se había convertido en el árbitro de Europa: invocando la "legitimidad" —el principio de que solo los tronos legítimos son estables—, defendió a Francia de un desmembramiento total, salvó Sajonia de la anexión prusiana y se ganó al zar con una mezcla de adulación y de firmeza. "El Congreso baila, pero no avanza", bromeaban los vieneses —y era verdad: entre bailes y banquetes, el mapa de Europa se redibujaba—. Talleyrand —el hombre que había servido a todos los regímenes— servía ahora a los Borbones con la misma eficacia con que había servido a Napoleón: Francia —gracias a él— conservaba sus fronteras de 1792 y un lugar en el concierto de las potencias. Napoleón —en Elba— despreciaba aquel baile de diplomáticos; no imaginaba que uno de los bailarines —su antiguo ministro— había sido el primero en pedir su destierro a una isla lejana. La traición —como el vals— también se bailaba en Viena.

14. Los Cien Días

Mientras Napoleón gobernaba su islita, en Viena se decidía el futuro de Europa. El Congreso —inaugurado en septiembre de 1814— reunía a los vencedores para repartirse el continente: el zar Alejandro, el rey de Prusia, el canciller Metternich por Austria, Castlereagh por Inglaterra... y Talleyrand por Francia, que —con su inteligencia diabólica— logró que la derrotada Francia fuera tratada como potencia y no como botín. El Congreso bailaba —"el Congreso baila, pero no avanza", decían—, y mientras tanto redibujaba el mapa: Polonia para Rusia, media Sajonia para Prusia, Italia repartida entre Austria y los Borbones, una Confederación Germánica de treinta y nueve Estados. El principio era la "legitimidad": devolver los tronos a sus dueños de antes de 1789, como si veinte años de revolución pudieran borrarse de un plumazo.

Pero el Congreso tenía una obsesión secreta: Napoleón. Las potencias sabían que, mientras viviera, el ogro era una amenaza: su sola existencia alimentaba el bonapartismo en Francia y las conspiraciones en Europa. En los pasillos de Viena se hablaba —en voz baja— de deportarlo más lejos: a las Azores, a Santa Elena, a cualquier roca perdida del océano. Los espías de Napoleón en Viena —y los tenía— le informaban de todo: sabía que su tiempo en Elba se acababa, que la Restauración borbónica se hundía en Francia y que el momento de actuar era ahora o nunca. "Los franceses —escribió— empiezan a añorarme; los Borbones hacen todo lo posible para que se me eche de menos". La decisión estaba tomada: volvería. No como un general al frente de un ejército, sino como un fantasma al frente de un recuerdo.

El 26 de febrero de 1815, al caer la tarde, una pequeña flotilla zarpó

en secreto de Portoferraio. A bordo, Napoleón y unos mil hombres de su guardia. El destino: Francia. El plan: recuperar el trono o morir en el intento. Era una locura desde cualquier punto de vista racional: Luis XVIII tenía un ejército, las potencias europeas —reunidas en el Congreso de Viena— habían jurado encerrar al ogro para siempre, y un millar de hombres no conquista un país. Pero Napoleón no contaba con ejércitos: contaba con la memoria, con la nostalgia, con el amor de sus veteranos y el descontento de un pueblo que ya extrañaba la gloria.

Desembarcó el 1 de marzo en Golfe-Juan, en la costa provenzal, y emprendió la marcha hacia el norte por los caminos de montaña —la "ruta Napoleón" que hoy recorren los turistas—. El rey envió tropas a detenerlo. En Laffrey, cerca de Grenoble, el 7 de marzo, un batallón realista le cerró el paso, con los fusiles apuntándole. Napoleón avanzó solo hacia ellos, se abrió el abrigo y pronunció las palabras más famosas de su regreso: "¡Soldados! Si hay entre vosotros quien quiera matar a su emperador, aquí estoy". Silencio. Y entonces, un rugido: "¡Viva el emperador!". Los soldados se pasaron en masa a sus filas. Fue el momento más teatral y más genuino de su carrera: no conquistó Francia con cañones, la reconquistó con su sola presencia. En Grenoble las puertas se abrieron; en Lyon —la segunda ciudad de Francia— la guarnición entera se pasó a su lado; y el mariscal Ney —el "más valiente entre los valientes", que había jurado al rey traer a Bonaparte en una jaula de hierro— se encontró con él en Lons-le-Saulnier y se arrojó en sus brazos entre lágrimas. Luis XVIII, abandonado por todos, huyó de París en la noche del 19 de marzo. Al día siguiente, 20 de marzo, Napoleón entraba en las Tullerías —llevado casi en volandas por la multitud— sin haber disparado un solo tiro. En veinte días, un millar de hombres había reconquistado un imperio: fue la victoria más pura de su carisma. Los Cien Días habían comenzado.

Pero el poder reconquistado era un trono sobre un volcán. Napoleón intentó presentarse como un hombre nuevo: promulgó el Acta

Adicional —una constitución liberal redactada por Benjamin Constant que prometía libertades, un parlamento real, el fin del autoritarismo—, convocó el Campo de Mayo —una gran asamblea popular el 1 de junio en el Campo de Marte, con decenas de miles de asistentes—, y trató de reconciliarse con los liberales que lo habían combatido. La ceremonia del Campo de Mayo —bajo la lluvia, con Napoleón jurando la constitución ante la multitud— fue un espectáculo extraño: el antiguo déspota convertido en monarca constitucional, aplaudido por los mismos liberales que lo habían maldecido. Carnot —el "organizador de la victoria", viejo republicano— aceptó ser su ministro del Interior; Constant —el teórico liberal— su consejero. Era tarde y era inútil: Europa no creía en su conversión, y los realistas franceses —que volvían del exilio con sed de venganza— tampoco. Pero el gesto revela algo esencial: Napoleón —incluso al borde del abismo— seguía creyendo que podía reinventarse, que la política era un arte de la metamorfosis. El camaleón corso intentaba su último cambio de piel.

Las potencias del Congreso de Viena —que llevaban meses repartiéndose el continente— lo declararon fuera de la ley, "enemigo y perturbador del reposo del mundo", y pusieron en marcha a setecientos mil hombres. Napoleón, con su genio intacto para la improvisación, levantó en semanas un Ejército del Norte de unos ciento treinta mil hombres —veteranos reenganchados, jóvenes reclutas, la Guardia reconstituida— y decidió su estrategia: golpear primero, antes de que los aliados concentraran sus fuerzas. Marcharía sobre Bélgica, se interpondría entre el ejército anglo-aliado de Wellington y el prusiano de Blücher, y los destruiría por separado, como en los viejos tiempos de Italia. El plan era brillante. La ejecución sería trágica.



El Ejército del Norte —la última Grande Armée— era una fuerza formidable sobre el papel: unos ciento veinticuatro mil hombres, veteranos en su mayoría, con la Guardia Imperial —veinte mil elegidos— como núcleo de acero. Pero le faltaba lo esencial: tiempo. Las tropas se habían reunido a toda prisa, los oficiales no se conocían entre sí, la caballería —diezmada en Rusia y nunca reconstruida del todo— era escasa y de mala calidad. Y el estado mayor —sin Berthier, el organizador genial muerto en Bamberg— funcionaba a trompicones: Soult —nombrado jefe de estado mayor— era un gran táctico pero un pésimo burócrata, y las órdenes llegaban tarde, confusas o no llegaban. Napoleón —que lo sabía todo— compensaba con su energía: en los días previos a la campaña, dictó cientos de órdenes, inspeccionó regimientos, arengó a sus veteranos. "Soldados —les dijo—, vengo a conducirlos a la victoria". Y ellos —que lo adoraban— le creyeron.

El plan era napoleónico en estado puro: cruzar el Sambre por

Charleroi, interponerse entre los dos ejércitos aliados —el anglo-holandés de Wellington, al oeste, y el prusiano de Blücher, al este—, derrotarlos por separado antes de que pudieran reunirse, y luego marchar sobre Bruselas. La clave era la velocidad: golpear a Blücher primero —el más peligroso—, luego volverse contra Wellington. El 15 de junio, a las tres y media de la madrugada, las columnas francesas cruzaron la frontera belga en el mayor secreto: los prusianos —sorprendidos— se replegaron, y por la noche Charleroi estaba en manos francesas. Napoleón —exultante— dictó un boletín eufórico: la campaña empezaba como las de antaño. Pero ya había un retraso ominoso: las órdenes de Soult habían llegado tarde, los cuerpos no estaban donde debían, y se había perdido un día precioso. Un día —en una campaña de velocidad— podía ser fatal. Y lo sería.

El 16 de junio llegaron las primeras victorias: los franceses derrotaron a los prusianos en Ligny —donde el viejo Blücher, de setenta y dos años, fue derribado de su caballo y dado por muerto, aunque sobrevivió— y contuvieron a Wellington en Quatre Bras. Pero ya aparecían los presagios funestos: Napoleón —enfermo, agotado, probablemente con una crisis de hemorroides que lo tenía postrado— delegó en exceso y durmió mal; el mariscal Ney, en Quatre Bras, lanzó a la caballería en cargas inútiles y dejó escapar a Wellington; y el mariscal Grouchy —enviado con treinta y tres mil hombres a perseguir a los prusianos— los perdió de vista por completo, marchando en dirección contraria mientras Blücher se reorganizaba. La víspera de Waterloo tuvo su escena más famosa en un salón de baile. La noche del 15 de junio, la duquesa de Richmond ofreció en Bruselas su legendario baile: toda la oficialidad aliada —Wellington incluido— bailaba despreocupada cuando llegaron los primeros mensajeros con la noticia del avance francés. Wellington —impertérrito— siguió bailando un rato más, dio discretamente las órdenes de marcha y se retiró a estudiar los mapas: "Napoleón me ha engañado, por Dios",

murmuró, según la leyenda. La anécdota —cierta en lo esencial— revela el estilo del duque: frialdad británica frente a la audacia francesa. Mientras los oficiales cambiaban el frac por el uniforme y partían al galope hacia Quatre Bras, las damas de Bruselas —que creían asistir a una fiesta— veían pasar las columnas en la noche: la guerra había llegado al salón de baile.

La noche del 17, una tormenta torrencial convirtió los campos en un lodazal: Napoleón, confiado, cenó tranquilamente, convencido de que Wellington —atrincherado en la meseta de Mont-Saint-Jean— no podría escapar al día siguiente. "Será como un desayuno", dijo. Se equivocaba.

Waterloo, 18 de junio de 1815, fue una carnicería de nueve horas que la historia no ha dejado de estudiar. Wellington —frío, metódico, atrincherado en la loma con sesenta y ocho mil ingleses, holandeses y alemanes— resistió todos los asaltos con una tenacidad de granito. Napoleón —con setenta y dos mil hombres— lanzó oleada tras oleada: la gran batería de ochenta cañones al mediodía, los asaltos de infantería contra Hougoumont y La Haye Sainte, y las famosas cargas de la caballería de Ney —doce mil jinetes— que se estrellaron una y otra vez contra los cuadros británicos, erizados de bayonetas. Al mediodía, Napoleón aún confiaba: esperaba a Grouchy. Pero a las cuatro y media de la tarde, por el flanco derecho aparecieron columnas... no francesas, sino prusianas: era el cuerpo de Bülow, la vanguardia de Blücher, que Grouchy no había sabido detener. Napoleón tuvo que destacar tropas contra los prusianos, debilitando su ataque principal. A las siete y media, jugó su última carta: la Guardia Imperial —la Vieja Guardia, que jamás había sido derrotada— avanzó en columnas cerradas contra el centro inglés, entre el humo y los tambores. Los ingleses los dejaron acercarse hasta treinta pasos... y abrieron fuego a quemarropa, con la artillería cargada de metralla. La Guardia se detuvo, vaciló y se rompió. "¡La Guardia retrocede!", gritó

alguien, y el pánico —ese monstruo que ningún general controla— se extendió como un incendio por las filas francesas. Al anochecer, el ejército huía en desbandada, perseguido por la caballería prusiana, que no dio cuartel. Napoleón abandonó el campo entre los últimos, con el rostro desencajado. Había perdido su última batalla. De los setenta y dos mil hombres, veinticinco mil quedaron en el campo.

Regresó a París, donde las cámaras —liberales y realistas unidos contra él— le exigieron la abdicación. El 22 de junio abdicó por segunda vez, en favor de su hijo el rey de Roma —un gesto inútil, pues los aliados ya habían decidido restaurar a Luis XVIII—. Se retiró a Malmaison —la casa de Josefina, muerta el año anterior—, paseó por última vez por sus jardines, y partió hacia la costa con la idea de embarcarse a América. En Rochefort, con los ingleses bloqueando el puerto, comprendió que no había salida: el 15 de julio se entregó al capitán Maitland del navío *Bellerophon*, con una carta para el príncipe regente de Inglaterra en la que se ponía —"como Temístocles"— bajo la protección de las leyes británicas. Fue un gesto ingenuo y grandioso: esperaba el asilo de un caballero y encontró la venganza de un gobierno. Los ingleses lo trasladaron al Northumberland y lo enviaron al fin del mundo: Santa Elena, una roca del Atlántico sur de la que nadie había escapado jamás. Los Cien Días —que en realidad fueron unos ciento diez— habían terminado. El águila, por segunda vez, caía del cielo. Esta vez no habría otro vuelo.

Y la venganza de los vencedores fue implacable. La segunda Restauración —más dura que la primera— desató el Terror Blanco: en el sur de Francia, bandas realistas asesinaron a bonapartistas y a protestantes; el mariscal Brune —el vencedor de Holanda— fue linchado en Aviñón; el general Ramel, asesinado en Toulouse. Y el episodio más sombrío: el proceso del mariscal Ney —el "bravo de los bravos", el que había cubierto la retirada de Rusia y cargado en Waterloo—. Ney —que se había pasado a Napoleón en los Cien Días—

fue juzgado por traición por la Cámara de los Pares: se defendió con dignidad —"¿hasta cuándo se me reprochará haber sido francés?"—, fue condenado y fusilado el 7 de diciembre de 1815 en París, negándose a que le vendaran los ojos y dando él mismo la orden de fuego. Su muerte —inútil y cruel— manchó para siempre a la Restauración: hasta Wellington —que había pedido clemencia— la consideró un error. Napoleón —en Santa Elena— lloró al saberlo: Ney —el más valiente de sus mariscales— pagaba con la vida una lealtad que los Borbones nunca entenderían. Los Cien Días —el último vuelo del águila— terminaban en un muro de fusilamiento.

Y esta vez, la caída fue también íntima. María Luisa —la emperatriz austriaca, la madre del rey de Roma— no volvió con él: se quedó en Viena, bajo la tutela de su padre el emperador Francisco, y pronto tomó un amante —el conde Neipperg— con el que tendría hijos. El pequeño rey de Roma —el "Aiglon", el aguilucho— creció en la corte austriaca como duque de Reichstadt, educado para olvidar a su padre, y moriría de tuberculosis a los veintiún años, en 1832, sin haber vuelto a ver a Napoleón. El emperador —en Santa Elena— guardaba su retrato y hablaba de él con una ternura desgarradora: "mi hijo no reinará —decía—, pero la historia dirá que pudo reinar". La dinastía —el sueño por el que había repudiado a Josefina— se extinguía en una habitación vienesa: el heredero del mayor imperio de Europa moría como un príncipe austriaco de segunda fila. Napoleón —que había sacrificado el amor por la razón de Estado— descubrió en el exilio que la razón de Estado también miente: ni el matrimonio austriaco le dio la paz, ni el hijo le dio la dinastía. Solo le quedó —como a todos los padres— el retrato y el recuerdo.

15. El prisionero del Atlántico

El epílogo empezó con una espera cruel. Tras entregarse el 15 de julio de 1815, Napoleón permaneció semanas a bordo del *Bellerophon*, fondeado ante Torbay y luego ante Plymouth, mientras el gobierno británico decidía su suerte. Multitudes de curiosos —miles de personas en botes— se agolpaban para ver al ogro: Napoleón salía a cubierta, saludaba con su bicornio, y la multitud —inglesa, la misma que lo había odiado durante veinte años— lo aclamaba con una curiosidad fascinada. Él —que esperaba el asilo de un caballero— escribió al príncipe regente una carta grandilocuente: "me pongo bajo la protección de las leyes británicas, como Temístocles se puso bajo la protección del pueblo ateniense". Era un gesto noble y un error de cálculo: el gobierno de lord Liverpool no quería un huésped ilustre, quería un prisionero enterrado vivo. La decisión se anunció el 31 de julio: Santa Elena, detención perpetua, sin título imperial. Napoleón la recibió con una calma terrible: "han firmado mi sentencia de muerte de la manera más vil", dijo. El 7 de agosto fue trasladado al Northumberland —sin despedirse de sus fieles, a los que separaron por la fuerza— y zarpó hacia el fin del mundo.

La travesía —diez semanas de mar— fue una humillación sostenida: el almirante Cockburn lo trataba con una cortesía fría que era también una forma de desprecio —nada de honores imperiales, nada de "majestad"—. Napoleón soportó el viaje jugando a las cartas, conversando con los oficiales y mirando el mar: cada milla lo alejaba de Europa, de su hijo, de todo.

Santa Elena apareció en el horizonte el 15 de octubre de 1815: una

roca volcánica en medio del Atlántico sur, barrida por los vientos, envuelta en nieblas, a casi dos mil kilómetros de cualquier costa —una mole negra de basalto, sin playas, sin puerto natural, batida por los alisios—. Los ingleses la habían elegido precisamente por eso: de allí era imposible escapar. Jamestown —la única población— era un villorrio encajado en un barranco. Cuando Napoleón desembarcó, un oficial británico anotó en su diario la llegada de "el prisionero más importante del mundo". Tenía cuarenta y seis años, el vientre abultado, el cabello ralo y la mirada cansada. El hombre que había hecho temblar a Europa iba a pasar los últimos seis años de su vida vigilado por centinelas, en una casa húmeda llamada Longwood, en la parte más desolada de la isla.

Pasó sus primeras noches en una casa prestada y luego fue instalado en Longwood: una antigua granja reconvertida en residencia, en la meseta más alta y desolada de la isla, azotada por el viento y envuelta en nieblas perpetuas. La casa era húmeda, mal ventilada, infestada de ratas; el "emperador" dormía en una habitación que se llovía. Los ingleses habían elegido bien: de Longwood se veía el mar por todas partes, y escapar era imposible —la isla estaba guarnecida por tres mil soldados y patrullada por barcos de guerra—.



La rutina de Longwood —una vez instalada la pequeña corte— tenía una regularidad monacal. Napoleón se levantaba tarde —hacia las diez—, se vestía con esmero —nunca abandonó la pulcritud del emperador—, y dictaba durante horas: Las Cases tomaba notas febrilmente mientras el amo paseaba por la habitación, reconstruyendo campañas, justificando decisiones, modelando su leyenda. Por las tardes —cuando el tiempo lo permitía—, paseaba por el jardín o jugaba a las cartas; por las noches, cenaba con sus fieles y conversaba hasta tarde: de historia, de política, de literatura —leía a Homero, a Virgilio, a Corneille—. Era —en sus mejores momentos— el filósofo en el exilio, el gran hombre meditando sobre el destino. Pero había días negros: días en que no salía de su cuarto, en que se negaba a ver a nadie, en que la humillación de la derrota lo aplastaba. Sus fieles —que lo adoraban— sufrían con él y por él.

Las deserciones del pequeño círculo fueron un goteo doloroso. El primero en irse fue el conde de Las Cases —noviembre de 1816—:

expulsado por Lowe tras descubrirse que había intentado enviar una carta clandestina a Europa denunciando el trato al prisionero. Su partida —él, el alma del Memorial— fue un golpe terrible: Napoleón perdió a su evangelista. Luego se fue Gourgaud —enero de 1818—, el fiel oficial de ordenanzas, tras una pelea con Montholon —las rivalidades de la pequeña corte eran feroces—. Quedaron los incondicionales: Montholon y su esposa Albine, Bertrand y Fanny, el doctor Antommarchi —enviado por la familia—, el fiel Marchand —el ayuda de cámara que jamás lo abandonó—. Pocas visitas del exterior: algún oficial inglés curioso, algún viajero audaz. El mundo —el gran mundo de París, de Viena, de Londres— seguía sin Napoleón, y Napoleón —en su roca— seguía al mundo a través de periódicos atrasados que leía con avidez, subrayando, comentando, indignándose. Vivía de noticias viejas y de recuerdos: un fantasma que se negaba a desaparecer.

El carcelero se llamaba sir Hudson Lowe, y la historia lo recuerda como uno de los personajes más odiosos del drama: un general mediocre, obsesionado con el reglamento, que convirtió la custodia en un acoso sistemático. Le regateaba a Napoleón el título de emperador —en la correspondencia oficial era "el general Bonaparte"—, le recortaba la asignación hasta límites mezquinos —Napoleón tuvo que vender su vajilla de plata para pagar a sus sirvientes—, le espiaba las cartas, le restringía los paseos a un radio de pocos kilómetros y exigía que un oficial inglés lo viera físicamente dos veces al día. Napoleón respondió con la única arma que le quedaba: la dignidad convertida en guerra de desgaste. Se negó a recibir a Lowe durante meses, denunció cada abuso por escrito, convirtió cada desaire en un asunto de honor y se comportó —en la miseria— con una majestad que hasta sus guardianes admiraban en secreto. "Me encadenan —dijo—, pero no me humillan".

El tratamiento del prisionero dividió a la propia Inglaterra. En el

Parlamento de Westminster, la oposición whig —con lord Holland a la cabeza— denunció el trato a Napoleón como una mancha para el honor británico: ¿era propio de una nación civilizada encerrar a un enemigo vencido en una roca malsana y regatearle el título y el pan? El gobierno —lord Liverpool, Castlereagh— se mantuvo inflexible: Napoleón era "el enemigo del género humano" y la seguridad de Europa exigía su reclusión perpetua. Los periódicos tories lo caricaturizaban como un ogro encadenado; los románticos —Byron, que lo admiraba— lo veían como un Prometeo. Y en Francia, la noticia de su cautiverio alimentó el bonapartismo clandestino: los veteranos —los "demi-solde", oficiales a medio sueldo— conspiraban en las tabernas, brindaban por el emperador ausente y soñaban con su regreso. Napoleón —en su roca— lo sabía: cada denuncia de sus sufrimientos, cada carta filtrada a Europa, era una victoria política. El prisionero —inmóvil— seguía siendo el centro de la política europea. Ni encadenado dejaba de ser Napoleón.

Con él vivía un puñado de fieles que habían elegido el exilio: el general Montholon y su esposa, el general Gourgaud —valiente y pendenciero, que acabaría peleándose con todos—, el gran mariscal Bertrand con su familia, el conde de Las Cases con su hijo, y el ayuda de cámara Marchand, que no se separaría de él hasta el final. Aquella pequeña corte en miniatura reproducía, en la miseria, las intrigas de las Tullerías: celos, chismes, reconciliaciones. Napoleón los gobernaba como había gobernado Europa: con autoridad, con encanto y con una paciencia que asombraba. Y en medio de aquella rutina de prisionero, hizo algo extraordinario: se puso a escribir su propia historia.

Dictó sus memorias de las campañas de Italia y Egipto —con una memoria prodigiosa para los detalles tácticos—, comentó su obra de gobierno, y conversó durante cientos de horas con Las Cases, que tomaba notas febrilmente para lo que sería el "Memorial de Santa Elena". En esas conversaciones, el prisionero construyó —consciente y

magistralmente— su propio mito: se presentó como el heredero de la Revolución, el defensor de los pueblos contra los reyes, el mártir de la libertad encadenado por la Santa Alianza de los monarcas. Era una versión interesada —Napoleón nunca fue un demócrata, y su Imperio fue una dictadura militar—, pero tenía un fondo de verdad innegable: donde sus ejércitos habían pasado, habían quedado códigos, constituciones, el fin del feudalismo y la igualdad ante la ley. El mito cuajó más allá de lo imaginable: para media Europa, el ogro se convirtió en héroe romántico, en Prometeo encadenado a su roca. El "Memorial" —publicado en 1823— fue un éxito colosal que alimentó el bonapartismo durante todo el siglo XIX y llevó a su sobrino Luis Napoleón al poder en 1848. Desde su tumba de roca, el prisionero seguía haciendo política.

Pero el cuerpo se rendía. Desde 1817, su salud decayó visiblemente: dolores abdominales lancinantes, vómitos, una debilidad creciente que lo obligaba a pasar días enteros en la cama. Los médicos —el inglés O'Meara, luego el corso Antommarchi— discutían el diagnóstico: úlcera, hepatitis, cáncer de estómago como el de su padre Carlo. Los fieles susurraban "envenenamiento": el arsénico en el vino, en el papel pintado de la habitación... Los análisis modernos de sus cabellos —conservados como reliquias— han encontrado niveles altos de arsénico, pero sin resolver el misterio: el arsénico era común en la época, en medicamentos y en tintes. Lo más probable, según la mayoría de los historiadores actuales, es que muriera de un cáncer gástrico —como su padre—, agravado por la miseria, la humedad y la desesperación. Lo cierto es que se apagaba: dictaba a ratos, recordaba a Josefina —muerta en 1814, a la que nunca dejó de amar a su manera—, a su hijo el rey de Roma —al que no volvería a ver—, a sus mariscales, a sus batallas. Hizo testamento, repartió recuerdos, perdonó a sus enemigos —"deseo que mis cenizas reposen a orillas del Sena"— y se preparó para morir como había vivido: con teatralidad y

dignidad.

Los últimos días fueron una agonía lenta y lúcida. Desde marzo de 1821, Napoleón —postrado— apenas se levantaba: el dolor de estómago era constante, los vómitos frecuentes, la debilidad extrema. Sus fieles se turnaban a su cabecera: Bertrand le leía, Montholon le tomaba la mano, Marchand no se separaba de él. El doctor Antommarchi —impotente— aplicaba los remedios de la época: sangrías, calomelanos —un purgante de mercurio que probablemente aceleró el fin—. Napoleón —que había despreciado a los médicos toda su vida— se sometía con resignación: sabía que se moría. Dictó su testamento —un documento conmovedor donde legaba recuerdos a cada uno de sus fieles, pedía que su hijo no olvidara que había nacido príncipe, y disponía: "Deseo que mis cenizas reposen a orillas del Sena, en medio de ese pueblo francés al que tanto amé"—. Hizo quemar papeles comprometedores, repartió sus últimas órdenes, se despidió de cada uno con palabras para la historia. El 3 de mayo entró en agonía; el 4, perdió el conocimiento. Sus fieles —arrodillados— rezaban en voz baja.

El 5 de mayo de 1821, a las seis menos diez de la tarde, Napoleón Bonaparte murió en Longwood, a los cincuenta y un años. Sus últimas palabras —según Marchand— fueron: "Francia... el ejército... cabeza del ejército... Josefina". Afuera, una tormenta sacudía la isla, y los románticos dirían que hasta la naturaleza lloraba su muerte. La autopsia —practicada por los médicos ingleses ante los franceses— concluyó "cáncer de estómago". Fue enterrado el 9 de mayo en el valle de los Geranios —un rincón verde de la isla que él había elegido—, bajo unos sauces llorones, en una tumba sin nombre: los ingleses no permitieron inscribir "emperador" y los franceses no aceptaron otra cosa, así que la losa quedó muda, en un silencio más elocuente que cualquier epitafio.

Y sobre su muerte —como sobre su vida— planea un misterio que dos

siglos no han resuelto: ¿fue envenenado? La autopsia oficial dijo cáncer de estómago —y el padre de Napoleón había muerto de lo mismo—, pero en 1955 un dentista sueco —Forshufvud— analizó un mechón de su cabello y encontró arsénico en cantidades anormales: nació la teoría del envenenamiento lento —¿por orden de quién? ¿De Lowe? ¿De Montholon?—. Los defensores de la teoría señalan los síntomas —los vómitos, la debilidad— y las rivalidades de Longwood; los escépticos responden que el arsénico estaba en todas partes en 1821 —en los tintes, en el papel pintado, en los medicamentos— y que los análisis modernos son contradictorios. La ciencia —hasta hoy— no se pone de acuerdo: los últimos estudios apuntan al cáncer, pero la sombra del veneno persiste. Y quizá sea mejor así: Napoleón —que vivió entre leyendas— merecía una muerte con misterio. El ogro —vencido por los ejércitos— no podía morir de una vulgar úlcera: necesitaba un asesino, aunque fuera invisible. La historia —como sus contemporáneos— prefiere el drama a la clínica.

Y el drama tuvo un último acto, diecinueve años después. En 1840 —bajo la monarquía de Luis Felipe, que buscaba reconciliar a Francia con su pasado—, el gobierno decidió repatriar los restos del emperador: la fragata Belle Poule zarpó hacia Santa Elena al mando del príncipe de Joinville, hijo del rey. La exhumación —el 15 de octubre de 1840— reveló el cuerpo sorprendentemente conservado —el uniforme verde de los cazadores, el bicornio—, y la leyenda del envenenamiento ganó un argumento más. El cortejo fúnebre —el 15 de diciembre— recorrió París bajo la nieve, entre un millón de personas: el pueblo —que había olvidado las guerras— solo recordaba la gloria. Los restos fueron depositados —provisionalmente— en la capilla de San Jerónimo de los Inválidos, y en 1861 —bajo Napoleón III— trasladados al monumental sarcófago de pórfido rojo bajo la cúpula, donde reposan hoy. El "retour des cendres" —el regreso de las cenizas— fue la reconciliación póstuma de Francia con su emperador:

el ogro de las coaliciones se había convertido en el héroe nacional. Napoleón —que había soñado con fundar una dinastía— fundó algo más duradero: un mito que ningún ejército pudo derrotar. Y en la cúpula de los Inválidos —donde los escolares franceses aprenden su nombre antes que el de ningún rey— el águila sigue vigilando París, dos siglos después, recordando que hay hombres a los que ni la derrota puede empequeñecer. El águila —al final— no murió: aprendió a volar en la memoria de los hombres.

El prisionero del Atlántico había vuelto a casa. El águila, por fin, descansaba... aunque su sombra seguiría planeando sobre Francia —y sobre el mundo— durante dos siglos más.

16. CIERRE: El águila no muere

Doscientos años después de su muerte, Napoleón sigue vivo. No en un trono —los tronos que repartió se desvanecieron como castillos de naipes—, sino en algo más duradero: en las leyes que nos rigen, en las escuelas a las que van nuestros hijos, en la forma en que se organizan los Estados y en la manera en que se estudia la guerra. Pocos hombres en la historia pueden decir que el mundo en que vivimos lleva su firma. Él puede.

Su legado más sólido es el Código Napoleónico. Cuando los ejércitos imperiales cruzaban Europa, no solo llevaban cañones: llevaban el Código Civil, que abolía los privilegios feudales, proclamaba la igualdad ante la ley y protegía la propiedad privada. Bélgica, Holanda, Italia, Polonia, España, América Latina —los códigos civiles de decenas de países, incluido el de México en su tradición jurídica— beben de aquella fuente. Cada vez que un ciudadano invoca la igualdad ante la ley, está invocando, sin saberlo, la obra del corso. Él mismo lo sabía: en Santa Elena dijo que su Código era lo único que sobreviviría de todo lo que hizo. Tenía razón.

Su segundo legado es el Estado moderno. Napoleón inventó —o perfeccionó— la administración centralizada: los prefectos, los departamentos, la escuela pública de élites (los liceos), el banco central, la carrera administrativa basada en el mérito. La idea de que el Estado debe ser una máquina eficaz, racional y uniforme, al servicio de la nación, es napoleónica hasta la médula. Y su tercer legado es militar: la Grande Armée fue el primer ejército nacional moderno —movilización masiva, cuerpos de ejército autónomos, artillería

concentrada, Estado Mayor—, y sus campañas siguen estudiándose en todas las academias militares del mundo como el modelo del arte operacional. Austerlitz no es solo una batalla: es una lección eterna.

Pero hay un cuarto legado, más ambiguo y más humano: el mito. Napoleón es el arquetipo del hombre que se hace a sí mismo, del advenedizo que con talento y voluntad llega a lo más alto; y también la advertencia eterna sobre la ambición sin límites, sobre el genio que se cree invencible y termina devorado por su propio sueño. Es, a la vez, el héroe romántico y el tirano, el libertador y el conquistador, el constructor y el destructor. Cada época lo ha reinventado: los románticos lloraron al mártir de Santa Elena, los nacionalistas celebraron al unificador, los demócratas denunciaron al dictador, los estrategas admiraron al genio. Todos tienen parte de razón. Ninguno tiene toda.

Los números de la leyenda marean: una sesentena de batallas campales —ganó la inmensa mayoría—, quince años de guerra casi ininterrumpida, un imperio que llegó a dominar directamente o indirectamente a casi toda Europa continental. Se han escrito sobre él más de doscientos mil libros —ningún otro personaje histórico, salvo figuras religiosas, ha generado tanta tinta—, y su nombre bautiza plazas, estaciones, puentes y pasteles en medio mundo. El Arco del Triunfo de París —encargado por él en 1806— sigue siendo el monumento más visitado de Francia; la columna Vendôme —fundida con los cañones de Austerlitz— domina una de sus plazas más elegantes. Hasta su silueta —el bicornio, la levita gris, la mano en el chaleco— es un icono universal, reconocido por niños que no saben quién fue.

Y sin embargo, el hombre real se nos escapa entre los dedos. ¿Era bajo? Medía alrededor de un metro sesenta y ocho —una estatura normal para su época—; el mito de su pequeñez nació de la confusión entre el pie francés y el inglés, y de la propaganda inglesa que lo

caricaturizaba como un enano furioso. ¿Se creía invencible? Sus cartas privadas muestran a un hombre angustiado, que calculaba cada riesgo y temía cada batalla. ¿Era un monstruo? Ordenó fusilamientos y restableció la esclavitud; pero también lloró por sus soldados muertos, visitó a los apestados de Jaffa y escribió el código que nos hizo iguales ante la ley. Los grandes hombres no caben en una sola palabra: son contradicciones andantes, y Napoleón fue la contradicción más grande de todas.



¿Qué nos dice hoy su historia? Nos dice que el talento sin medida necesita límites, que la gloria militar es una moneda que se devalúa con cada batalla, y que las obras que perduran no son las conquistas sino las construcciones: un código, una escuela, una administración justa. Nos dice también algo más íntimo: que hasta los colosos son hombres. Napoleón lloró por Josefina, tembló antes de las batallas, se equivocó —gravemente— en España y en Rusia, y murió solo en una isla, recordando un amor y un hijo. El águila, al final, era un hombre

con las alas rotas que miraba el mar.

Y sin embargo... el águila no muere. Cada vez que un joven pobre sueña con cambiar su destino a fuerza de estudio y de coraje, cada vez que un pueblo reclama la igualdad ante la ley, cada vez que un estratega traza un plan audaz sobre un mapa, Napoleón Bonaparte —el niño de Ajaccio, el cadete de Brienne, el general de Italia, el emperador, el prisionero— vuelve a alzar el vuelo. Su historia terminó un 5 de mayo de 1821 en una roca del Atlántico. Su leyenda no ha terminado todavía. Quizá no termine nunca.

Hay un quinto legado, menos visible pero decisivo: la idea de nación. Napoleón —sin proponérselo— despertó los nacionalismos que acabarían destruyendo su Imperio y remodelando Europa: los españoles descubrieron que eran una nación en 1808, los alemanes en 1813, los rusos en 1812. El siglo XIX europeo —el siglo de las unificaciones italiana y alemana, de las independencias americanas— es inconcebible sin el terremoto napoleónico. Incluso América Latina le debe algo: las abdicaciones de Bayona de 1808 —cuando Napoleón depuso a los Borbones españoles— dejaron a las colonias sin rey legítimo y encendieron la mecha de las independencias. Hidalgo, Morelos, Bolívar y San Martín lucharon en un mundo que Napoleón había puesto patas arriba. Y los códigos civiles de las nuevas repúblicas americanas —incluida la tradición jurídica mexicana— bebieron directamente del Código Napoleónico. El corso, sin haber cruzado jamás el Atlántico, es uno de los padres involuntarios de la América independiente.

La leyenda, por su parte, no ha dejado de crecer. Ningún personaje histórico ha inspirado tanta literatura, tanta pintura, tanto cine: de Stendhal a Tolstói —cuya "Guerra y paz" tiene a Napoleón como sombra omnipresente—, de David a Goya —que lo retrató como héroe y como verdugo—, de Abel Gance a Ridley Scott. Cada generación lo reinterpreta: los románticos vieron al genio trágico; los republicanos, al

dictador; los estrategas, al maestro; los novelistas, al hombre. Y en el imaginario popular sobrevive en detalles curiosos: el "complejo de Napoleón" —aunque medía una estatura normal para su época—, la mano en el chaleco —una pose de retrato de la época, no un dolor de estómago—, el "síndrome" de creerse Napoleón en los manicomios de las caricaturas. El mito devora al hombre y lo hace inmortal a su manera.

Napoleón III —su sobrino— fundó un imperio en su nombre; De Gaulle —dos siglos después— se veía como su heredero; y cada generación reescribe al emperador a su imagen: héroe o tirano, genio o monstruo, según los miedos y los sueños de la época. El bicentenario de su muerte —2021— desató en Francia un debate nacional apasionado: ¿se puede celebrar a quien restableció la esclavitud? La pregunta sigue abierta, y eso —quizá— es su mayor victoria: doscientos años después, Napoleón sigue obligándonos a pensar.

¿Y el juicio final? La historia no absuelve ni condena de una vez: pesa. En un platillo, el genio: el Código, las reformas, la meritocracia, el fin del feudalismo en media Europa, la audacia militar más brillante de la era moderna. En el otro, el costo: millones de muertos en quince años de guerras —las estimaciones hablan de tres a seis millones—, países devastados, la libertad sacrificada en el altar de la ambición personal, el dictador que censuró la prensa, que restableció la esclavitud en las colonias en 1802 —una de sus decisiones más vergonzosas—, que trató a los pueblos como piezas de ajedrez. Fue, a la vez, hijo de la Revolución y su enterrador: llevó sus principios por Europa en la punta de las bayonetas y los traicionó coronándose emperador. Esa contradicción es su esencia, y por eso seguirá debatiéndose mientras haya historia.

Fin.

Línea de tiempo

15 de agosto de 1769 — Nace Napoleón Bonaparte en Ajaccio, Córcega.

1785 — Subteniente de artillería; devora a Plutarco y a Rousseau.

Diciembre de 1793 — Tolón: su artillería expulsa a los ingleses; general de brigada a los 24 años.

1796-1797 — Campaña de Italia: Montenotte, Lodi, Arcole y Rivoli.

1798-1799 — Expedición a Egipto: las Pirámides; regresa ante el colapso del Directorio.

9 de noviembre de 1799 — Golpe del 18 de Brumario: Primer Cónsul.

1800 — Marengo; 1801, Concordato con la Iglesia; 1802, Cónsul vitalicio.

1804 — Promulga el Código Civil.

2 de diciembre de 1804 — Coronación como emperador en Notre-Dame de París.

2 de diciembre de 1805 — Austerlitz: su obra maestra táctica.

1806-1807 — Jena, Eylau y Friedland; Tratado de Tilsit; Bloqueo Continental contra Inglaterra.

1808-1813 — Guerra de Independencia española: "la úlcera española".

1812 — Campaña de Rusia: Borodinó (7 de septiembre), Moscú en llamas y la retirada.

1813 — Leipzig, "la batalla de las naciones".

6 de abril de 1814 — Abdicación; exilio en la isla de Elba.

1 de marzo de 1815 — Desembarca en Francia; comienzan los Cien Días.

18 de junio de 1815 — Waterloo: la derrota definitiva.

15 de octubre de 1815 — Llega prisionero a Santa Elena.

5 de mayo de 1821 — Muere en Longwood, Santa Elena.

15 de octubre de 1840 — Sus restos regresan a Francia; descansan en los Inválidos de París.

Glosario

Bloqueo Continental — Sistema de guerra económica contra Inglaterra (1806-1814) que prohibía el comercio europeo con los británicos.

Código Napoleónico — Código Civil de 1804; base del derecho moderno en decenas de países.

Cien Días — Periodo entre el regreso de Napoleón de Elba (marzo de 1815) y su derrota en Waterloo.

Gran Armada — El ejército imperial francés en su apogeo; más de 600,000 hombres marcharon a Rusia en 1812.

Guardia Imperial — Tropas de élite de Napoleón; la Vieja Guardia era su reserva legendaria.

18 de Brumario — Golpe de Estado del 9 de noviembre de 1799 que llevó a Napoleón al poder como Primer Cónsul.

Tratado de Tilsit — Acuerdo de 1807 entre Napoleón y el zar Alejandro I tras Friedland.

Josefina de Beauharnais — Primera esposa de Napoleón (1796-1809); el divorcio fue por la falta de un heredero.

María Luisa de Austria — Segunda esposa (1810); madre del Rey de Roma.

Rey de Roma — Napoleón Francisco, hijo de Napoleón y María Luisa; murió joven en Austria.

Talleyrand — Diplomático genial y cambiante; sirvió a la Revolución, a Napoleón y a la Restauración.

Fouché — Ministro de Policía; maestro del espionaje y la intriga.

Murat — Cuñado de Napoleón y rey de Nápoles; el jinete más audaz de la época.

Ney — "El bravo de los bravos"; mariscal fusilado tras Waterloo.

Davout — El mariscal invicto; vencedor en Auerstaedt.

Kutuzov — General ruso que aplicó la táctica de tierra quemada en 1812.

Wellington — Duque británico; vencedor en Waterloo junto a Blücher.

Blücher — Mariscal prusiano cuya llegada decidió Waterloo.

Hudson Lowe — Gobernador británico de Santa Elena; carcelero de Napoleón.

Grouchy — Mariscal francés criticado por no llegar a tiempo a Waterloo.

NAPOLÉON

De un rincón olvidado de Córcega a dueño de Europa: la vida de Napoleón Bonaparte narrada con la intensidad de una novela histórica. Tolón, Italia, Egipto, Austerlitz, Rusia, Waterloo y Santa Elena: diecisiete capítulos que recorren el ascenso, la gloria y la caída del hombre que cambió el mundo para siempre.

Primer volumen de la serie Grandes conquistadores.

Colibrí Editorial EGA

